

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

1º DE JULIO DE 1898

Nº 157

PRECIO

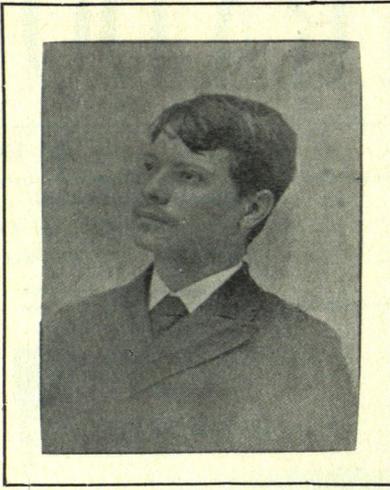
SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES
J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALS



PUREZA. — Cuadro de H. O'Neil



FRANCISCO A. GAVIDIA



A literatura salvadoreña tuvo un período de crisis que alarmó á todos los que vienen desde algún tiempo interesados en el desenvolvimiento intelectual de los países latinoamericanos. Ese período fue el de los "modernistas," jóvenes de la última generación que con más entusiasmo que doctrina, con más buenos deseos que preparación, asumieron carácter de "innovadores," en la creencia de que sus propósitos á este respecto respondían á los más elevados fines del arte.

Desde el primer momento pudo observarse que aquellos jóvenes no obedecían á ninguna fórmula propia, á ningún procedimiento original, y que, por el contrario, se dedicaban á la imitación, interpretación y adaptación de las complicadas ideas estéticas que París exportaba como "artículos de última moda." La actividad con que procedían en esta labor, se produjo en libros y en revistas; pero á pesar de que tantos los unos como las otras circulaban profusamente, no pasó mucho tiempo sin que llegaran á comprender que eran negativos los resultados de su obra. La descomposición política había traído la descomposición literaria. Comenzó á desaparecer la primera y quedó lógicamente anulada la acción inquietante de la segunda. Tal fenómeno se produce con frecuencia en nuestras jóvenes repúblicas, donde pugna por entronizarse el derecho de la fuerza. Al grupo de *La Juventud Salvadoreña*, corporación que no llegó á ofuscarse con el falso brillo del "ideal raro," cedieron el campo los novadores; y los fieles representantes de la *Academia de Ciencias y Bellas Letras* comenzaron luego su tarea de reconstrucción.

No hacer mérito de la literatura salvadoreña por aquel período de prematura decadencia, por aquel paréntesis pseudo-bizantino, equivale á desconocer el proceso del adelanto intelectual del Salvador, al propio tiempo que se incurre en pecado de manifiesta injusticia.

Sin remontarnos á una época, cuyo análisis reclamaría el más detenido estudio, tomemos por punto de partida el año de 1888, comienzo de un cielo que abre amplios horizontes á la inteligencia, estimula y metodiza la erudición, fortalece el espíritu científico y consagra al culto del arte sus mejores energías.

En ese año se funda la *Academia de Ciencias y Bellas Letras*, la cual inicia sus trabajos con el discurso inaugural del doctor David J. Guzmán, la disertación intitulada *Ciencia y Arte* de Francisco Castañeda, el canto *A Harmodio* del poeta Francisco A. Gavidia, las observaciones críticas sobre el discurso

de Cicerón en defensa de Aulo Licinio Archias por el doctor Juan Bertis, y la memoria sobre el calendario musulmán, por el doctor Santiago I. Barberena. Luego, todos los literatos y hombres de ciencia afánanse en la elaboración de trabajos importantes que dan justo renombre á sus autores y á la cultura salvadoreña.

Al decir del escritor que nos suministra estos datos, eran los tiempos en que sin iras ni odios, en campo propicio á la realización de los más nobles ideales, los doctores Bertis, Jerónimo Puente, Herman Prowe y Francisco Guevara, junto con Castañeda y Gavidia, sostenían las más serias discusiones, como la que versó acerca de la antigüedad del hombre, en la que brillantemente demostró cada uno de ellos la profundidad de sus estudios, su credo religioso ó filosófico, y más que nada un noble empeño en el esclarecimiento de las verdades científicas. (1)

Órgano de la *Academia de Ciencias y Bellas Letras*, fue el *Repertorio Salvadoreño*, revista selecta "que sirvió como de estímulo para que la inteligencia de Centro-América se reuniera bajo la presidencia moral del Salvador y notificara al mundo castellano cómo esas tierras se incorporaban al movimiento progresivo de nuestra raza, llevando caudal propio de estudio y de esfuerzos, para no quedarse á la zaga cuando sus hermanas del Sur establecieron el gran Olimpo de las Glorias Continentales, donde á la par de Bello puede sentarse el jesuita Rafael Landívar, y donde hace figura brillante el doctor Matías Delgado, igual, cuando menos en merecimientos, al canónigo Cortés de Madariaga."

Han pasado algunos años y todavía palpita con vida prístina el recuerdo de los honores tributados por la *Academia de Ciencias y Bellas Letras*, á la memoria del insigne Juan Montalvo. Aquel acto en que se rindió homenaje de admiración y de justicia al escritor americano que supo colocar su nombre al lado del nombre del primer hablante castellano (2), se recuerda, en primer término, por el estudio sobre los *Siete Tratados*, obra de Castañeda, y por el estudio sobre los opúsculos y periódicos de Montalvo, trabajo donde Gavidia puso de relieve sus facultades críticas.

La obra de este eminente joven salvadoreño presenta múltiples fases. Paladín y apóstol, en el primero coexisten el poeta, el diarista político, el crítico y el dramaturgo, como en el segundo el pensador y el educacionista.—Ardua tarea—aunque simpática—la del escritor que se dedique al estudio de la personalidad y obra de Gavidia.

Prodigiosamente fecundo, sin que la fecundidad, como en otros, perjudique la calidad de su producción, traduce á Hugo, al propio tiempo que prepara un voluminoso tomo de poesías originales. Con la acertada interpretación que hace de los poemas del gran lírico francés, alcanza reputación envidiable, y ésta se acentúa y cobra mayor brillo al circular el tomo de *Versos*, título humilde que dio Gavidia á sus poesías. Allí la oda esplende como templada hoja de acero; la estrofa elegíaca, gime pensativa como la rama de ciprés en la noche de los viejos cementerios; y el madrigal, flor de pétalos rimados, abre su corola perfumada al beso de generosa inspiración.

No se crea, empero, que Gavidia sabe siempre hermanar la belleza de la forma con la belleza del pensamiento. El sacrificio del ritmo y de la rima, por la clara y acertada exposición de la idea, parece que no es cosa que afecta mucho su criterio estético. Las alas de su vigorosa inspiración tropiezan á

menudo con las vallas retóricas. En ocasiones el filósofo destruye al poeta; y entonces la imagen cede su sitio al prosaísmo.

Dos poesías del tomo de *Versos*,—publicado en 1884, cuando el autor no había llegado á los veintes años,—son por demás gratas al patriotismo venezolano. Se titulan: *En el Centenario de Bolívar* y *Ellos se entienden*. En la primera, donde:

Bolívar, como Cristo, es una aurora,

el poeta se dirige al pueblo para predicarle el evangelio del Libertador y mostrarle la sublimidad de sus conquistas.

.....A su nombre debes poner el alma de rodillas, porque en él, como en Cristo, el Dios empieza donde acaba el hombre.....

.....Oh pueblo! Tus derechos pisotea quien te lleva á la gloria falseada

y no enciende su espada al brillo excelso de una santa idea: y por eso es más grande y es más buena, y derraman más gloria y alta lumbre, que Arbelá Carabobo, y Junín que Farsalia, y Ayacucho que Jena.

Sobre todos, Bolívar. ¡Es la cumbre!

En *Ellos se entienden*, romance filosófico, dialogan Bolívar y Prometeo, quien se declara vencido por el dios del olimpo americano.

La admiración del pueblo salvadoreño por nuestro Libertador nace de su amor á la libertad y al derecho. A la entusiasta manifestación de Gavidia se juntan otras. Se recuerda la ocasión en que el Jefe del Estado encomendó á Rubén Darío escribiere una oda á Bolívar. También lleva este mismo nombre uno de los parques de la capital.

Gavidia, dice uno de sus apologistas, ha frecuentado mucho el terreno escabroso de la política. Ha luchado y lucha por toda buena causa. La gran lucha suya es por la implantación del sistema parlamentario en el Salvador, y todo lo que en diarios nacionales y extranjeros ha escrito á ese propósito, puede formar un grueso volumen, de donde todos sacarían gran provecho y muchas utilidades. El Partido Parlamentarista, organizado por él, es á la hora presente el partido más fuerte de la República. Tiene en su seno todo el elemento joven..... (3)

Y Coronel, citado antes, agrega que Gavidia fundó en Costa Rica el periodismo doctrinario: que en el folleto *Los Emigrados* mantuvo vigorosa la protesta del círculo desterrado; y que en el diarismo guatemalteco trabajó por la depuración de las prácticas gubernativas, esforzándose en encaminar la atención del pueblo hacia los debates del presupuesto, que tanto afectan á la vida material de las naciones.

De los dramas escritos por Gavidia se han publicado dos: *Ursino* y *Júpiter*, que en las noches de su representación proporcionaron al autor ruidosas ovaciones.

Al hablar del drama simbólico de Gavidia, dice el distinguido escritor Carlos G. Zeledón, refiriéndose al protagonista:—"Júpiter es una creación vigorosa y de alto vuelo; su figura sombría se destaca magnífica en medio del marco de la Revolución de 1811 y señala con precisión el carácter y modo de nuestro pueblo en aquella época, de este pueblo que parece no haber cambiado y que tan poco ha aprendido, á pesar de las lecciones de la experiencia y de los golpes que ha sufrido en su peregrinación independiente."

La tarea de Gavidia en la *Academia de Ciencias y Bellas Letras*, en el *Repertorio Sal-*

(1) Juan Coronel.

(2) Léanse los artículos de Valera y Núñez de Arce acerca de la obra póstuma de Montalvo: *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*.

(3) Arturo Ambrogi.

vadoreño, y en la Universidad—tarea de pensador, de erudito y de maestro, que nuestro Bolet Peraza exalta con entusiasmo,—le da puésto de honor entre los principales literatos del Continente. La Real Academia Española lo cuenta en el número de sus miembros correspondientes.

Gavidia disfruta hoy de toda la fuerza de

su juventud. Su edad es de treinta y cinco á treinta y seis años. La nueva generación lo llama el "Joven Maestro," porque la ha dirigido con sus consejos y la ha estimulado con cariño. "Fue el primero que nos alentó," dicen, "y no olvidaremos que en un brillante artículo esbozó las figuras de todos los que escribíamos en los días pesados de

la tiranía."—Gavidia, en fin, siempre tiene un elogio para todo lo bueno, y con lo mediano se manifiesta indulgente, condición de todo el que verdaderamente vale, según la elocuente frase de Jacinto Octavio Picón.

Place á EL COJO ILUSTRADO conservar en sus páginas el retrato del renombrado escritor centro-americano.



CUADRO DE N. J. CROWLEY

HIPÓCRATES

El nombre de Hipócrates bastaría por sí solo para ilustrar á Grecia.

Viven en este hombre muchos hombres; y no como quiera, sino con la superioridad que dan el estro del poeta, la reflexiva sagacidad del filósofo y el afecto del benefactor.

Su estilo, caldeado por el fuego de las musas, encanta é instruye; sus investigaciones sobre el mundo exterior y acerca de la naturaleza humana, establecen principios irrevocables, mejor dicho: canones constitutivos de la filosofía de la Historia en sus múltiples relaciones; y sus propósitos finales en el ejercicio de la Medicina, fundan uno como sacerdocio del bien.

Anteriormente á Hipócrates, fluctuaba la Medicina entre las prácticas groseras

del empirismo y las abstractas especulaciones de los filósofos.

El metodiza la observación, funda antes que nadie la clínica, formula en leyes los experimentos racionales; y lo que era antes arte grosero, sale de sus manos transformado en ciencia, que previene la salud del cuerpo y el ennoblecimiento del alma.

Todo es admirable en este hombre extraordinario que supo establecer perfectas relaciones entre las prácticas experimentales y la pura especulación, hasta el punto de asentar como ley imperiosa:— que el arte de interrogar á la naturaleza y de obtener su respuesta no se aprende ni en el banco de las escuelas, ni en las obras de los filósofos, sino en la sana, en la desapasionada observación, ejercida por el doble amor á la ciencia y á la humanidad.

Era tal la estimación de los filósofos alejandrinos por las obras de este varón egregio, que las conservaban aparte en cierta sección conocida con el nombre de LA BIBLIOTEQUITA; título especial con

que designaban la quinta esencia de los conocimientos humanos como expresión de la verdad y agentes del bien.

En Hipócrates vivieron muchos y muy distinguidos obreros del progreso; y aun pudiera decirse que el médico, ó sea: el benefactor de la humanidad, es en él la obra maestra del filósofo, cuyas ideas profundas y trascendentales ostentan aquilatada belleza, á que armoniosamente concurren la concisión y la claridad.

El concepto, por otra parte, no es mío. Hipócrates es el original del médico:— el médico por excelencia; y según el divino Homero, *el médico equivale á multitud de hombres*; pues entre todos los pueblos, añade el mismo *Príncipe del sublime canto*, no hay alguno sobre la haz de la tierra que no rinda veneración profunda á los legítimos hijos de Esculapio.

Si pudiera decirse que alguna cualidad entre tantas y tan excelentes como poseía, sobresale en Hipócrates, es la humildad.

Manifestaba sus errores con la misma

sencillez de corazón con que los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia hacían pública confesión de sus pecados.

Lo cual hace creer que si hubiera vivido en los días del Evangelio, habría alcanzado la santidad por cualquiera de los caminos á ella abiertos, inclusive el del martirio.

Muchas son las obras á Hipócrates atribuidas y que en realidad le pertenecen; pero dos únicamente hanme impulsado, mejor dicho: alentado, á escribir estas líneas.

A saber:

El *Tratado sobre los Aires, las Aguas y los Lugares*, y la fórmula del Juramento que hacía prestar á sus discípulos cuando entraban en ejercicio de la profesión.

En el primero expone el gran Maestro la influencia de los climas y de las estaciones, no sólo sobre la salud y la energía física del hombre, sino también sobre su constitución moral é intelectual.

La profundidad de las observaciones en que funda la exactitud del discernimiento; la trascendencia de los principios que por ende establece; y la utilidad de la doctrina así formulada; hacen de esta obra, reducida en extensión (pues sólo consta de veinte páginas), monumento imperecedero, basado sobre verdades hasta entonces arcanas de la fisiología y de la psicología, donde coinciden y se compenetran el idealismo de Platón con el sentido práctico de Aristóteles.

“Cada línea de este TRATADITO, dice el modesto cuanto sabio Aimé-Martin, “pone de manifiesto un hecho, y cada hecho irradia luz purísima. La Filosofía y la Política fluyen allí confundidas “con la Medicina, hasta el punto de que “Bernardino de Saint-Pierre descubrió “en él sus *Harmonías*, Buffon amplios y “extensos horizontes de la Naturaleza, “Montesquieu la idea fundamental de un “capítulo del *Espíritu de las Leyes* y Herder su criterio sobre la *Filosofía de la “Historia.*”

Dando de mano á cuánto en la consabida obra mira á la Medicina propiamente hablando, ya que ello ni es de mi propósito, ni puede serlo á causa de mi ignorancia en la materia; trasladaré, como muestra de la esencia y fines de aquella, un pasaje que por sí solo basta á suscitar hoy mismo profundas investigaciones filosóficas en el hombre de Estado y en el moralista, en el etnólogo y en el guerrero que quieran ajustar su conducta á los fueros de la humanidad en las relaciones de ésta con el progreso estable y verdadero.

¿Por qué hay gentes valerosas y gentes cobardes? ¿De dónde procede la degradación de ciertos pueblos y la dignidad de otros?

Hipócrates hace el estudio comparativo de los asiáticos con los europeos, y expone su opinión en estos términos:

“En cuanto á la pusilanimidad, á la carencia de valor cívico, si los asiáticos “son menos belicosos y más apacibles que “los europeos, la principal causa de ello “consiste en las estaciones, que en Asia “no se manifiestan con grandes cambios “de calor ni de frío, sino casi uniformes. “En efecto: el espíritu no experimenta “allí ciertas conmociones, ni el cuerpo “padece los cambios intensos que pre-

“disponen naturalmente el carácter á la “altivez y le comunican mayor indocilidad y ardor que en un estado de cosas siempre igual; porque los cambios “absolutos son los que despiertan el espíritu del hombre y lo sustraen de la “inercia.”

“Ved aquí, en mi sentir, las causas exteriores á que debemos atribuir la cobardía de los asiáticos, sin excluir de “ellas la acción de las instituciones.”

“En verdad: la mayor parte de los “pueblos asiáticos están sometidos á reyes “absolutos; y cuando los hombres no “son señores de sí propios, ni se gobiernan por las leyes que ellos mismos “sancionan, sino se sufren sometidos á “algún poder despótico, no hay motivo “racional para que deban educarse en “el ejercicio de las armas: hielos, si, al “contrario, para que les sea imposible “el ser guerreros.”

“Obligados por la fuerza, van á la guerra, soportan las fatigas, y mueren en “defensa del déspota, lejos de sus hijos, “de sus esposas, de sus amigos.”

“Sus hazañas, su valor en los combates “no redundan sino en aumento de poderes tiránicos, sin que los combatientes recojan otro fruto sino peligros y “muerte.”

“Además: sus haciendas agrícolas se “transforman en desiertos, ya por las “devastaciones del enemigo, ya por la “cesación de las labores. De suerte que “si nace entre ellos alguien de natural “valeroso y enérgico, se ve, por acción de “las instituciones, desviado de ejercitar “aquellas cualidades.”

“Prueba de ello que en Asia los griegos y aquellos de los bárbaros no sometidos al despotismo sino gobernados “por sí propios, son los más guerreros “de sus coterráneos; porque como en su “provecho arrostran los peligros, en “idéntico ó en contrario sentido alcanzan “la prez del valor ó el castigo de la “cobardía.”

No creo que el Maestro haya formulado en estas líneas algún sistema de fatalismo histórico, sino puesto en evidencia una de tantas fuerzas enemigas del progreso; fuerza que es necesario combatir y vencer en beneficio de la humanidad.

Acaso también el exceso de concisión que algunos han notado en el estilo de Hipócrates, oscurezca este pasaje y lo deje incompleto; pero en todo caso, ahí está para comentarlo el primero de sus *Aforismos*: “La vida es corta, el arte largo, la ocasión fugitiva, el empirismo “peligroso y difícil el razonamiento.”

Hércules vive aún encarnado en la humanidad y continúa sus trabajos.

Si en el *TRATADO sobre los Aires, las Aguas y los Lugares* admiramos al sabio que observa la Naturaleza y le sorprende secretos en beneficio de la humanidad; cuando explana los deberes sociales, morales y religiosas del médico, lo vemos levantarse á las alturas del sacerdocio y entonar un himno donde sueñan, confundidas, alabanzas á Dios y á la fraternidad de los hombres.

Leed esta bellísima obra, sobre la cual parece esparcirse la luz crepuscular del Evangelio:

“Juro por Apolo, por Esculapio, por Hígia y por los otros dioses y diosas

“de la Medicina, mirar como autor de “mis días al que hame instruído en el “arte de curar; testificarle mi reconocimiento subviniendo á sus necesidades; “considerar sus hijos como propios míos “y enseñarles gratuitamente la Medicina, “si fuere de su voluntad abrazar esta “profesión.”

“Jamás me dejaré seducir para administrar ningún medicamento mortal....”

“Mi único objeto será el de aliviar y “curar á los enfermos, corresponder á su “confianza y evitar hasta la más leve “sospecha de haber abusado de ellos, “especialmente cuando se trate de mujeres.”

“Sea cual fuere la posición en que me “encuentre, guardaré religioso silencio “sobre lo que juzgue deba permanecer “en secreto.”

“Pueda yo, fiel observador de mi juramento, recoger el fruto de mis labores y vivir vida feliz, embellecida siempre por el amor de los hombres; y sucédame lo contrario si llego á perjurar.”

El juramento hipocrático es la más perfecta alabanza que pueda tributarse á la memoria del que fue no sólo Maestro sino padre de los médicos; no sólo Ministro de la verdad sino Apóstol del bien.

Y este varón máximo no le costó á la humanidad ni una lágrima, ni una gota de sangre.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

LA AGONIA DE LA ROSA

Infriendo al armiño alevé ultraje
Con su púrpura intensa y lujuriosa,
Prendida sueña la purpúrea rosa
Entre las blondas del nevado traje.

Arrancada al misterio del follaje,
Languidece en la curva voluptuosa
Del virgen seno, triste y misteriosa
En la pálida bruma del encaje.

Agoniza; del lánguido capullo,
Que fue de las florestas el orgullo,
Un pétalo marchito se desprende

Con la tristeza de los hondos duelos,
Y un perfume sutil, ligero asciende
Como un alma que sube hacia los cielos.

CARLOS ORTIZ.

(Buenos Aires.)

POR TI

Seca el llanto que tiembla en tus mejillas
Y espera, la expiación no está lejana;
Los que te han hecho sollozar, mañana
Rodarán á tus plantas de rodillas.

Te hieren y te ultrajan porque brillas
Entre su sombra imperceptible y vana,
Mientras que tú, de tu pasión ufana,
Ni á su rigor, ni á su maldad te humillas.

Nada temas por mí; su encono necio
No podrá anonadarme: su extravío
Ni siquiera merece mi desprecio;

Tan viles son! Mas por tu amor y el mío
No digo su desdén.....hasta su aprecio
Soportaré con entereza y brío.

JULIO FLOREZ.

(Colombia)



PESCA ORIGINAL.



París: 43 boulevard Berthier.

Mon cher confrère.

Je vous remercie de l'aimable envoi de vos livres, ces si littéraires traductions où vous vous jugez vous même, d'après vos nobles modèles, et aussi vos personnels poèmes que je me suis fais traduire et où j'ai trouvé, autant qu'une version ne la decolore pas trop, votre âme enluminee et illuminée de pur poète. Aussi vous suis-je très reconnaissant á la flatterie dédicace que vous m'annoncez d'un futur poème, et je vous prie d'en agréer mes vifs remerciements en même temps que l'assurance de ma haute sympathie en notre mère la Poésie.

GEORGES RODENBACH.

Monsieur Léopold Díaz.
Genève.

EL AVE MÉROPS

AL POETA GEORGES RODENBACH

Third app.....

...Macbeth shall never vanquish'd be until
Great Birnam wood to high Dunsinane hill
Shall come against him.

(descends).

Macbeth

—That will never be :
Who can impress the forest, bid the tree
Unfix his earth-bond rout ?
Sweet bodements ! good !
Rebellion 's head rise never till the wood
Of Birnam rise, and our high-plaid Macbeth
Shall live the lease of nature, pay his breath
To time and mortal custom.....

SHAK. ACT IV., SC I. MACBETH.

* **

Mi alma, toda de blanco, cantaba en la tiniebla
Como un gran Cisne diáfano circuido de Terrores,
Y al eco de su canto rasgábase la niebla
En un deshojamiento titánico de flores.

Entonaba los salmos del Ensueño que invoca
Los profundos silencios, los cillados estigmas,
Y los maravillosos Sésamos con que toca
Aladino las puertas de inviolados enigmas.

Absorta en los lejanos alcázares de Ensueño
Flotaba en la corriente de plácidos delirios
Envuelta por vapores sutiles de beleño,
Como una Ofelia exangüe sobre un lecho de lirios.

En la orquesta invisible del alma—; dulce orquesta!—
Cuán inefable música vibran los corazones !
Cantan como infinitas aves de una floresta
Las penas, las quimeras, y las desolaciones.

Murmuran los violines de amores ideales,
Gimen trémulas arpas de ilusiones perdidas,
Redoblan sus rencores los fúnebres timbales
Y hablan los violoncellos de ansias indefinidas.

Todo enmudece en torno del himno alucinante,
Del gran concierto mudo que el corazón levanta ;
Pero al fulgor de un astro fabuloso y distante
Despiértase una Alondra que aletéa y que canta.

Una alondra intangible como los Papemores
Que en el vago crepúsculo miró volar Moréas,
Por un jardín extraño de enigmas y de flores
Y de perfumes raros, sutiles como Ideas.

* **

Alumbrando el camino de las Sombras, la Luna
Vuela con luz enferma sobre la encrucijada,
Y trémulos sudarios surgen de la laguna
Que un viento malo agita como una selva helada.

Danzan los fuegos fatuos de tumbas ilusorias
En una danza loca, macábrica y silente ;
Como siguiendo el ritmo de esfumadas memorias
Danzan los fuegos fatuos melancólicamente.

Esas sombras sin rumbo, van marchando sin ruido,
Arrastrando en la bruma de sus mantos el fleco—
Sus alas taciturnas producen un gemido
Que se apaga en el fondo del ámbito sin éco :

PRIMERA SOMBRA :

—Yo soy el alma errante de pérfidas quimeras

SEGUNDA SOMBRA :

—Yo soy el hondo espíritu oculto de las cosas

TERCERA SOMBRA :

—Yo soy el muerto aroma de antiguas primaveras

CUARTA SOMBRA :

—Soy el fantasma triste de las difuntas rosas

QUINTA SOMBRA :

—En mi palpita el último suspiro de Cordelia

SEXTA SOMBRA :

—En Macbeth soy Espanto.....

SÉPTIMA SOMBRA :

—En Lear soy Locura

OCTAVA SOMBRA :

—Yo soy el lirio intacto que coronaba á Ofelia

NOVENA SOMBRA :

—Yo vago en los desiertos del Odio y la Amargura

DÉCIMA SOMBRA :

—Yo cultivo en la tumba los mustios Asfodelos

UNDÉCIMA SOMBRA :

—La espina es en mi flanco cilicio voluptuoso

DUODÉCIMA SOMBRA :

—Yo busco las estrellas que expiran en los cielos

CORO DE SOMBRAS :

La Muerte es un enorme palacio silencioso
Con grandes avenidas pobladas de misterios
Y con ventanas altas que acechan el reposo
De Thúles sepulcrales y blancos cementerios.

* **

Si !...Yo conozco el Ave Mérops...A la distancia
Le vi cruzar el vago crepúsculo violeta :
Volaba con un vuelo sutil de nigromancia
Trazando en la indecisa penumbra su silueta.

Lo fuí siguiendo un día, y otro día, y cien días,
Lo sigo hace treinta años por sendas de Misterio ;
Oigo, á veces, que canta dentro del alma mía
Con voz indefinible de magia y de salterio.

Vuela con las dos alas tendidas hacia abajo,
Con dos alas minúsculas de amatista y de rosa,
Su cuerpo no es más grande que el de un escarabajo
Y tiene diez mil ojos, como una mariposa.

Asciendo con la cola desplegada hacia arriba,
Su cola diminuta parece una esmeralda ;
Recuerdo que al hallarlo por primera vez iba
Volando inversamente, y al sol daba la espalda.

¿ Fue acaso el invisible pájaro de Etiopía
Que bajo las palmeras de Axúm, mientras soñaba,
Perfumó con el nardo de la melancolía
El alma misteriosa de la reina de Saba ?.....

Tiene siete colores, como los arco-iris,
Su voz á quien la escucha presagia el infortunio,
Y como los ancianos sacerdotes de Osiris
Canta al mediar la noche de cada plenilunio.

* **

Aquella tarde el cielo estaba melancólico
Con el aire doliente de viejo cenobita,—
Y mi alma fué en la curva de un vuelo parabólico
Siguiendo al Ave Mérops con obsesión maldita.

Era triste la hora como el recogimiento
De dos vidas que hiere de un golpe el infortunio ;
Y temblaban las hojas con el presentimiento
De apariciones vagas en las noches de Junio.

Sobre la desolada margen de turbio río,
Como petrificado, mostraba el esqueleto
De los desnudos troncos vasto pinar sombrío,
Que reflejaba el río con un temor secreto.

Las alas de los negros vampiros sigilosos
Pasaban agitando callados abanicos—
Y la penumbra hendían cárbos misteriosos
De acadabrantes formas y de encorvados picos.

Hablábase los bosques en un lenguaje extraño
Lenguaje de silencios y de rumores mudos,
En aquel día triste, inmemorial, de un año
Lleno de angustias hondas y cataclismos rudos.

Avanzaba el crepúsculo cubriendo el horizonte ;
Se diseñaba el lento desfile de las Horas
Y en ráfagas llegaban del apartado monte
Los cánticos guerreros de razas invasoras.

Sobre el desierto mudo que alzabase en Ocaso
Iban las nubes lentas como las caravanas
Donde los dromedarios se alejan, paso á paso,
En una perspectiva de arenas africanas.

Fantásticos Oásis brotaban á lo lejos—
Un bosquecillo esbelto de palma y sicomoro
Calcaba su silueta graciosa entre reflejos
Movibles y difusos de mil estanques de oro.

Bruma sutil de mantos de serafines, luégo,—
Que un viento grave hacía girar en espirales—
Arrastraba sus orlas de púrpura y de fuego
En los indefinidos palacios siderales.

Una irrupción aérea de blandos tonos lilas
Llegó, cual un cortejo de vírgenes errantes,
Con luz fosforescente y extraña en las pupilas
Y en el cabello, azules turquesas vacilantes.

La noche sobre el mundo lentamente caía
Como el plumaje obscuro de una águila cansada,
Y allá, sobre las cumbres estériles, abría
La Luna su redonda pupila ensangrentada.

* **

Los fuertes Hombres Rojos de músculos de acero
Que habitan en los flancos de estériles Montañas,
Lanzaban el rugido de su peñ guerrero
Blandiendo el ancho filo de sus corvas guadañas :

—“Muerte á la Selva Virgen...A la Selva traidora...
Muerte á la Selva antigua de cincuenta mil años...
A la Selva enemiga, que crece y nos devora,
Que los gnomos habitan y los duendes hurafios !

“Muerte á la Selva ! Muerte ! Muerte á la Selva obscura ;
Muerte á los gigantescos árboles carcomidos
Que, cual ingentes mónstruos se pierden en la altura
Y clavan en la tierra sus garfios retorcidos !

“Muerte á la Selva enorme...A la selva asesina ;
Selva que se desliza como negra serpiente
Y tendiendo sus múltiples tentáculos, camina
Brazcando en las tinieblas, indefinidamente !”

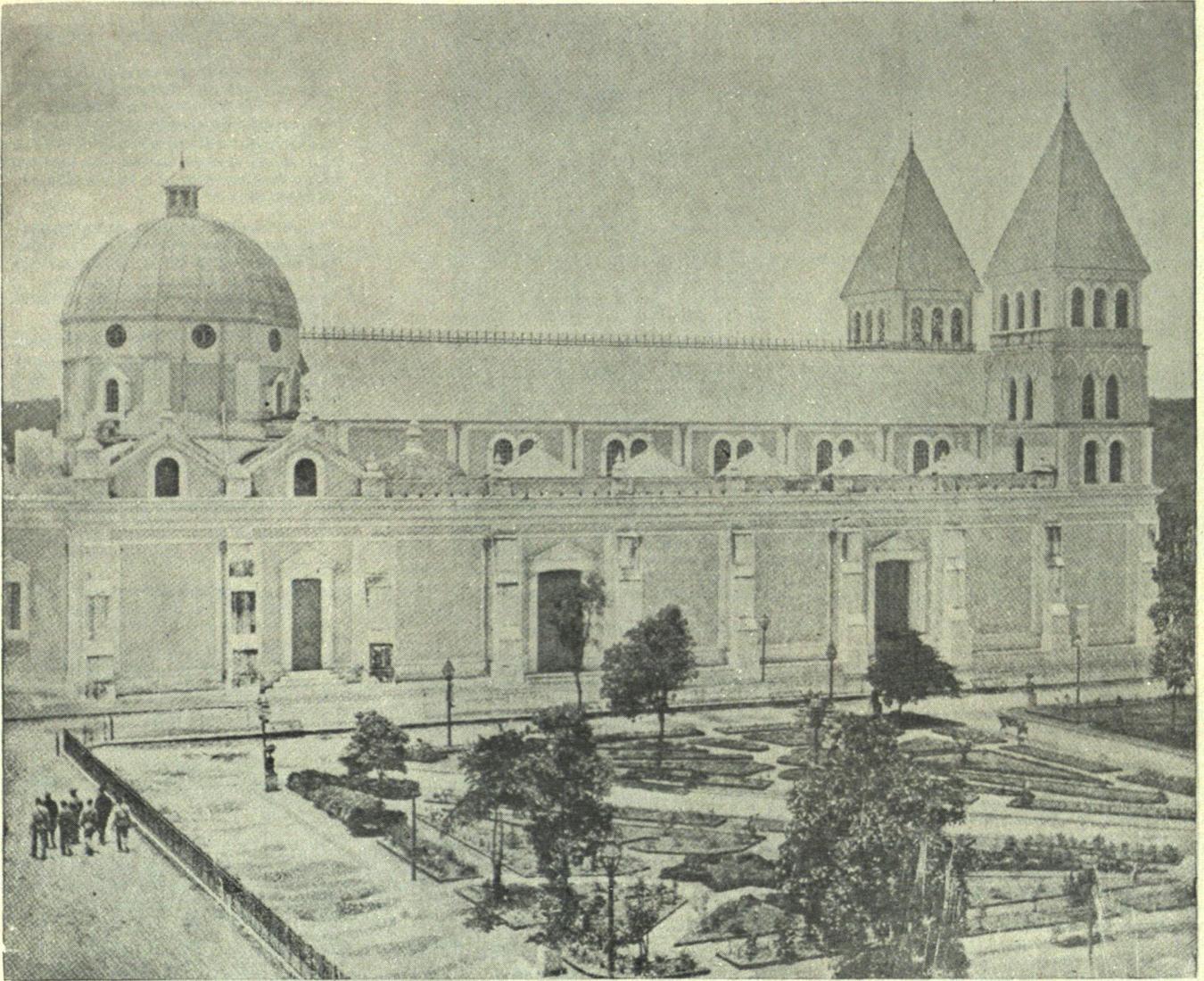
Así cantan los Hombres de músculos de acero,
Los fuertes Hombres Rojos, que habitan la Montaña,
Y escuchando el rugido de su peñ guerrero
Los árboles se agitan con inquietud extraña.

* **

Alza la Selva enorme sus lúgubres penachos—
Que ni calcinan rayos, ni doblan huracanes—
Como de ásperos montes en los recios picachos
Un ejército erguido de curiosos Titanes.

La Tierra esclava nutre su bárbaro apetito ;
Extiende las raíces á sus entrañas ondas,
Y á los treinta y dos vientos, como pulpo infinito,
Dirige las elásticas tenazas de sus frondas.

En el febril espasmo de Floras monstruosas,
En el desbordamiento de la savia profusa,
Los Árboles retuercen sus ramas lujuriosas
Como desmelenadas cabezas de Medusa.



REPUBLICA DOMINICANA. — Iglesia Mayor de Santiago de los Caballeros

La Selva es como piélago sembrado de bajeles,
Bajeles taciturnos anclados en la bruma :
La Noche impenetrable comienza en sus dinteles
Cual fosca pesadilla que al pensamiento abruma.

A veces, las tinieblas exhalan sus lamentos,
Sus trágicos lamentos de cosa incomprendida—
Y pasan cabalgando Walkyrias en los vientos
Sobre la desgrefiada Selva despavorida.

En sus cien mil clarines soplan las tempestades
Las oberturas magnas de sus roncadas orquestas,
Y vá el acorde unísono á herir las soledades
Donde duerme el silencio de las mudas florestas.

Cantan los grandes árboles en el silencio augusto
De la profunda selva, con voces nunca oídas,—
Cantan los grandes árboles un canto tan adusto
Cual las imprecaciones de razas perseguidas :

—“Somos—dicen—los negros atalayas del Viento ;
Nuestras musculaturas endurecen los siglos ;
Sobre nosotros tiende su comba el firmamento
Y engendran nuestras nupcias legiones de Vestiglos.

“Al huracán abrimos nuestros ferrados gonces ;
La Tempestad nos dicta su lúgubre mensaje ;
El Trueno choca, al vernos, sus resonantes bronces
Y nos doma el relámpago, como á potro salvaje.

“Nuestro enemigo, el Hombre, vive tan sólo un día
Y ni la huella imprime sobre la tierra helada :
El vengador gusano prolonga su agonía
En el dintel obscuro que se abre ante la Nada”...

* * *

Bajaron de la cumbre los fuertes Hombres Rojos
En la embriaguez extraña de su peñ guerrero,

Frenéticos blandiendo con bárbaros enojos
El filo amenazante de sus hoces de acero.

Los fuertes Hombres Rojos bajaron las laderas
Desplegando en el aire sangrientos oriflamas,
Y en sus cascos, rojizas y flexibles cimeras
Cual las plumas ardientes de un pájaro de llamas.

Por los valles profundos resonaba su canto
Dilatándose en ondas de salvaje armonía—
Y asombrado el abismo devolvió con espanto
El rumor de aquel canto, cual una letanía.

Bajaron de la cumbre, como tropel hirsuto
De embravecidos leones, sedientos de pelea,
Y los miró acercarse la gran Selva de luto
Como serpiente inmóvil que al pájaro olfatea.

Reinó breve silencio...después un himno bronco
Que estremeció, á lo lejos, la fúnebre llanura,
Y luégo—en formidable dilatamiento—el ronco
Tronar de cien mil hachas hiriendo la espesura.

Bajo el opaco cielo las hojas se crispaban
Como rabiosos dedos que una garganta oprimen,—
Semejantes á lívidas manos que estrangulaban
Con ruidos enemigos, atávicas del crimen.

Bajo el mórbido cielo sus horcas extendían
Las lianas proteiformes ; los troncos apretaron
Sus nudosas falanges ; los árboles crujián
Y cual un haz de flechas las ramas agitaron.....

Caricia silenciosa de pulpos infinitos—
La Selva, abrió sus largos brazos tentaculares—
Y crujiéron las vértebras de los hombres malditos
Con ruidos siniestros de tronchados pinares.....

Tragedia de los siglos...Tragedia tenebrosa ;
Del Hombre y de la Selva combate encarnizado :

Vociferante el Hombre,—la Selva silenciosa,
Allá...sobre los limbos oscuros del Pasado.

Triunfó la Selva enorme,—la Selva vengadora,
Y cubrió las llanuras...y llegó al pie del monte :
Hermana del Silencio, marchaba aterradora
Con alas de vampiro rodeando el horizonte.

Y una bandada inmensa de cuervos taciturnos,
En ancho semi-círculo, tendió pesado el vuelo—
Cual fugitivo enjambre de terrores nocturnos—
Con rumbo á los lejanos países de otro cielo.

La vieron alejarse camino de Occidente
Los árboles adustos, los árboles perplejos,
Moviendo la cabeza melancólicamente
Con el isocronismo de los fakires viejos.

Indolente y morosa, la Noche, descendía
Deshojando al Hombre mil años de infortunio—
Y, sobre las montañas estériles abría
La Luna su redonda pupila fatigada.

En el sitio más hondo de la muda Floresta,
Profetizando al Hombre mil años de infortunio,
Cantaba el Ave Mérops una canción funesta
Bajo el opalescente fulgor del plenilunio.

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra—1898.





Quando la luz crepuscular expira y, como la pupila de un querube, por entre los desgarros de una nube un lucero parece que nos mira; cuando el éter se viste con las tocas extrañas que se semejan las olas vagabundas que se alejan hacia una playa misteriosa y triste; cuando pasa la brisa suspirando, y en el árbol el pájaro dormita, y el arroyo se ausenta sollozando y entre las sombras el mochuelo grita; cuando la luna, semejante á un lirio, abre el nítido broche, vertiendo un resplandor como de cirio en la oscura mortaja de la noche; los tristes, los que sufren, los que lloran, lo mismo que las ánimas en penas que se acercan, que pasan, y que imploran, hablan á solas con las almas buenas y á las blancas estrellas enamoran.

En tanto, los rumores que exhalando un acorde no aprendido zumban en derredor de nuestro oído, como el insecto en torno de las flores; la triste sinfonía que, cual del negro fondo de una urna, para poblar la noche taciturna se desprende del seno de la umbría; los ecos, trovadores fugitivos, que, bajo el claro albor de las estrellas, caminan en tropel sin rumbos ciertos, son cantos y sollozos y querellas de espíritus del reino de los muertos que viajan por el reino de los vivos.

I

Profundo es el misterio de la selva al expirar el sol! Bajo la umbría cuanto es júbilo, tinte y armonía decir parece: "Adiós! Hasta que vuelva, fénix de luz, á renacer el día."

El roble, mudo y grave centinela del bosque, siempre erguido, donde reposa silencioso el nido porque no tiene arrulllos, porque el ave es un laúd dormido; el viejo tronco; la empinada altura por donde baja el tímido arroyuelo para perderse luégo en la espesura, lamiendo apenas la mullida alfombra, medio bañados por la luz del cielo fingien, en medio de la noche oscura, bajos-relieves en la inmensa sombra.

II

Templo es la selva! Allá bajo la arcada que forma en un recodo la arboleda, gruta casi ignorada donde el alma, al entrar, absorbida queda, como ante un crucifijo la mirada; en el fondo sin luz de aquella nave, en que todo es austero, hasta el canto melódico del ave, se alza imponente y grave, sobre un montón de piedras, un Madero.

Tumba feliz!... El llanto de la aurora que desciende á la flor en tenue lluvia, y es, al bajar miriada tembladora, collar de perlas en la espiga rubia; el vaporoso aliento de la malva, los trinos, explosiones de alegría, el primer rayo en que se rompe el alba y el último del día; el manto de las nieblas nocturnales á trechos roto por algún cocuyo, los lampos de la luna, que atesoran un mundo de promesas celestiales, descienden hasta tí, y en torno tuyo cantan, fulguran, se arrodillan, oran!

Tumba feliz!... ¿Dónde hay otro tributo de más alto valor?.....

Quando de luto se viste la ancha esfera y el astro-rey en la región lejana dice á la vida universal: "Espera, dulce bien mío, volveré mañana;" *Ella*, la venturosa compañera en los felices días de amantes y joviales alegrías, *Ella*, cabe tu leño sacrosanto deja caer, en su mortal congoja, mezclado con los lirios que deshoja, el raudal de su llanto. Y abrazada á la cruz, puesta de hinojos, arcángel de la selva solitaria, vierte sobre tus míseros despojos una mística esencia: la plegaria.

¿No la sientes? Ya surge... Rumorea como la brisa en la flotante nube; sobre tí, lejos ya, revolotea..... Blanca paloma, la oración que sube rogando va por *Él*. ¡ Bendita sea!.....

III

Ella está allí. Doliente y pensativa dobla, como la frágil sensitiva, su frente orlada de cabellos blondos..... Siempre la misma lobreguez arriba; su desesperación siempre más viva y sus pesares, ay! siempre más hondos!

Ruega, y no más el eco le responde; quiere profundizar cuanto se esconde lejos, allá, tras la empañada esfera, y ante la inmensidad sombría y muda su desmayada fe le dice: duda; y su dolor le grita: desespera!

Y próxima á caer, ahogando el grito que pugna por salir de su garganta, audaz provocación al infinito; acallando el rumor que se levanta, sordo huracán, del corazón sañudo, del corazón donde la fe zozobra, como el herido gladiador su escudo, la dulce paz su espíritu recobra.

Y dueña al fin de la apacible calma, que á pensar en los ángeles convida, siente en su anhelo de volar el alma la inefable nostalgia de otra vida.

El mal engendra el bien. ¡Y el bien no tarda! El ángel compasivo de la guarda besa la frente del que sufre y gime, y derramando mágicos beleños, allí, donde sus ósculos imprime, "tiempo es de que surjáis," dice á los sueños.

IV

Dormida está!.....Cuán pura la imagen que le roba el albedrío! En su serena faz; cuánta ventura! Estremecida de pasión murmura con voz que es un arrullo: "¡esposo mío!"

Y al amante conjuro, que retumba en la callada gruta, de la tumba surge indecisa claridad.....

El viento

recoge su laúd y se retira del follaje opulento; y en la serena atmósfera, en que gira algo radioso, indefinible, incierto, "algo vivo rondando un algo muerto" vibra una voz que dice:

— "A tu reclamo
"cómo no he de acudir, mi bien perdido?
"Larga es la ausencia. Es cierto. Pero te amo!
"Lo ves, el tiempo en vano ha transcurrido.
"Hay corazones en que nunca cuaja
"el hielo del olvido.

— "¿Olvidarte? Jamás! Si me parece
"que, cual la nieve que de lo alto baja,
"mi pasión, en su curso, se engrandece.
"La savia del edén de mis amores
"siempre es primaveral: no se consume.
"Por eso tiene cada vez más flores
"y cada vez exhala más perfume.

— "En esta soledad que me rodea
"no me sostiene ya sino la idea
"de que habrá de juntarnos el destino.
"¡Ya te miro llegar! En lontananza
"el sol de mi esperanza
"entre incendios de púrpura alborea.....
"Ya siento lo que siente el peregrino
"cuando tras un recodo del camino
"divisa el campanario de su aldea."

V

..... "Cuán bellos, cuán felices
"los años, ay! que rápidos pasaron!
"Como los campos llenos de matices,
"del esto al rigor se marchitaron
"quedando nada más que hondas raíces.

— "Te acuerdas? Junto al bosque, donde el río
"quiebra al pasar la espuma de sus ondas
"se destaca el humilde caserío.
"Allí, debajo de las verdes frondas
"y de la sierra al cariñoso abrigo,
"el pardo techo de un hogar se yergue.
"¡Cuánta felicidad en ese albergue
"no compartí contigo!

— "Te acuerdas? Cómo nó!... Siempre dichoso
"al caer el crepúsculo tornaba
"al dulce hogar, á nuestro dulce nido,
"do el ángel de la paz y del reposo
"con los brazos abiertos me esperaba.
"Oh, instante venturoso!
"Oh, indecible placer!... Lo que he sentido
"en ese instante, dígallo el esposo
"que por las tardes al hogar acude
"do le aguarda una boca diligente
"que con los castos ósculos sacude
"el polvo humedecido de su frente.

VI

— "¿Por qué la suerte impía
"con su soplo fatal barrió los astros
"de aquel cielo sin nubes?"

— "Llegó un día
"triste cual los nublados del invierno...
"En el hogar el hambre se cernía.....
"Ay! para entonces un capullo tierno
"en la clausura maternal abría!

— "Fue un vértigo el dolor! Sentí el mareo
"que al abismo del mal nos precipita.
"Y al oír el confuso clamoreo
"que en el tumulto popular excita
"á la fiera matanza y al saqueo;
"por tí, por él, por mí, volé á la sierra,
"donde el pendón de guerra
"al desplegarse la discordia aviva.
"Lo que la suerte habíame negado,
"como el ladrón que roba en despojado,
"con el fusil á conquistarlo iba.

VII

— "Ay, del que mata en su furor insano!
"Preferir el motín á los prolijos
"afanes del hogar, es inhumano.
"Nunca se debe ensangrentar la mano
"que ha de amasar el pan de nuestros hijos.

VIII

— "Larga la lucha fue, larga y sangrienta!
"Arrolladora nube de tormenta
"en esta misma selva estalló un día.

“Y en esta misma selva, atravesado
 “por una bala de fusil el pecho,
 “caí, pero caí, pobre soldado,
 “sin gloria, sin honor y sin provecho !

“Después, después en el hogar vacío
 “nuestro hijo inocente
 “plegó las alas y murió de frío !.....
 “Viniste á demandar, ídolo mío,
 “calor al pecho paternal ausente !”—

IX

Silencio en derredor.....

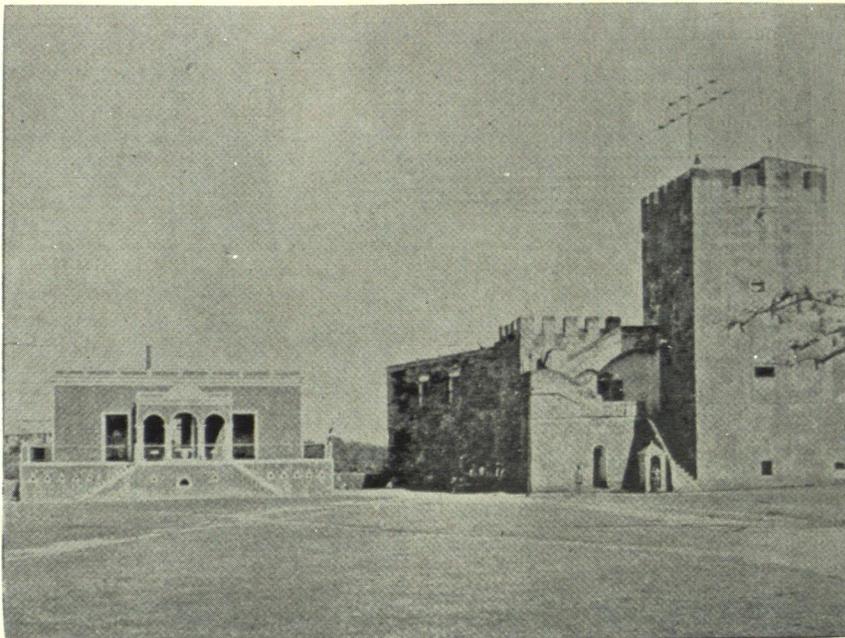
X

Fulgor incierto
 atravesó las sombras nocturnales;
 rompió de pronto universal concierto,
 y mecieron las brisas matinales
 el húmedo botón recién abierto.

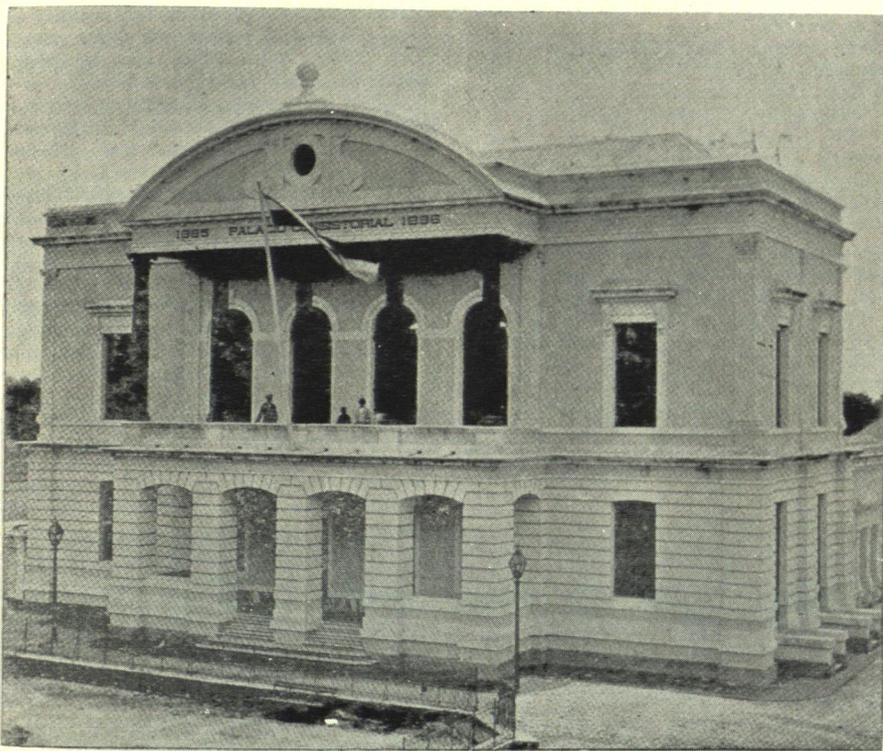
Un rayo de la aurora
 que á visitar la tumba descendía,
 posándose en la frente soñadora
 de la dormida, en vano la decía :
 —“Despierta ! la alborada
 asoma en el Oriente ”.....

Pero nada,
 Ella no respondía !

VÍCTOR M. RACAMONDE.



Patio principal de La Fuerza — La Comandancia de Armas, la cárcel y torre del Homenaje. — Santo Domingo



CASA CONSISTORIAL EN SANTIAGO DE LOS CABALLEROS. — República Dominicana

EL TRIUNFO DE SALOMÉ

—
 Cuando la hilaridad producida por las exen-
 tricidades macabras de las hermanas Big-Flo-
 wers se hubo extinguido en el murmullo de
 las últimas sonrisas, una bailarina antigua sur-
 gió del fondo de las decoraciones, blanca como
 una estatua en la transparencia de vaporosas
 y tenues gasas.

Era una mujer de veinte años, alta, delga-
 da, casi incorpórea, que comenzó á bailar con
 ritmo lento y ademanos hieráticos, una danza
 sagrada de Bizancio. Su cabellera rubia surgía
 de entre las flores azules de una guirnalda,
 repartiéndose en pálidas ondas de luz sobre el
 pálido alabastro de los hombros. Sus labios,
 pintados de rojo, sonreían dulcemente dejando

entrever la línea impecable de los dientes. Un
 largo collar de piedras multicolores, de amu-
 letos de ámbar y de joyas de bronce, envol-
 vía su torso, marcando la delicada ondulación
 del pecho.

. . . El cuerpo frágil palpitaba entre los
 velos policromos mientras los brazos permanec-
 cían inmóviles cruzados detrás de la nuca. . .
 Y las figuras cadenciosas de la danza se desa-
 rrrollaban en la uniformidad monótona del mis-
 mo paso, con inmovilidades de olvido, con in-
 clinaciones de deseo, con vibraciones de resu-
 rrección, al compás de flautas lejanas. . . Y
 poco á poco, en la claridad armoniosa y palpi-
 tante de la sala, la belleza lívida de la bai-
 larina iba idealizándose hasta despojarse en apa-
 riencia de sus velos, de su blancura, de su

sonrisa, de sus joyas, de todo lo que había
 en ella de humano y de vivo, en fin, para
 convertirse en la evocación de un ensueño in-
 tangible . . .

El público aplaudía, entusiasmado, obligán-
 dola á comenzar de nuevo cada “paso” y
 cada “figura,” mientras Luciano, en la pen-
 umbra de su palco, se embriagaba con el
 triunfo de la artista como si fuese su propio
 triunfo.

Pero ¿acaso no lo era, en efecto? Marta,
 la bailarina, era su hermana, su discípula; vi-
 vían el uno para el otro y los dos para el
 arte, él componía los bailes; ella los bailaba;
 sus triunfos se confundían en sus almas y los
 aplausos eran para ambos . . .

Luciano sonreía, viéndola sonreír. De pron-
 to, sin embargo, tuvo miedo: figuróse que su
 hermana se desmayaba y, sin poderse conte-
 ner, gritó:

—¡Basta! . . . ;Basta! . . .

Sin vanidad, sin coquetería, casi sin deseo
 de gustar, Marta bailaba.—Bailaba, como los
 pájaros cantan, ejerciendo una función natu-
 ral. Había nacido para bailar y bailaba.

A veces, en las mañanas de primavera, cuan-
 do el sol asaltaba los balcones llenando su al-
 coba de luz y su alma de alegría, un impulso
 incontrarrestable hacía la saltar del lecho para
 bailar, ante su espejo, danzas caprichosamente
 improvisadas. Y con la imaginación fuera del
 tiempo y del espacio, bailaba durante largas
 horas, sin esfuerzo visible, hasta que, rendida
 y jadeante, caía en un diván, respirando con
 dificultad.

Luciano solía sorprenderla en esos momen-
 tos de dolorosa fatiga y con dureza paternal
 la reprendía como á una niña:

—Si continúas haciendo locuras, no vivirás
 mucho tiempo. Eres una loca incorregible que
 gastas lo poco que te queda de pulmones sal-
 tando tontamente . . . Ya verás lo que te dice
 el médico esta noche . . .

Ella no se defendía contra las durezas de su
 hermano. Sabiendo que hacía mal en abusar
 de sus fuerzas, arrepentíase de haberlo hecho.

—¡Perdóname!—murmuraba, y sus ojos cla-
 ros, sin brillo y sin mirada,—sus ojos ojero-
 sos y atrayentes de retrato,—sus bellos ojos
 alucinadores, producían una sensación de ce-
 guedad y de locura.

Luciano la perdonaba.



SANTO DOMINGO. — Caballerizas del General Heureau en el barrio de "Ciudad Nueva"

Un día, al salir del teatro entre polichinelas que ocultaban sus jorobas bajo las pieles de los gabanes y colombinas aún pintadas de blanco y de rojo, Marta se detuvo en la puerta como si esperase á alguien. De pie junto á ella, su hermano contestaba gravemente á los saludos respetuosos con que todo el mundo se inclinaba ante la artista.

La noche era clara y en el horizonte la luna brillaba como un ópalo inmenso haciendo más blanca aún la blanca silueta de la bailarina.

—¿Nos vamos?—preguntó Luciano al cabo de algunos minutos.

—Sí,—respondió ella—vámonos . . . Pero no á casa . . . No . . . no nos encerremos aún . . . ¡Hace un tiempo tan bello! . . . Además, tengo que hablarte de algo muy serio, muy interesante . . . ¿Te burlarás de mí? . . . Llévame al Retiro para respirar, un minuto, el aire de los árboles nuevos . . . Allá te revelaré mi secreto . . . y aunque te rías de mí, no importa.

En el coche que les conducía por el Prado, Luciano trató de sondear el misterio del alma de su hermana, pero ella no quiso hablar sino de asuntos muy frívolos.

—Las cosas serias te las diré en el Retiro, ¡curioso!

. . . ¿Estaría enamorada? Para las mujeres sólo el amor es serio . . . ¿enamorada? Pero ¿de quién? . . . ¿y desde cuándo? . . . Hasta entonces sus bellos ojos azules no habían parecido nunca fijarse con complacencia en hombre ninguno. Sus más apasionados adoradores, los artistas enamorados de su belleza ó subyugados por su genio y los millonarios calvos atraídos por la hermosura de su cuerpo, habíanse cansado de esperar vanamente una frase que fomentase en ellos la esperanza, y uno tras otro íbanse alejando para correr, sin duda, en pos de más hospitalarias ilusiones . . . ¿Enamorada? . . . No . . . no era verosímil, puesto que apenas hacía tres semanas que había hablado del amor como de una pasión "secundaria," "inferior," indigna de ocupar en absoluto el alma de un artista . . . ¿Entonces? . . .

Luciano devanábase los sesos tratando de adivinar los secretos de su hermana.

Al fin el carruaje se detuvo bajo los árboles raquíticos del Retiro.

* * *

—Y ahora, ¿me contarás esas cosas tan importantes?

Marta estrechó, entre las suyas, las manos de su hermano.

—Sí;—repuso—pero no te burlarás de mí. . . ¿verdad?

—No.

—¿No, no?

—Te lo aseguro que no.

—Pues tengo que confesarte que he usurpado tus funciones, componiendo yo misma. . . Luciano se echó á reír.

—¡Ya ves que si te burlas!—murmuró la bailarina tristemente.

Luégo continuó hablando muy de prisa, como avergonzada de lo que sus labios decían :

—He compuesto un baile, con música y todo. Es un baile que no vale nada comparado con los tuyos, un puro capricho de mujer, desordenado y tonto. Al principio me figuré que no se representaría nunca, pero después, á medida que lo he ido ensayando, su música se ha convertido en obsesión en mi cabeza y me he figurado que tal vez . . . si tú quisieras ayu-

darme á corregirlo . . . Verás . . . Se llama *El triunfo de Salomé*. . . Lo que yo no puedo, naturalmente, es escribir la partitura, ni menos aún instrumentarla . . .

— . . . Y lo que quieres es que yo te lo haga ¿no es verdad? . . .

—Que lo hagamos juntos!

—Pues hagámoslo . . .

—¿Sí, Luciano?

—Sí, Marta.

—Y mientras el músico reía de nuevo, prometiendo, la bailarina, alegre como unas pascuas, besábase las manos.

* * *

Cuando Luciano, al día siguiente se enteró de la obra de su hermana, no pudo menos de espantarse. Era un laberinto caótico de notas fantásticamente enrevesadas, de cuyo conjunto, empero, brotaba una armonía conmovedora é incoherente. Más que una composición era un fárrago de sonidos, una masa indivisible, un follaje inextricable, algo como una floresta virgen en la cual el aura de las mañanas serenas y el viento rudo de las noches invernales, producían cadencias de una intensidad salvaje.

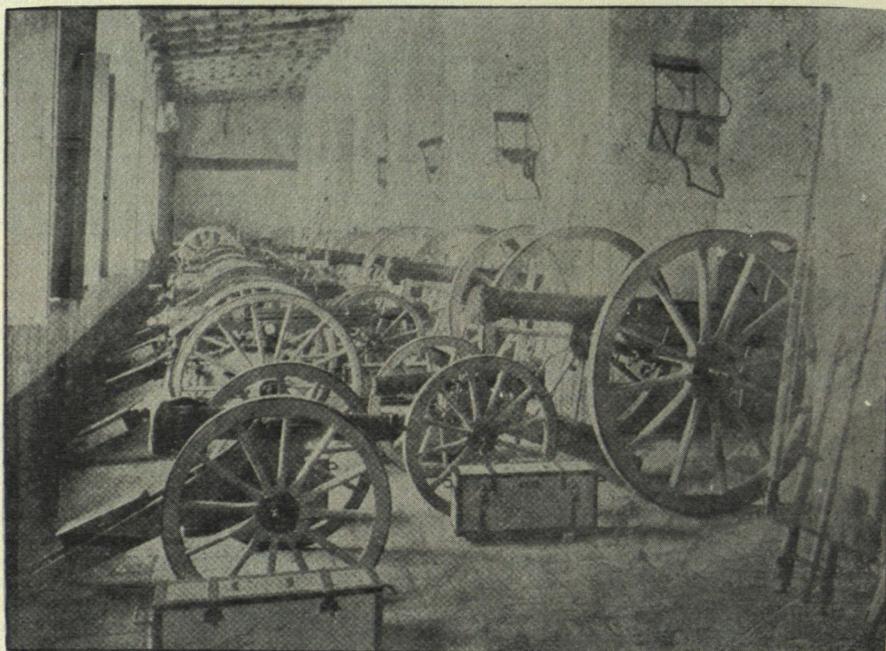
Para no entristecer á la autora, Luciano se guardó de hablarla con franqueza y sólo le indicó la necesidad de reducir la obra á mucho más modestas proporciones.

—Cortaremos por todos lados, Marta. Cortaremos muchas ramas inútiles para dejar ver las flores, y en seguida cortaremos también algunas flores que son muy rojas y muy grandes. Tú trabajarás como la naturaleza. Eres una loca. Ahora trabajaremos como humildes jardineros . . . Ya verás . . .

Juntos trabajaron, realmente, con febril actividad: ella defendiendo las frondosidades que le parecían bellas ú originales; él, hábilmente cortando, podando, talando.

Poco á poco el músico fue encariñándose con su labor de jardinero. Trabajaba para su hermana, con elementos por ella reunidos, para contribuir á su gloria, y eso le bastaba para ser dichoso.

Marta también era dichosa. De los acordes por su mente concebidos, apenas subsistía en las páginas escritas por Luciano, la vaguedad del pensamiento primordial. Pero eso no importaba. Ella creía que "siempre era su obra" y á medida que su colaborador componía, identificábase ella con la nueva concepción artística, en la cual sobrevivía el alma del original.



Parque de Artillería: Salón de baterías de campaña. — Santo Domingo

Al cabo de un mes de labor impropia, *El triunfo de Salomé* estuvo terminado.

—Me parece que no hemos perdido el tiempo—dijo Luciano después de ejecutar al piano la partitura.

—No—repuso entusiasmada Marta, cuyos grandes ojos de tísica se habían hundido más aún en el círculo azul de las ojeras, durante los insomnios del trabajo.

Los ensayos comenzaron en seguida. El director del teatro aumentó su orquesta y prometió nuevas iluminaciones para el estreno.

Más inspirada que nunca, Marta bailaba:—bailaba todos los días, ensayando su propia obra al compás de su propia música;—movía los brazos al són de las flautas; esponjábale como una paloma enamorada entre las notas de los violines; se erguía, cual un icono de oro, al estruendo metálico de los címbalos que anunciaban su triunfo sanguinario.

Era feliz. Sus piernas esculturales, más ágiles que nunca, palpitaban eternamente como movidas por una fuerza especial que no estaba en relación con el vigor de su pobre pecho debilitado. Sus pies diminutos, parecían desconocer el reposo: siempre inquietos, marcaban, sin darse punto de descanso, el ritmo de la danza sagrada, crispándose á cada instante en los estuches delicados de las botas.

—¡Soy dichosa, Luciano, soy muy dichosa! . . .

Y en el movimiento nervioso con que saltaba al cuello de su hermano para estrecharle entre los brazos, había algo de danza, algo de inconscientemente artificial.

Dormida también bailaba. Bailaba en sueños, con la imaginación, y mientras su cuerpo fatigado permanecía entre las sábanas, sacudido únicamente por la respiración cada día más difícil, su cerebro se perdía, aleteando como una mariposa encantada, retorciéndose como una salamandra entre las llamas, ondulando como una rama joven, en el laberinto rítmico del *triunfo de Salomé*—su propio triunfo futuro.

Salomé en persona surgía á veces de sus sueños delirantes con objeto de revelarla el secreto de la gracia perdurable, indicándole lo que había hecho, dos mil años antes, en el palacio del Tetrarca para obtener la cabeza sangrienta del San Juan.

—Bailé—murmuraba la Herodiada al oído de la artista dormida—bailé largamente . . . así . . . muy largamente . . . Mi cuerpo dorado se plegó como un mimbre ante Herodes; luego se enderezó con un movimiento de serpiente; y en cadencia, sacudiendo los collares de mi garganta, los brazaletes de mis tobillos, las esmeraldas de mi cintura, todo mi sér estremecióse . . . Mis caderas se estremecieron . . . El estremecimiento simétrico de mis piernas infantiles, hacía vacilar la voluntad del hombre de hierro . . . Bailé . . . muy largamente . . .

—¿Estoy muy grave, Doctor?

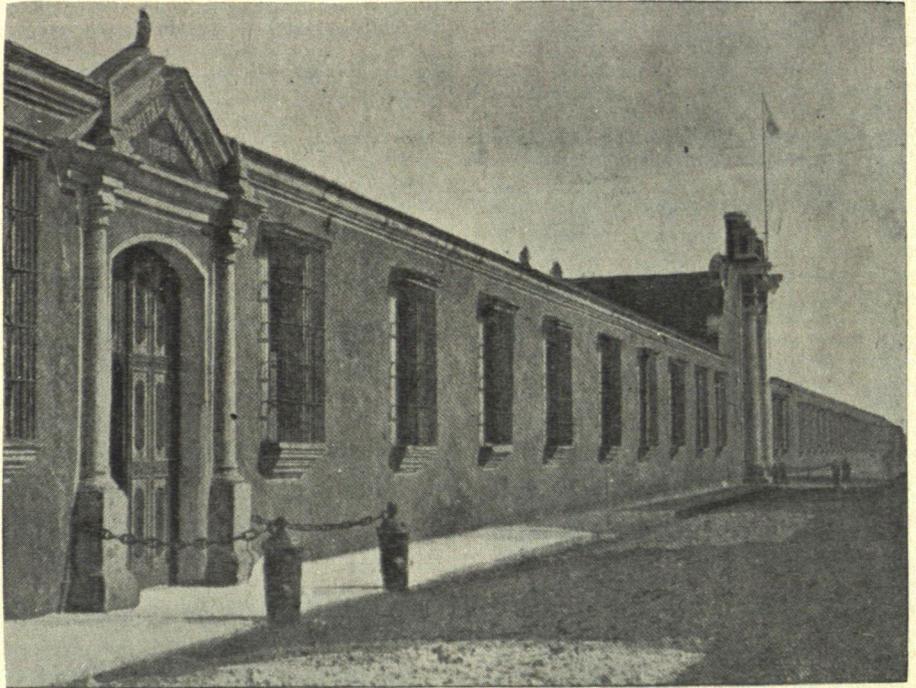
—No. Por ahora no tiene usted casi nada. Los pulmones debilitados. . . algo de fiebre. . . No será nada . . . Pero si continúa usted abusando de sus fuerzas, el mal se puede complicar. Su hermano dice que usted está loca y efectivamente es necesario estarlo para trabajar de día y de noche . . . ¿Quiere usted curarse pronto?

—Sí, Doctor.

—Entonces prométame usted ser juiciosa, estarse quieta, tomar sus remedios, no sublevarse, no querer saber más que nosotros . . .

—Lo que usted quiera, Doctor.

—Así me gusta . . . Dentro de unos días estará usted más fuerte y más fresca que una Venus de bronce . . . Pero no ha de levantarse ni un momento, y ha de tomar los frascos que le traigan . . . Y sobre todo ninguna agitación . . . “Niñas que estáis bailando—al infierno váis andando . . .” Nada de bailes, señorita . . . Tres ó cuatro días, cinco á lo más . . . ni eso . . . tres . . .



SANTO DOMINGO. — Edificio de la Fuerza — Cuarteles, Comandancia de Armas, Fundición del Gobierno y Hospital Militar

El médico comenzó á escribir la receta, repitiendo siempre con voz regocijada: “tres ó cuatro . . . cuatro á lo más . . . cuatro días . . . y mucho reposo, mucha cordura! . . .”

Mientras tanto Luciano, sentado á la cabecera del lecho, acariciaba las mejillas calenturientas de su hermana y hacía lo posible por tranquilizarla asegurándole que su enfermedad no era cosa de cuidado.

Marta permanecía inmóvil y silenciosa. De pronto sus labios secos se animaron:

—¡Luciano!

—¿Necesitas algo? . . . ¿Qué quieres?

—Luciano ¿cuándo es la noche del estreno?

—El domingo, Marta.

—¡Ah! sí; el domingo. . . y hoy es lunes . . . ¿verdad que es lunes? . . . ocho días . . .

En seguida, levantando la voz:

—¿Estaré curada el sábado, doctor?

—Si no hace usted locuras, estará curada el jueves.

—Haré lo que ustedes quieran, pero cúrenme para el sábado.

Al hablar así, frotaba su frente, húmeda de sudor, contra el brazo de su hermano, como para convencerle, acariciándole, de que era necesario curarla pronto.

Tranquila por convicción, Marta permanecía tendida en su lecho, tomando, con una pasividad de animal enfermo, todas las drogas recetadas por el médico.

Luciano no se separaba de ella sino para ir á comer, ya muy tarde, después de haberle dado las últimas píldoras y las últimas pociones.

—¿Por qué no sales?—preguntábale Marta á veces.

El respondía inventando un pretexto cual quiera para explicar su perpetua presencia en la alcoba sin inquietar á la enferma.

—¿Salir? . . . ¿Para qué? . . . ¿á dónde ir? . . . Mañana ó pasado cuando te levantes. . .

En vez de mejorar, Marta empeoraba. Sus ojos se hundían; sus pulmones se ablandaban; su pulso era cada día más rápido y más desigual. Pasó el lunes . . . pasó el martes . . . pasó el miércoles . . . pasó el jueves . . .

—¿Estoy mejor?—preguntó la pobre artista el viernes.

El médico contestó que “no,” abandonando su tono regocijado, y recomendando á Marta que hablase lo menos posible.

—Si quiere usted sanar, no piense usted en levantarse, ni hable usted . . . ¡Mucha tranquilidad! . . .

Ella no dijo nada. En sus pupilas entristecidas, una chispa se encendió . . . apagóse en seguida . . . se volvió á encender y luego murió definitivamente, en el aleteo de los párpados, ahogada en una lágrima . . .

Desde entonces sus labios no volvieron á entreabrirse sino para recibir los besos de su hermano que, no sabiendo ya qué remedios darla para hacerla sanar pronto, multiplicaba sus mimos tratándola como á una novia, respirando el aroma de sus cabellos rubios, estrechando sus manos húmedas, halagándola con zalamerías infantiles, en el silencio trágico del dormitorio.

. . . Y el domingo llegó al fin. La bailarina no estaba ni más ni menos mal que la víspera. Su cerebro había perdido la noción del tiempo. La modorra de la fiebre no desaparecía sino cuando los accesos de tos que la cercaban poco á poco sus pulmones, obligábanla á levantar la cabeza para tratar de sufrir menos. En seguida dejábase caer de nuevo sobre las almohadas sudorosas, respirando dolorosamente el aire cargado de emanaciones agrias de creosota y de resinas.

Luciano había salido para ir á comer. En la chimenea un reloj dio las nueve. La enferma contó las campanadas . . . una . . . dos . . . tres . . . y al oír la última, un escalofrío sacudió con violencia todo su cuerpo exangüe. ¡Las nueve! . . . ¡La hora del estreno; la hora en que el público, al verla aparecer en la escena, vestida de princesa israelita, debía aplaudirla; la hora ansiosamente esperada durante meses y meses por su alma de artista; la hora de Salomé, la hora del triunfo, la hora suprema! . . . ¡Las nueve! . . .

Impulsada por una fuerza imperiosa, Marta salió del lecho. ¡Quería bailar! . . . La armonía de sus notas, cantaba cual una sirena fatal en sus oídos. Todo Madrid esperaba con impaciencia, que el telón se levantase . . . ¡Quería bailar! . . . Deteniéndose en los muebles, llegó hasta el balcón y lo abrió de par en par. El aire frío de la noche acarició, con sus caricias mortales los brazos frágiles que se levantaban para marcar el ritmo oculto de la danza.

Quería bailar y bailaba . . . Su torso blanco crispábase en un temblor de agonía; sus piernas delicadas estremecíanse convulsivamente; sus caderas vibraban, se contraían, se encurvaban . . . Con la rapidez vertiginosa de la demencia, bailó toda su obra en el espacio de algunos minutos. Luégo, extenuada y exánime, cayó desplomada, en una postrera ondulación, ante las estrellas que, desde lejos, la contemplaban impasibles . . .

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.



La caravana llegó al pueblo un día de primavera, armonioso y vibrante; una de esas caravanas de gitanos que recorren la tierra, vagabundas y felices, turbando las almas é incendiando los corazones con la incomparable belleza de sus mujeres, con la música lánguida de sus violines, y con el misterio de su vivac, errante y sórdido, que tiene aliento de todas las flores y perfume de todos los climas . . .

Venía de muy lejos; del Brasil, de Méjico quizás. De cualquier parte!

Muy pronto plantó sus tiendas y á poco comenzó entre las disputas de los hombres y la bulla de chiquillos sucios y hambrientos el fragor incesante de las mujeres bohemias, diciendo á la turba de curiosos y embobados, la buena ventura, en su afán de conquistar una moneda, una sortija, una pulsera, no importa qué objeto brillante aunque falso, gloria de su tocado hecho de oropes y mentiras.

Jamás salía de sus labios lo que pueda tener de fatal ó siniestro la vida humana, sino que, explotando la ideal candidez, llovía sobre sus manos oro á torrentes en cambio de las mieles y las rosas de sus amables oráculos. Y no pocas monedas alcanzaron leyendo entre las líneas de la mano los secretos del porvenir, hurgando en la luz de unas pupilas el rayo de un destino venidero y, sorprendiendo en más de un sér una ansiedad, una ambición, una esperanza: el novio soñado, el deseo de riqueza, el logro de una venganza, todo lo que llena las almas de cuanto hay de bello y ruin, de sublime y miserable.

El deseo de escuchar el secreto de la cábala, no fue el que llevó al vivac aquel día luminoso, sino el prestigio de la belleza bohemía. Y allí, en una mirada llameante, creí ver un hábito del desierto; en una boca de labios encendidos, la purpurada flor de los granados moriscos; en una voz de cristal, á la vez risa y lamento, el canto de una onda del Tiro; en un rostro curtido, el sol y la

canela de los bosques africanos, todo el encanto de la mujer criada al amor de todos los climas, errabunda bajo el cielo de todos los países, y de los cuales conserva, unido á su propio tipo de hermosura, un perfume y una nostalgia.

Tenia en las negras y ardientes pupilas la tristeza de los caminos interminables y polvorientos; en las ojeras, polvo de melancólicos crepúsculos; las mejillas rojas, caldeadas al fuego de muchos besos ardorosos; la cabellera espesa y castaña tejida con brillantes zarandajas; y su belleza oculta bajo un traje andrajoso, era un puro rayo de sol dormido en el lodo.

Cautivo en el hechizo de su belleza, mis ojos de civilizado no hacían otra cosa que mirarla, cuando vino hacia mí, rítmica y doliente, á descifrar en el misterioso lineamiento de mis manos, y en la luz de mis pupilas desconfiadas, el enigma del porvenir.

Una sonrisa de incredulidad abrió mis labios en espera de su hermoso augurio, cuando temerosa é inquieta, dejó caer mi mano, y, apartando de mis pupilas sus pupilas, se quedó muda, mirando vagamente el horizonte . . .

¡Bohemia! ¿Qué viste de oscuro ó siniestro en mi vida futura, que hizo morir la predicción en tus labios? ¿Acaso el recuerdo de algún amor muerto, amor de hijo, de amante, ó de hermano, olvidado ó perdido en algún surco lejano te obligó á permanecer pensativa y silenciosa? No lo sé, ni quiero saberlo!

Pero así turbada y muda, como te contemplé aquel día de primavera, has quedado grabada en mi memoria como el mejor símbolo para explicarme la vida. Viva imagen del azar, del mañana riente ó sombrío, á tí recorro como un consuelo, en mis noches de tristeza y angustia, y te invoco, llamándote con nombres de flores ó de estrellas.

¿Cuál sería tu nombre, Bohemia? Tus hermanos de tribu te llamarían Claribel, Orlanda, Agrifina?

¿Habrás muerto, ó seguirás aún en tu nómada vida, vida de pájaro y de nube, formando parte de la caravana . . . ? De la caravana trashumante y pintoresca, que recorre la tierra, vagabunda y feliz; turbando las almas é incendiando los corazones, con la incomparable belleza de sus mujeres, con la música lánguida de sus violines, y con el misterio de su vivac, errante y sórdido, que tiene aliento de todas las flores y perfumes de todos los climas . . .

ALEJANDRO FERNANDEZ GARCIA.

MEMORIAS DE UN ADOLESCENTE

CARTAS QUERIDAS

En medio de todas las aflicciones de mi vida, jamás me faltó un tierno consuelo: las cartas que dos veces á la semana, el miércoles y el sábado, enviaba mi madre á su expatriado hijo.

Siempre me llegaban con el mismo ceremonial.

En la mañana entrábamos al colegio en larga desfilada, abrumados por el peso de los libros amontonados sobre las caderas. Desde abajo, en el patio, se divisaba el umbral de los refectorios del abate Testenoir, quien estaba encargado de distribuir nuestra correspondencia. Delicada misión entre todas! pues á veces los "gomosos" recibían billetes demasiado ambarados.

El excelente fraile vacilaba al abrirlos, entre el temor de leer atrocidades y la pena de ver confirmado que "madres cristianas" escribiesen en papel perfumado.

El abate Testenoir nunca tuvo ocasión de dudar acerca de lo que me concernía; puesto que las cartas que con tanta regularidad se

me enviaban, se parecían admirablemente á quien las había escrito. Y si mi Director juzgaba que fuese necesario acompañar la entrega con una mirada escrutadora, acaso lo hacía por hábito ó quizá porque no encontraba bien aquel vínculo de infancia que me ligaba á lejanas ternezas.

La alegría que inundaba mi rostro, revelaba bien á las claras que yo continuaba viviendo entre mis maestros y discípulos como un simple transeúnte.

Para muchos de mis compañeros aquellas cartas eran una penitencia. Largo tiempo antes de entregármelas las dejaban como olvidadas en sus bolsillos, en compañía de migas de pan y tabillitas de chocolate. Para mí espíritu eran, sin embargo, un alimento indispensable: apenas se me entregaban, cuando sentía una imperiosa necesidad de ocultarme. No lo atribuyáis á respeto humano: tan inmensa cobardía me ha sido siempre desconocida: semejante remordimiento no pasó jamás por entre mis dedos, cuando en la noche desgarraba las cuentas del rosario.

Me aislaba para leer las cartas de mi madre como huye un animal á quien se le arroja una presa codiciada, para devorarla en un rincón, al abrigo de toda sorpresa. En aquellos momentos el contacto de mis camaradas se me hacía insoportable y me acontecía ocultarme en los paños del carbón para remirarme en paz, en mis cartas queridas.

Remirarme, porque detrás de aquella hojilla de papel blanco, veía el rostro de mi madre y sus ojos puros en donde se reflejaba mi imagen.

No se equivocan los que aseguran que la letra es un signo viviente, consustanciado con nosotros, que nos delata, que nos comenta, que depone en nuestra causa. La letra de mi madre decía su vida. Tengo libros que datan casi de su infancia, de tiempo en que, por favor especial, venía á jugar al Parque Monceau, para entonces jardín real cubierto de yerbas locas. Ya, sobre los márgenes de esos libros, mi madre poseía la misma letra que le conozco,—tan fija, tan enérgica, casi intransigente,—de tal manera que á cuarenta años de distancia, dos de sus cartas se parecen como dos de sus acciones.

Con aquella letra, durante una juventud melancólica, había redactado el diario inocente que todavía conservamos. Fue esa letra la que durante interminables nupcias visitó siempre á mi padre, en los remotos países de Oriente, en donde estaba confinado. La misma letra que ahora llevaba al hijo las palabras necesarias á restañar las heridas de su pecho.

Y lo que decía esa letra querida era la seguridad de que, á través del país de todas las tribulaciones, á través de hondonadas y montañas, se extiende el océano de luz al que se deslizan todas las corrientes de todas las vidas.

Cuantas veces, llevadas por esa fuerza tranquila han bogado mis resoluciones como blancas velas! Entonces sabían ellas en dónde estaban el amparo y el puerto. Entonces me sentía capaz para resistir el choque de las tormentas. Entonces no me infundía pavor su mugido salvaje, cuando rueda sobre el lecho de las riberas, desgarrados por el deseo los riñones, los ojos cubiertos de espuma y cieno.

Sin embargo, no era la alegría de vivir lo que me traían las cartas de mi madre. Ellas anotaban las etapas de aquella agonía de mi padre que duró diez años y, que, á todos nuestros pensamientos, á todas nuestras diligencias, dio por centro la convicción de que mañana sería peor que hoy.

Durante aquella agonía, jamás las cartas queridas traicionaron á mis ojos llenos de lágrimas un solo instante de cólera. Jamás vi en ellas esa resignación sorda como la indiferencia que quita á las almas su sonoridad. Parecía que fuese normal que en medio del viaje de la vida, entre los cielos y el mar, el piloto fuese herido por el rayo. Jamás esta palabra:

no es justo! que tan fácilmente brotaba de mis labios, subía de las insondables profundidades de la mente á esa superficie de vida que se llama una carta, en la perfecta comunión de las almas, de una madre para su hijo.

Lo que me explicaba, repasando la vida cotidiana, era lo que un hijo debe ser, el hermano mayor, el adolescente señalado por el destino para cumplir una misión viril. Jamás

que van á decirme esas cartas queridas! Sé que si alguna novedad brota en sus páginas, consiste en advertirme que el deber no ha sido todavía plenamente, largamente cumplido. Que nadie en el mundo tiene derecho de pedirle cuenta á quien soporta valerosamente la diaria fatiga. Para ella han concluido las responsabilidades: ha llegado á ese punto desde donde se contempla la vida á vista de pájaro, como

EL DUENDE-BESO

(DEL LIBRO " DE VARIOS COLORES ")

I

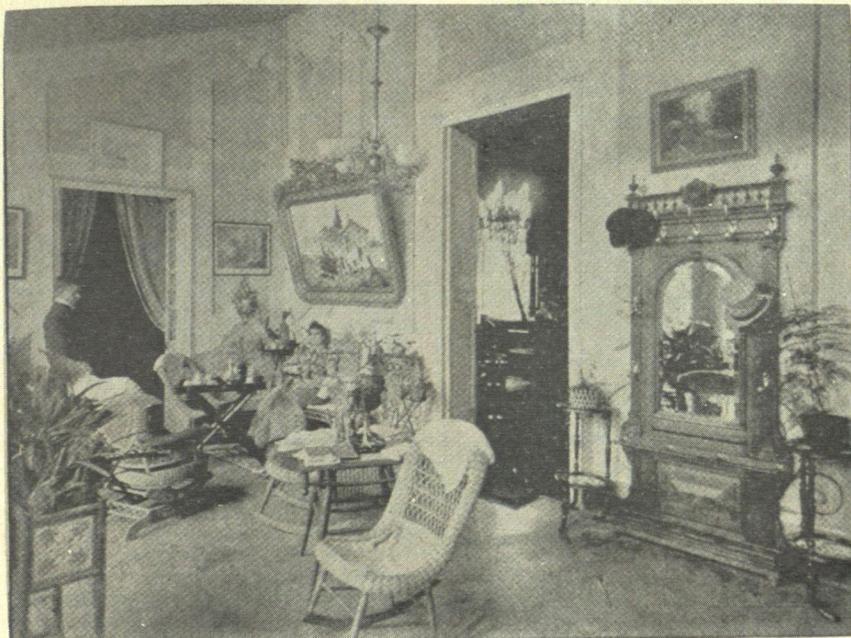


NOTABILÍSIMO huésped había llegado al convento de Capuchinos de la villa, allá por los años de 1672. Famoso era el huésped en todas partes por la agudeza de su ingenio, por el profundo saber que había adquirido y por las obras científicas en que le divulgaba. Baste decir, y está todo dicho, que el huésped era el reverendísimo padre fray Antonio de Fuente la Peña, ex-provincial de la Orden.

Después de comer con excelente apetito y de dormir una buena siesta, para reposar de las fatigas del viaje, fray Antonio recibió en su celda al padre guardián, fray Domingo, y habló á solas con él sobre el importante asunto que le había impulsado á ir á aquella santa casa.

—Sé por fama—le dijo—el extraño caso de mi señora doña Eulalia, hija única del ilustre caballero D. César del Robledal. Y considerado bien y ponderado todo, me atrevo á sostener que la joven no está posesa ni obsesa.

—Vuestra reverencia me ha de perdonar si le contradigo. No veo prueba en contra de la posesión ó de la obsesión de la joven. Aunque me esté mal el decirlo, sabido es que, á Dios gracias, ejerzo bastante imperio sobre los espíritus malignos, y que he expulsado á no pocos de los cuerpos que atormentaban. Si los que atormentan á la joven doña Eulalia no me obedecen, no es porque no estén en



predicaba; jamás hacía moral. Sin quererlo, me daba la sensación de lo que ella hubiera sido en mi lugar, si la suerte que templó aquella voluntad diamantina, hubiese permitido llenar un deber de hombre.

Cada diez líneas suspendía la lectura, para posar los labios en los puntos por donde habían pasado los dedos de mi madre.

Los veía tan claros, tan materialmente, con sus dos sortijas en el cuarto dedo de la izquierda, el pálido aro de la alianza y el diamante nupcial, límpido como el rocío. Notaba el corte regular de sus uñas, ciertos rasgos sobre la piel y sobre todo, cierto movimiento de los dedos juntos, frotados uno contra el otro con que siempre acompañaba mi madre las expansiones de sus goces inocentes: la llegada de viejos amigos, algún placer que se les proporcionaba á sus hijos, la entrada en la casa de esos helechos delicados que tanto gustaba cultivar y que de tiempo en tiempo enviaba en retirada á templadas estufas.

Pocos días más y ya seré yo, el hijo mayor, quien escriba esas palabras con que se forma el corazón. Todavía observo la huella de las manos amadas bajo líneas elegantes y nítidas que cada semana me dicen el pensamiento de mi madre: "Mon petit enfant....."

Y cuantas veces siento gravitar sobre mí tantas responsabilidades, cuando en ocasiones me debato agonizante entre los errores de la amistad, pienso con una dulzura infinita que todavía en este mundo existe un alma para quien soy siempre su "petit enfant".

¿Continuarán las flores embalsamando las primaveras? En el corazón de los hijos que educo, he sabido hacerme un lugar de donde nadie podrá quitarme? Sábelo Dios! pero de lo que estoy seguro es de que cada semana el correo del sábado me traerá la pequeña cubierta, hoy ribeteada de negro, que hace tantos años la madre envía á su escolar, diciéndole que es necesario un hermano mayor en el cual se apoyen los más débiles, que las pruebas son saludables, que los muertos viven cerca de nosotros, que los ojos por siempre cerrados ven la luz.

Sí, yo sé de antemano, sé de memoria lo



Salones de la casa del señor de Almeida é Vasconcellos, Ministro Brasileño en Caracas

un paisaje que se desvanece en lontananza.

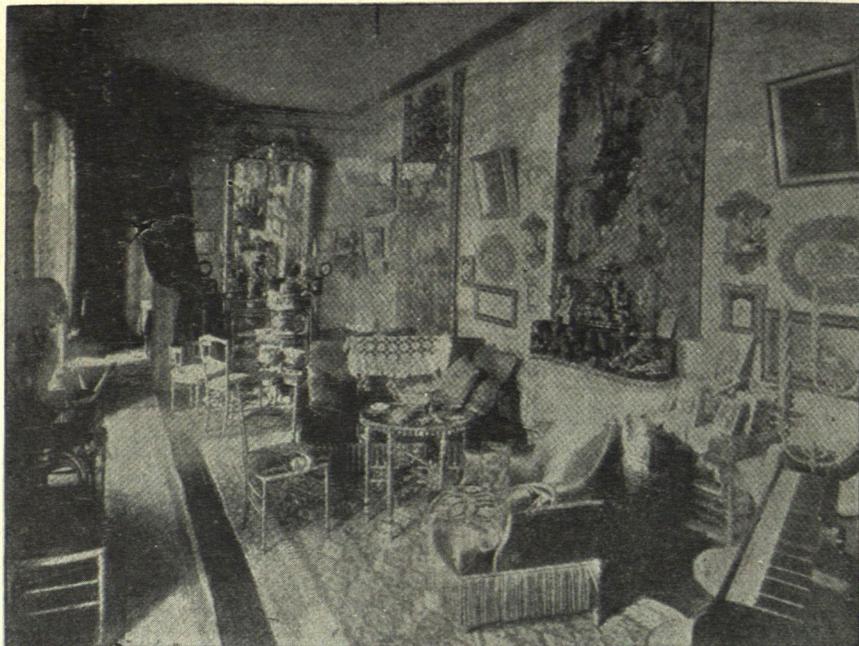
En esa suavidad de crepúsculo le falta un pecho en donde amante y amada habría reclinado su cabeza, antes de la eternal ocuidad, para rehacer ambos el sueño de la vida.

—Deja, madre, á tu hijo sentarse en ese puesto vacío, y habla, habla como si el Ausente tuviese tu mano. El escolar ha crecido en rudos caminos. Ha transitado senderos que le prohibiste. Sin embargo, ha llegado á donde querías conducirlo, volviéndose al lugar en donde Agustín se sentaba al lado de Mónica y en donde el hijo oía, con una docilidad de niño, á la madre querida que le hablaba del Cielo.

HUGUES LE ROUX.

ella ó en torno de ella, sino porque son muy ladinos y marrajos. Si están en ella, se esconden, se recatan y se parapetan de tal suerte, que se hacen sordos á mis conjuros; y si la cercan, para atormentarla, andan sobrado listos para escapar cuando yo llego, y no volver á las andadas sino después que me voy. Los síntomas del mal son, sin embargo, evidentes. Sobre lo único que estoy indeciso y no disputo, es sobre si el mal es posesión ú obsesión.

—Pues bien,—replicó fray Antonio,—mi conclusión es enteramente contraria, y mientras más lo reflexiono más me afirmo en ella. Doña Eulalia no habla nunca en latín ni en ningún otro idioma que no sea nuestro castellano



Uno de los salones de la casa del señor de Almeida é Vasconcellos, Ministro Brasileño en Caracas

puro y castizo; sus pies se apoyan siempre en el suelo cuando no está sentada ó tendida; en vez de estar desmedrada, pálida y ojerosa, sé que está muy guapa y de tan buen color que parece una rosa de Mayo; y el que ella repugne casarse con ninguno de los novios que su señor padre le ha buscado, y el que ande melancólica y retraída, y el que tenga por las noches y á solas, en su retirada estancia, coloquios misteriosos con seres invisibles, no prueba que esté endemoniada ni mucho menos. Los demonios jamás son tan benignos y apacibles con una criatura. Ser, por consiguiente, de menos perversa y dañina condición, que los ángeles precitos, es quien tiene trato y coloquios con mi señora doña Eulalia. Ergo, no es demonio, sino duende quien la visita y habla con ella. Y conocedor yo de este suceso, y empleándome como me empleo en el estudio de los duendes, según lo testifica mi ya celeberrimo libro *El ente dilucidado*, he venido por aquí á ver si me pongo en relación con el duende que visita á doña Eulalia y logro arrojarle de su lado, valiéndome de los medios que me suministra la ciencia.

—Extraño es—dijo fray Domingo—que afirmo todo eso vuestra reverencia por meras conjeturas.

—No son meras conjeturas—repuso fray Antonio.—Aunque por mis pecados nunca he sido digno de tener revelaciones sobrenaturales, lo que es naturales las tengo con frecuencia, y tal es el caso de ahora. Aquí estamos solos y puedo hablar con libertad, confiando en el indispensable sigilo.

Fray Domingo hizo señal de que no descubriría lo que se le dijese y fray Antonio continuó en voz misteriosa y baja:

—El duende que visita á doña Eulalia se ha franqueado conmigo y me lo ha explicado todo. Harto se comprende que sea yo estimado, querido y familiar entre los duendes, á quienes he defendido de las injurias y calumnias que propala contra ellos el vulgo ignorante. Yo he demostrado que no son diablos, ni almas en pena, sino criaturas sutilísimas é invisibles, casi siempre traviesas y alegres, que se engendran en lo más delgado del aire. Agradecidos los duendes, ¿qué tiene de particular que acudan á conversar conmigo? Además, que mis estudios y meditaciones sobre todos los secretos de la madre Naturaleza y mi asidua investigación acerca de los seres más menudos y casi incorpóreos, han aguzado de tal suerte mis sen-

tidos, que veo, toco y oigo lo que por ingénita y grosera rudeza del sentir no notan ni descubren los otros mortales. Perdonésemela jactancia: yo descubro, al tender mi penetrante mirada por el Universo, cien veces más vida y más inteligencia que la que ve la inmensa mayoría de los hombres. En suma, y contrayéndonos al presente singular caso, el duende, hará cerca de diez años, desde que doña Eulalia cumplió quince, hasta dentro de tres días, que cumplirá veinticinco, se entiende con ella, la aparta de la convivencia de la gente y la hace arisca y zañareña; pero me ha predicho que desaparecerá dentro de los indicados tres días, y hasta que antes se dejará ver bajo la figura de un gallardo mancebo. Doña Eulalia quedará libre entonces de toda molestia, y aunque siempre recatada, honestísima y decorosa, depondrá sus desdenes, dejará de ser huraña y se hará para todo el mundo conversable y mansa.

Con acento irónico, aunque templado ó velado por el respeto exclamó entonces fray Domingo:

—Sin duda que á fin de que la revelación no haya sido á medias, el duende habrá pronosticado á vuestra reverencia el punto y la hora de su desaparición y de la aparición del mancebo.

—Sí me lo ha pronosticado—respondió fray Antonio.—Ello ha de ser á media noche, en la propia habitación de doña Eulalia, á donde hemos de acudir, recatadamente y sin que doña Eulalia ni nadie se entere, el padre de ella, desarmado para evitar un funesto rapto de ira, vuestra reverencia con sus exorcismos y yo pertrechado de mi ciencia *duendina*. Tengo la más perfecta seguridad de que todo tenderá allí desenlace dichoso.

II

En la noche y hora prefijadas, de conciertos ya D. César con los dos reverendos, acudieron en misterioso silencio y de puntillas á la puerta de la habitación de doña Eulalia, armado fray Domingo del libro de los exorcismos y de un hisopo; armado fray Antonio de un turbido donde quemaba hierbas mágicas, esparciendo el humo; y armado D. César de paciencia, después de haberse comprometido solemnemente á no perderla y á no sobreverse, ocurriera lo que ocurriera.

Celebrados ya sus ritos y evocaciones fray Antonio y fray Domingo prescribieron á D.

César que llamase con brío á la puerta de la habitación de doña Eulalia, cerrada con llave y que ordenase que se abriera de par en par, inmediatamente, sin excusa ni pretexto alguno.

No hubo modo de evitarlo ni de retardarlo, y la puerta se abrió de par en par y de súbito. En medio de ella, como magnífico retrato de Claudio Coello, encerrado en su marco, apareció un galán muy bizarro y apuesto, con traje é insignias de capitán, larga espada al cinto, airosas plumas en el sombrero que llevaba en la diestra, rica cadena de oro y veneras que en su pecho brillaban y espuelas, de oro también, asidas á sus amplias botas de camino.

D. César, que era muy violento y celoso de su honra, no hubiera sabido contenerse y hubiera caído sobre el forastero, si ambos frailes, cada uno de un lado, no le contienen.

El galán con voz reposada y serena dijo entonces:

—Sosiéguese mi señor don César y no tome á mal que me presente tan á deshora. Yo soy el capitán don Pedro González de la Rivera, de cuya renta y condiciones ha escrito á su señoría mi amigo el banquero genovés Jusepe Salvago, y de cuyos altos hechos de armas en Portugal, en Flandes, en Italia y en el remoto Oriente le han dado noticias otras varias personas muy respetables. Aspiro á la mano de doña Eulalia; ella me ha dado prueba de que me quiere para esposo; y sólo nos falta el consentimiento paterno y después la bendición del reverendo Padre fray Antonio, que está presente y que espero no ha de negarse á bendecirnos.

—Todo eso estaría bien—respondió don César con mal reprimida cólera—si vuesa merced no lo pidiese, después de ofender mis canas, hollar mi casa y atropellar todo respeto.

—Yo, señor don César—replicó el capitán sonriendo—tenía que vengar con esta aparente injuria otra nada aparente que vuestra merced me hizo hace diez años, cuando me sorprendió en este mismo sitio en dulces coloquios con mi señora doña Eulalia, que aún no había cumplido quince años. Yo era entonces un rapazuelo de dieciseis, y vuesa merced me arrojó de aquí á empellones nada paternales. Por amor de doña Eulalia, lo sufrí todo y mayor afrenta hubiera sufrido á ser posible mayor afrenta. Harto he demostrado después mi valor. Acrisolada está mi honra. La fortuna además me ha favorecido. La satisfacción que espero y pido para los pasados agravios es que vuese merced me acepte como yerno.

En este punto, apareció doña Eulalia al lado del galán. Estaba linda en extremo, muy elegante y ricamente engalanada con magníficas joyas, y manifestando en el rostro juvenil y ruboroso gran satisfacción y contento. ¿Qué había de hacer don César? Consintió en todo y abrazó cariñosamente á sus hijos, no sin exclamar, mirando al capitán detenidamente:

—Válgame Dios, muchacho, ¡y cómo has crecido y embarnecido en este decenio! ¿Quién al pronto había de reconocer en tí al rubio y travieso monaguillo de Capuchinos que repicaba tan bien las campanas?

III

No bastó la respetuosa consideración que fray Antonio inspiraba al padre guardián, para que éste se callase y no dijese claro que, si no había habido demonio, tampoco había habido duende, y que todo había sido farsa.

Fray Antonio quiso entonces justificarse, y antes de volver á Madrid, donde habitualmente residía, habló al padre guardián como sigue:

—No sólo ha habido duende sino uno de los duendes más poéticos que en este mundo subllunar puede darse. Era ella tan pura, tan cándida y tan ignorante de lo malo, que á los quince años parecía ángel y no mujer. El era bueno y sencillo como ella. Ambos se amaban con la más ardiente efusión de las almas,



sin la menor malicia, sin que la dormida sensualidad en ellos despertase. Anhelaban unirse en estrecho y santo lazo: vivir unidos hasta la muerte, como en unión castísima habían vivido desde la infancia. A esto se oponía el desnivel de posición social. Menester era que Periquito ganase posición, nombre, gloria y bienes de fortuna. Al separarse para irse él á dar cima á su empresa, sin estímulo vicioso, con inocencia de niños y con fervoroso amor del cielo, se unieron sus bocas en un beso prolongadísimo. Sin duda se interpuso entre labios y labios una levisima chispa de éter, átomo indivisible, gérmen de inteligencia y de vida. El fuego abrasador de ambas almas enamoradas penetró en el átomo, le dio brillantez y tersura, y cuanto hay de hermoso y de noble en el mundo, vino á reflejarse en él como en espejo encantado que lo purifica y lo sublima todo. Los santos anhelos de amor de él y de ella, se fundieron en uno; y, sin desprenderse enteramente de ambas almas, tuvieron en la misteriosa unión sér singular y substancial suyo y algo á modo de vaga, indecisa y propia conciencia. Se separaron los amantes. El fué muy lejos; peregrinó y combatió. Durante diez años, no supieron ella de él, ni él de ella, por los medios ordinarios y vulgares. Pero el unificado deseo de ambos, el duende que nació del beso, con pintadas alas de mariposa y con la rapidez del rayo, volaba de un extremo á otro de la tierra: y ya se posaba en ella, ya en él, y hacía que se estrechasen como presentes, y renovaba el casto beso de que había nacido, no como recuerdo vano, sino como si nuevamente y con la misma ó con mayor vehemencia ellos se besaran. No dude, pues, vuestra reverencia de que el tal duende existe ó ha existido. ¿Cómo explicar sin él la tenaz persistencia, durante diez años, de los mismos amores? El deseo no era sólo de ella. El deseo no era sólo de él. En ambos estaba, pero, al unirse, se separó de ambos, creando la unión un sér distinto. Este sér no tiene ya razón de ser: desaparece, pero no muere. No debe decirse que ha muerto ó que va á morir la chispa inteligente, enriquecida con la viva representación de toda la hermosura de la tierra y del cielo, cuando, cumplida la misión para que fue creada, se diluye en el inmenso mar de la inteligencia y del sentimiento, que presta vigor armónico, y crea la luz y hace palpitar la vida en la indefinida multitud de mundos que llenan la amplitud del éter.

Fray Domingo oyó con atención todo esto y mucho más que dijo fray Antonio, y acabó por convencerse de que había duendes; unos prosaicos, otros poéticos como el de don Pe-

dro y doña Eulalia, sin que la teoría de fray Antonio pugnase en manera alguna con la verdad católica, pues redundaba en mayor gloria de Dios, hasta donde alcanza á concebirla el limitado entendimiento humano.

JUAN VALERA.

EL PLACER DE LA MENTIRA



UNQUE idénticos en rostro y figura, como hermanos mellizos que eran, sólo en lo exterior se parecían Pedro y Juan, pues no hubo jamás caracteres tan opuestos en cuerpos tan iguales. Queríanse muy bien desde lejos, y de cerca reñían de continuo, porque Juan se pasaba la vida soñando y Pedro á vueltas con el cálculo mercantil. Aquél pretendía serlo todo; éste no más quería que ser rico, y cada cual se hacía sus ilusiones; sólo que las de Juan no tenían límite y las de Pedro se circunscribían á la adquisición de fortuna. ¿Qué haría después con ella? Eso quedaba para luégo. ¿A qué pensar en dar empleo á lo que no se tiene?

El idealismo de Juan hacía reír muchas veces á su hermano, y el positivismo de éste era la desesperación del ótro.

—¿Cómo ha de llegar Juan á realizar sus ilusiones, decía Pedro, si malgasta todo el tiempo en sus delirios?

—¿Cómo ha de hacer fortuna Pedro, decía Juan, si no le alienta la ilusión?

No había, pues, entre ellos avenencia; mas como el uno al otro se compadecían, mutuamente se obstinaban en persuadirse.

Trataba Pedro de convencer á Juan de que quien se pasa los días soñando no disfruta las dichas verdaderas, con lo que, si á la postre quedan por realizar sus sueños, puede decirse que desperdició como insensato la vida. «De éstos—decía él—nacen los maldicientes de la fortuna, y los suicidas, y aun los locos, porque soñar despierto es vicio de la mente tan cercano de la locura que con ella se confunde si sueñan los ilusos en voz alta.» No entendía Pedro lo que afirmaba Juan de que el deseo de abarcarlo todo es codicia propia del genio, ni que la superioridad en el hombre vaya en unión del exceso de fantasía; porque si la mayor parte de los sabios empezaron por locos para el vulgo, no todos los locos fueron al fin reconocidos como sabios.

Y aunque todas estas razones iban encaminadas al mejoramiento de Juan, como surtidoras del deseo de evitarle una vida infeliz y tal vez un fin desastroso, nunca hubo forma de que modificasen ni en cosa mínima aquel carácter visionario.

—¿Es posible la vida sin idealismos?, preguntaba el iluso. El que aspira á figurar en política sueña con ser redactor de un periódico y se despierta de presidente del Consejo. Tú mismo, Pedro, ¿no sueñas con ser rico? Pues ya ves cómo eres idealista; sólo que yo no te lo censuro, porque si te encuentras con aptitudes para millonario no me parece inútil que te bagas la ilusión de que lo eres: al menos adquirirás la costumbre de serlo para cuando lo seas. El positivismo no existe en el mundo. Aun el que sólo disfruta con el grosero placer de la comida, piensa en los manjares que, más tarde ha de paladear; y le parece que con anticipación los gasta.

Tampoco impresionaban á Pedro estas razones: él decía que una cosa es apetecer y otra gozar con la ilusión de que se logró lo apetecido. Y con aportar nuevos argumentos, y con oponer nuevas defensas, acababan los hermanos por reñir, jurando no volver á ocuparse el uno del otro y hasta mudarse de casa y de ciudad, lo que, después de muchas discusiones, llevaron á efecto.

Pedro emprendió un viaje, compadeciéndose á su hermano y en busca de negocios, y Juan permaneció en la corte en persecución de la fama y soñando con ella.

La suerte no les fue propicia y ni uno ni otro realizaron sus esperanzas.

El idealista, ya viejo, vivía en un miserable piso cuarto y convertía á duras penas en dinero algún articulillo literario ó alguna obra teatral del género chico. Esto y un modestísimo destino le habían producido sus ilusiones.

No se daba por vencido á pesar de todo: sentíase grande dentro de sí; atribuía á la desgracia lo que acaso fue carencia de aptitud, y como algunos lograron su fama en la vejez, él confiaba en su renombre de última hora y aun en su gloria póstuma como postrer recurso.

Una tarde, después de engullirse su mal sazonzado cocido, tendióse á la larga sobre tres sillas de las antiguas de Victoria; reclinó la cabeza en el arrollado gabán; que hizo entonces oficio de almohada, y allá fue su imaginación á volar con el humo de un cigarro de á real la cajetilla.

Comenzó por recordar entre lágrimas sus ilusiones del pasado y vino á soñar con el porvenir, aunque el porvenir y el presente ya en él se confundían.

La obra que por entonces estaba escribiendo apareció en su imaginación con mérito tan grande que se refa él de Calderón y de Lope, y parecíanle Echegaray y Guimerá aprendices de literato. Soñó con la noche del estreno, y no hay que decir si el triunfo correspondía á lo trabajado de la empresa. Todas las penas de su vida se recompensaban aquella noche. ¿Qué de vítores, qué de aplausos, qué de laureles! Porque como nunca se había admirado mérito mayor, tampoco hubo jamás victoria semejante. Baste decir que el público, no sabiendo qué hacer de nuevo con autor tan ilustre, lanzábase al escenario, entonando la marcha real; alzábale en hombros como á vencedor insigne, y que quisieras que no, llevábale en volandas por plazas y calles, hasta que ya nacido el día, dejábale en su casa, extremadamente satisfecho y bastante molido.

Mas ¿cómo habían de consentir el pueblo ni el Estado que autor de tal mérito tuviese sólo la recompensa metálica del miserable tanto por ciento, suficiente sin duda para los autores dramáticos de menor cuantía? El gobierno le asignaba una pensión soberbia, é iniciábanse suscripciones en todos los círculos, adonde iban á parar las más de las fortunas. Como remate, coronábale la nación oficialmente, haciéndole marchar por entre soldados en fila, y con acompañamiento de ministros, generales, académicos, diputados, senadores, maceros de la Diputación provincial y guardias de orden público.

¿Qué ovación á la vuelta, cuando él salía de palacio ceñida la frente con el laurel de oro! No eran ya vítores, sino rugidos; ya no era lluvia de flores, sino chaparrón de ellas. Ni quedaba paloma en palomar, ni pajarillo en jaula, ni llanto en las mujeres, ni voz en los hombres. Todo se agotaba, todo.....menos el soñar incesante del pobre visionario.

¿Como que tras el éxito y la coronación y la fortuna vino lo de dar empleo conveniente á tan extraordinaria riqueza! Y aquí fue el mudarse, por arte de birlibirloque, la modesta habitación del piso cuarto en suntuosa estancia con vistas á espléndidos jardines. ¿Qué sillas de Victoria, ni qué gabán por almoha-

da, ni cigarrillo de papel! Sedas y oro se ajaban al peso de su cuerpo, y tabaco habano se trocaba en humo, mientras hacía la digestión tranquila y reposada de faisanes y carne de tortuga.

¡Oh poder misterioso del idealismo! Así como el famoso manchego trocaba los molinos en gigantes y en formidables ejércitos los baños, Juan veía las sedas y el oro de sus muebles, y se recreaba con el aroma de su veguero, y hasta paladeaba los dejos de su comida espléndida.

Vióse en el apogeo de la gloria, millonario y feliz; aclamado por los hombres y sollicitado por las mujeres, que las más honestas y hermosas se rendían en un minuto á su talento, hallándole ideal y atractivo, y hasta joven por añadidura.

Mas cuando en esto estaba, llamaron de verdad á la puerta, y la realidad se hizo paso.

Salió el iluso á abrir, porque no tenía servidumbre, y vio que quien llamaba era su hermano Pedro, tan derrotado y viejo como él, con un caudal de penas en el alma.

—Aquí me tienes, Juan, díjole Pedro al abrazarle. Vuelvo como salí y te encuentro tan desdichado como eras.

Durábale al idealista algo del gozo de su sueño, por lo que, medio en serio medio en broma, dijo á su hermano:

—¿Por infeliz me tienes? Pues mira, en este instante acabo de lograr uno de los más grandes éxitos de mi vida. Me he visto aclamado, amado, coronado, enriquecido, y excuso decirte si dichoso.

Pedro creyó que se las había con un demente; pero al convencerse de que Juan no lo era, sino que, como de antiguo, continuaba soñando, mayores fueron sus sorpresa y disgusto.

—¿Cómo? le dijo. ¿Es posible que en el estado en que te ves y con la edad que tienes te entretengas aún con tus castillos en el aire?

—¡Ya lo creo! repondióle Juan. Yo he sido muchas veces jefe del Estado, sabio profundo, escritor insigne: cuanto en la tierra puede el dichoso ser. Es cierto que lo he sido soñando; pero ¿no he gozado más aún que si lo fuera en realidad? Tú prescindiste en absoluto de los sueños; despierto has vivido, y por eso de verdad infeliz. ¿Y aún me reprendes? Y aún quieres que te imite? ¡Arre allá, Pedro, que yo salí ganando!

LUIS CALVO REVILLA.

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



N nuestro Teatro Español, en los últimos días del pasado mes de abril, en vísperas de terminar la temporada y por consiguiente cuando menos podría esperarse, estrenase

una obra dramática de don José Echegaray, titulada: *El hombre negro*. Ni en los anuncios de la función, ni desde las tablas del escenario, se tuvo por conveniente decir el nombre del autor, pero como quiera que los periódicos de Madrid revelaran al siguiente día ese nombre, no creo sea gran indiscreción mentarlo en estas modestas crónicas. Una vez más el señor Echegaray ha fracasado en sus laudables propósitos de dirigir por nuevos senderos sus grandes condiciones de dramaturgo. Ha de nuevo intentado una excursión por el campo del arte modernista, y como le sucedió

cuando su penúltimo drama: *La duda*, se ha extraviado. Claro es que los fracasos de Echegaray son siempre relativos y que es indudable que en otros autores menos que él competentes, de triunfos esos fracasos podrían calificarse; pero es evidente también que el novísimo drama, como el anteriormente estrenado en nuestro Teatro clásico, no ha de contribuir á dar más relieve á la personalidad artística de Echegaray, no le ha de aprovechar especialmente en los días que corren. Pero, puede que le aprovechen en los venideros; puede que los esfuerzos que ahora está haciendo, con mejor voluntad que buen acierto, sean los galones puestos para trazar el plano del nuevo camino. Echegaray lucha ahora, no sólo con la dificultad del propio esfuerzo, sino también con las que le oponen la educación literaria y hasta el temperamento del público que ha de juzgar sus obras; pero si tiene constancia como tiene talento, acabará por vencer esos obstáculos: después de imponerse á sí mismo, se impondrá á los demás.

El autor del *Hombre negro* se ha propuesto simbolizar en su drama, la contradicción existente, desde que el mundo es mundo, entre la belleza de la forma, la que sólo afecta á los sentidos, y la belleza moral, la que va directamente al espíritu, aquella disposición de ánimo que sólo ve lo bello en lo bueno. Y para esto ha inventado una Elena, mujer tan hermosa de cuerpo como de espíritu, amada por un escultor partidario fanático de la forma, y que sólo en ésta concibe la belleza. Elena vive bajo el poder de un místico ó un asceta que no ve ni considera digna de admiración, otra belleza que la del espíritu, la ética, la de la moral religiosa, única, según él, digna del hombre y cuya contemplación es grata á Dios.

Y en torno de esto gira toda la acción del drama. Atento á las exigencias del simbolismo, Echegaray ha descuidado el arte dramático y le ha salido una trama absurda y personajes sin relieve en la escena y sin realidad en la naturaleza. La bella Elena es atacada de viruelas y pierde sus encantos físicos: el amor del artista se pone entonces á prueba; no queda de Elena más que la belleza del alma, pero como ésta, desgraciadamente, no basta para alimentar aquel amor, acude el amante á un recurso trágico, se ciega él mismo, se destruye los ojos, para no ver la fealdad de la mujer amada, y cree Echegaray haber con este extremado é inverosímil recurso, resuelto el conflicto. *El Hombre negro*, que es el tutor de Elena, se convence entonces de que ésta es amada únicamente por las prendas morales que atesora, y se encuentra sin medios para evitar la unión de aquellas dos almas identificadas en el concepto de la verdadera belleza.

El drama se desarrolla perezosamente en los dos primeros actos y se precipita en el tercero, y en toda la acción ninguno de los personajes aparece en la esfera de la vida real. Malo es eso, pero peor es aún que no se vea el simbolismo en parte alguna. No se ve en Elena, puesto que mientras es bella encuentra natural que el escultor se enamore sólo de su belleza sensual, y admire en ella sólo la forma plástica, y cuando fea, que la ame por sus cualidades morales: no se ve en el escultor, puesto que al acudir al extremo de cegarse, muestra que la idea de la belleza plástica, no debió arraigar en su espíritu cuando cree que bastará con no ver materialmente la fealdad, para amar á la persona fea. No se ve en el *Hombre negro*, quien con mostrarse satisfecho de que Elena no posea otra belleza que la del alma, no logra que el escultor la ame por esa belleza, sino que para no ver la fealdad se saque los ojos. Resulta, pues, que el partidario de la belleza plástica no se corrige ni se enmienda: se ciega como quien dice filosóficamente: por lo que hay que ver, me importa poco no tener ojos.

No hay simbolismo en el drama; no lo hay

sencillamente porque Echegaray no ha acertado á encarnar ideas con lógica y precisión en los personajes por él en esta ocasión creados. El simbolismo, como principio de arte, no es más que la aplicación de la doctrina de Hegel, una faz del arte idealista. No es cosa enteramente nueva, puesto que simbolismo hay en todas las literaturas antiguas y modernas. Pero se ha querido en estos tiempos hacer del simbolismo algo concreto y determinado y exacto, y esto es causa de los tropiezos que dan no pocos de los adeptos á la llamada nueva escuela, que, en realidad no es escuela ni de serlo puede estimarse nueva. Echegaray ha claudicado esta vez, como claudicó en la *Duda*. El simbolismo, en lo dramático, no debe buscarse con deliberación: se siente y sale espontáneamente cuando la obra responde á las naturales exigencias del arte.

Las dos grandes guerras coloniales y la internacional que nos agobian, no son obstáculos á que en España se manifieste el alma, el sentimiento artístico de nuestra raza. Parece que en estos bellos días de mayo, el espíritu tiende con mayor fuerza á identificarse con la naturaleza, y se olvida de los errores de los hombres y busca con mayor afán el bien en lo ideal. El Círculo de Bellas Artes en Madrid, ha inaugurado en un pabellón que se alza entre las arboledas del Retiro, una Exposición de pintura y escultura y grabado. También se ha inaugurado la que cada dos años se celebra en Barcelona, que es muy notable. Estos certámenes de las artes de la paz, tienen aspecto de muda protesta contra la barbarie de la guerra.

Digamos algo de la Exposición de Madrid: hablemos otro día de la de Barcelona. Han acudido, si bien con obras como suele decirse, de poco empeño, varios de nuestros pintores veteranos, algunos de los cuales residen en París: Domingo, Villegas, Muñoz Degrain, Ferraut, Martínez Cubells, Moreno Carbonero, Morera, Agrasot, Sala, Francés y otros que no recuerdo. De los jóvenes que cultivan el arte, pueden mencionarse, por la importancia de las obras que exponen, Sorolla, Guinaea, Madraro, Ugarte, Menéndez Pidal, Cecilio Plá, Maura, Meifren y otros menos conocidos. Todos, ó en gran mayoría, pertenecen á la escuela tradicional española: en esta Exposición, como en las anteriores, los modernistas, es decir, los innovadores y revolucionarios en arte, tienen escasa representación. Hay buenos cuadros, pero el género á que los más de ellos pertenecen, ensancha muy poco el ambiente de las manifestaciones artísticas. Hay muy pocos que indiquen esfuerzo por salirse de los estrechos moldes del arte oficial.

En escultura, aparte un busto de Blay, magistralmente modelado, y algunos afortunados ensayos de jóvenes que prometen ir lejos, lo único que llama la atención de los inteligentes es el mausoleo para guardar los restos mortales del tenor español Gayarre, obra del escultor Mariano Benlliure y que ha de colocarse en el cementerio del pueblo en que nació nuestro gran cantante. Hé aquí como uno de nuestros periódicos describe el monumento. "Suponeos un basamento de mármol, sobre el basamento una urna dos figuras levantando un féretro y sobre el féretro un ángel, con las alas extendidas y reclinado en actitud de escuchar, como si esperase oír en la cavidad del ataúd la voz hermana, la voz celestial del cantor muerto. Colgad á un lado del monumento un paño plegándose en majestuosa caída desde la urna al suelo; poned en el otro la estatua de la Música llorando, sobre la lira rota y muda, la muerte del hijo predilecto de la armonía; ceñid la urna marmórea con falange de geniecillos cantores repitiendo las estrofas con que nos embelataba el infeliz Julián, y tendréis idea del monumento concebido por el artista."

La composición de esta obra escultórica resulta original y atrevida. Se separa de lo co-



Güiria: La Laguna de la playa



Güiria: Vista de la playa. — (De fotografía de Avril)

nocido y su conjunto no carece de grandiosidad. Se recomienda también por la delicadeza con que están trabajadas todas las figuras, geniecillos, emblemas y accesorios de ornamentación. El todo resulta bello y armonioso. Mas si quisiéramos ahondar en la genuina y exacta representación de la idea general á que nuestro eminente escultor ha querido dar forma, habría algo que objetar. Por su traza el monumento funerario parece pertenecer á la antigüedad clásica, tiende visiblemente á lo pagano, y sabido es que en los de aquel tiempo, no se ponía generalmente el cuerpo, sino las cenizas del difunto. No se explica, pues, que los genios saquen del sepulcro un ataúd y menos todavía que intenten llevarse al Empíreo. Tal vez se objete que no se trata de genios sino de ángeles y que adonde estos ascienden no es al Empíreo mitológico sino al cielo cristiano. Pues en este caso, se atenta al dogma de nuestra religión: este nos enseña que los justos, ni siquiera los santos, ni muertos ni vivos, en forma corpórea entran en la morada celestial. De este privilegio sólo han gozado Jesucristo y la Virgen madre. Pero quizás se diga que no es el cuerpo sino el alma de Gayarre lo que se llevan los ángeles á las regiones de la inmortalidad. Está bien; siendo así, el escultor debería haber representado á esa alma en cuerpo vivo, haciéndole resucitar, porque la gloria se sobrepone á la muerte y no hay medio de representar al alma humana sino en forma del cuerpo que la albergó en la tierra. Llevarse al Empíreo, ó al cielo, un cuerpo muerto y, por añadidura metido en un prosaico ataúd, no me parece ni pagano ni cristiano, ni poético, ni artístico.

El ilustre escritor y académico venezolano, Marco-Antonio Saluzzo, ha recopilado en un tomo impreso en la tipografía de *El Cojo*, los notables artículos que, con el título de: *Los tres máximos oradores griegos*, ha publicado últimamente en este periódico. El trabajo del señor Saluzzo no es, como por su título pudiera creerse, un estudio biográfico-crítico sobre esos oradores: el mismo autor en el prefacio de su libro dice que sólo se propone dar á conocer la oratoria griega por lo que á la política mira, ó mejor, al gobierno de la República ateniense: por consiguiente, trata de la oratoria sólo en las cosas que á Atenas se refieren, y aun así, más que un estudio crítico, es el suyo una loa al mérito oratorio cuando éste se inspira en el amor al bien y al ejercicio de las virtudes; circunstancias que le sirvieron de piedra de toque para apreciar ese mérito. Para el señor Saluzzo no hay más orador que el comprendido en la conocida frase: *Virbonus dicendi peritus*.

Aun reducido á estos límites, el trabajo del señor Saluzzo resulta sugestivo é interesante. La introducción titulada: *Atenas*, en que nos presenta el cuadro de la Grecia antigua, especialmente de la ciudad en que el alma de Grecia mejor se transparenta, está trazada con mucho acierto: sus consideraciones acerca los fundamentos del arte griego y el carácter trascendental y educativo del mismo, son muy oportunas, y agrada, sobre todo, aquel entusiasmo por las virtudes cívicas como fundamento de la prosperidad de los pueblos, entusiasmo que empieza á revelarse en esa introducción y no cesa en el resto del libro.

La oratoria, su influencia en los antiguos y en los modernos tiempos y las condiciones que en Atenas la ley civil y las costumbres imponían á los oradores, constituyen la introducción al estudio de los tres grandes oradores de la Grecia clásica: Pericles, Esquino y Demóstenes. En lo que dice de Pericles, hay más tendencia á juzgar á éste como gran ciudadano y hombre de bien y aun como hombre de Estado, que como orador. En todos conceptos, poco ó nada nuevo de lo ya conocido se puede decir acerca de él. ¡Se ha

dicho tanto! Las disquisiciones sobre la Grecia antigua, tienen esta gran dificultad: la materia está agotada. El señor Saluzzo sabe, no obstante, sacar partido de las condiciones especiales que en la personalidad de Pericles concurren, para enalzar la virtud y enaltecer la práctica de los grandes deberes, con relación á todos los tiempos y lugares. No se pára mucho en juzgarle como orador. En este punto se limita á seguir las huellas de Plutarco, Tucídides y de algún otro. Bien es verdad, que no hay textos donde apreciar, en toda su originalidad, la oratoria de Pericles: no queda de ella otro vestigio que los tres discursos que nos ha legado Tucídides escritos por este mismo autor, en los cuales vemos las ideas y tal vez la manera dominante en la oratoria de Pericles, pero no se tiene la seguridad de que sea aquella la forma artística á él peculiar. Por esta causa, por la falta de datos en qué apoyarse, el trabajo del señor Saluzzo sobre el primero de los tres grandes oradores griegos, resulta poco interesante. Más que un juicio crítico del orador, es un elogio del hombre de Estado y del varón justo.

Campea en esta disertación del ilustre escritor venezolano, una idea capital, siempre simpática: la aversión al personalismo en el poder público, á las dictaduras, aunque sean las del genio. Realmente no hay nada más grande para el régimen de las democracias que la majestad de la ley.

Más suelto, ameno y razonador, pareceme el señor Saluzzo en sus juicios críticos sobre Esquino. Se explica que así sea porque Esquino, como orador, es más fácil de estudiar que Pericles, puesto que sus discursos han llegado casi íntegros á nosotros, y es lástima que el distinguido escritor venezolano, atraído probablemente por el afán de hablar de Demóstenes, su orador predilecto, no haya sido más extenso en el juicio crítico de Esquino. Compendia, no obstante, muy bien cuanto en pro y en contra de este orador han escrito los autores clásicos, y tributa justicia á sus relevantes dotes.

Dedica nuestro autor á Demóstenes la tercera parte de su libro y la aprovecha bien. Estudia detenidamente la personalidad moral del gran orador ateniense, y de este estudio resulta un trabajo que, en mi humilde parecer, puede ponerse al lado de los mejores que se han escrito sobre el mismo tema. Porque en los de esta índole, hay que tener muy en cuenta que la oratoria, con ser un arte difícil no es la primera de las artes y no han sido victoriosamente rebatidos los que sostienen ser un arte inferior á las demás artes liberales. El orador, y muy especialmente al orador político, sólo es digno de admiración cuando presta, en la debida proporción, la vehemencia del sentimiento al raciocinio. De manera que el arte de la palabra, no está precisamente en el bien decir, sino en dar calor y vida á lo que se dice. Se puede ser un gran orador aun siendo muy incorrecto en la frase, si ésta sale vibrante, cuando se trata de exaltar, dulce y sugestiva cuando de conmover y de persuadir se trata. Es la razón apasionada de que habla Cicerón, refiriéndose á Demóstenes. Aun cuando el señor Saluzzo no exponga estos principios de la manera clara, escueta y sencilla que yo lo hago, ellos se desprenden de sus observaciones acerca la oratoria demosteniana. Sus elogios á las intenciones elevadas de Demóstenes en el propósito de inducir, de arrastrar al pueblo ateniense á la defensa de la honra, de la libertad é independencia de la gran patria helénica, con ocupar una buena parte de aquellas y repetirse en más de una ocasión, no constituyen lo mejor del libro, considerado éste como un trabajo de crítica. Parco se muestra en el estudio de las facul-

tades oratorias de Demóstenes. Cuando lo intenta, abordando el problema fisiológico de si el orador, como el poeta, nace ó se hace, después de recordar que los primeros ensayos de Demóstenes en la tribuna fueron poco felices y exponer las opiniones opuestas acerca las facultades naturales, acaba por decirnos que el de Demóstenes era un temperamento oratorio dócil y fácil á las enseñanzas y cultura del arte. No es mucho. Cuanto á este propósito transcribe de lo que acerca Demóstenes han dicho Dionisio de Halicarnaso, Longino, Cicerón entre los antiguos, Fenelón, Stievenart, Berrier, Noel y otros entre los modernos, sólo conduce á apreciar los rasgos culminantes de la oratoria de Demóstenes, no su manera especial y personalísima. La opinión del señor Saluzzo en este punto, sólo se trasluce al final del capítulo, cuando dice que en Demóstenes termina la elocuencia de los tiempos antiguos y que en pos de él ya sólo vienen los retóricos, los declamadores y los palabrerros.

Analiza las *Filípicas* y las *Olintianas* y las comenta con amor, haciendo oportunas observaciones llenas de buen sentido, encaminadas con acierto á que el lector menos versado en estudios históricos de la Grecia antigua, pueda formarse cabal idea de las cuestiones en aquellos discursos desarrolladas.

Como es de suponer, el señor Saluzzo considera la mejor pieza oratoria de Demóstenes el discurso llamado de la Corona, pronunciado, como nadie ignora, en ocasión del proceso instado por Esquino contra aquél, por haber aspirado ilegalmente á los honores de la corona de oro en pago de servicios prestados á la patria. Estudia detenidamente las causas, principio y desarrollo del ruidoso proceso, y de ese estudio resulta una obra acabada, de sana y provechosa erudición y de admirable buen sentido.

En sus entusiasmos por Demóstenes, no rebaja Saluzzo los méritos de Esquino, y transcribe casi entero el discurso de acusación pronunciado por este último. También transcribe la defensa de Demóstenes y comenta, párrafo por párrafo, esas dos admirables piezas oratorias, estudia los principales argumentos aducidos por los contendientes y tributa justicia al mérito artístico de que ambos en aquella ocasión dieron soberana muestra. Aun cuando no tuviera más que las páginas destinadas al discurso de la Corona, el libro del señor Saluzzo sería agradable y útil.

Son también dignas de mención las consideraciones que hace nuestro autor acerca el genuino significado que, en la historia de la antigua Grecia, tienen las grandes figuras de los macedones Filipo y Alejandro. Aborda el tema de la misión providencial que, generalmente á esos conquistadores se atribuye —la de llevar al Asia la cultura helénica y de constituir, con los pueblos de las dos razas, una nueva superior á ambas.—Dice bien el señor Saluzzo: la tarea patriótica y fecunda para el progreso humano, habría sido la reconstitución, no el aniquilamiento de los Estados autónomos de Grecia: robustecer aquella confederación en vez de aniquilarla.—Alejandro no quiso unir en un solo pueblo, los de Occidente con los de Oriente, y si lo quiso, no supo hacerlo: atento á sus intereses personales y á los de su dinastía, más bien tendió á imponer á los griegos los usos y costumbres y aun los vicios de los asiáticos, con lo cual no daba nueva vida á la civilización, sino que se la mermaba. Pero, aun cuando fuera sincero y honrado el deseo de Alejandro, bien puede decirse que la civilización helénica se había ya impuesto á la persomeda cuando la invasión que tan heroicamente rechazaron los griegos de los buenos tiempos. Las conquistas de Alejandro, en Asia sólo sirvieron para llevar á Grecia, con la vuelta de los capitanes de esa hueste, los vicios del despotismo. Como acertada y gráficamente dice nuestro autor, Grecia no se dilató hacia

el Asia: antes bien, Asia, cayó sobre Grecia. Y aun pudiera haber añadido que nunca, en parte alguna, los conquistadores militares han creado, por sí solos, una civilización.

Informa el trabajo del señor Saluzzo un espíritu de tan alta moralidad política y revela tal bondad de corazón llevada á los juicios de los hombres y de las cosas, que aun cuando no tuviera otros méritos, bastaría este para recomendarlo y ser clasificado entre los buenos libros destinados á la juventud. Su entusiasmo por la Grecia antigua, tiene algo de trascendente y educativo que importa enaltecer en estos tiempos que la

exageración positivista invade á los pueblos dañándoles en proporción á su cultura. Es además como aura refrigerante para las almas cansadas y abatidas en la lucha por el ideal. De mí he de decir que, á presencia de las elocuentes páginas de *Los tres máximos oradores griegos*, especialmente de aquellas en que el autor comenta y pondera las *Filípicas* y las *Olintianas*, he sentido revivir los recuerdos de la primavera de la vida cuando, clásicos por la educación y románticos por el sentimiento, admirábamos en Plutarco los grandes hombres de la antigüedad, odiábamos en Tácito el despotismo, y, aspirantes

á tribunos de la democracia, los jóvenes de entonces recitábamos las estrofas de Byron, de Quintana y Víctor Hugo y oíamos con Espronceda:

*“La voz atronadora y elocuente
del orador de Atenas, la bandera
contra el tirano macedonio alzando
y al levantado pueblo arrebatando.”*

Reciba el señor Saluzzo mi cordial enhorabuena.

J. GÜEL Y MERCADER.

Madrid: 1898.



Güiria: Avenida Este. — (De fotografía de Avril)

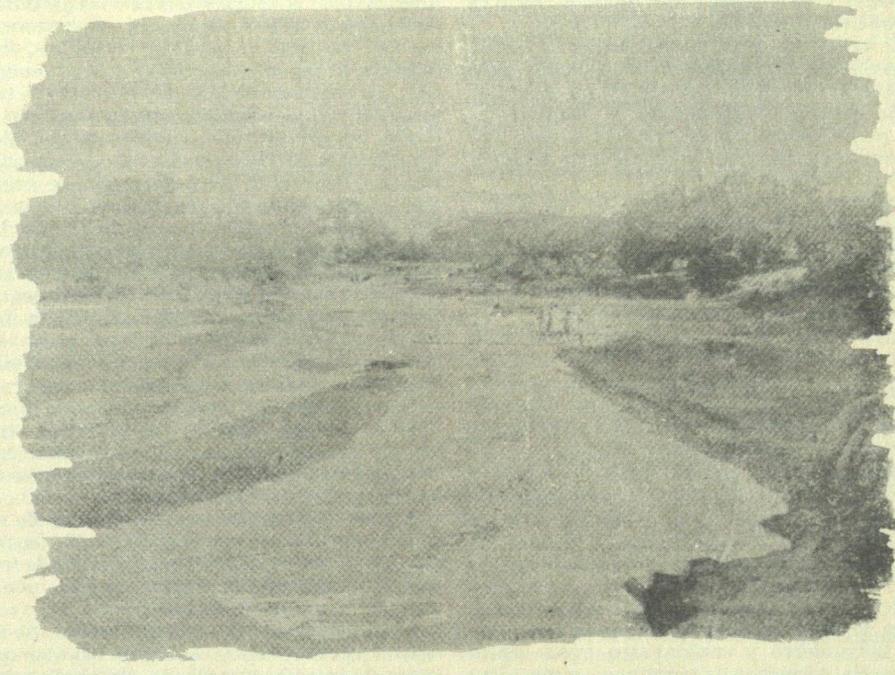
HECHIZO

OR sobre todas las cosas amo las flores y de las flores las rosas—expresó al refinado y voluptuoso artista la espiritual Aminta, cuyos ojos miraban al través de unas pestañas luengas y negras que parecían finísimo enrejado hecho de encajes, de sedería y de sueños.

Esas deliciosas coquetas de los jardines, frágiles y lánguidas, me seducen irresistiblemente con una fuerza de seducción extraña, que por lo blanda y casta es plumón de cisne, lumbré de estrella, y por lo ardiente y viva claro de luna, llama de sol. Sin ellas, mi vida haríase imposible y, de vivir, la gran desolación de las plantas que languidecen y mueren por falta de riego, de calor y de luz, imagen fiel sería de esa vida.

Suprimid la luz y al punto desaparecerían mil bellas mentiras, sin las cuales, la existencia, de beneficio que es, tornaría en el más espantoso de los suplicios. El cielo, envuelto ahora en vaporosos tules, invadido sería por una legión de grotescos fantasmas que danzarían en la sombra, en la medrosa sombra toda pavora y horror de una noche profunda.... ¿Y no os mueve á compasión infinita la desventura de esos corazones candorosos y sencillos que sueñan con las delicias de una venturanza eterna gozada entre melodías y cantos, en un ambiente poblado de cabelleras rubias, alas de armiño y mantos azules?

Suprimid la luz y por siempre dejarían de correr en las piedras preciosas las fuentes del



Güiria: Vista del río

llanto, por lo que nunca más llorarían sus pintorescas lágrimas, regocijo de los ojos; emparrados de frío los pajarillos agonizarían en sus nidos; sin transparencia y sin brillo en su lecho de piedra rodaría la onda, gimiendo más que cantando; algunas pupilas re-

muy bien podría invocarse para explicarla alguno de esos artificios con que la imaginación engaña á los temperamentos refinados.

Pero, ¿de dónde he de haber tales refinamientos? Esa sociedad brillante que desfila por casa las noches de sarao colmándose de

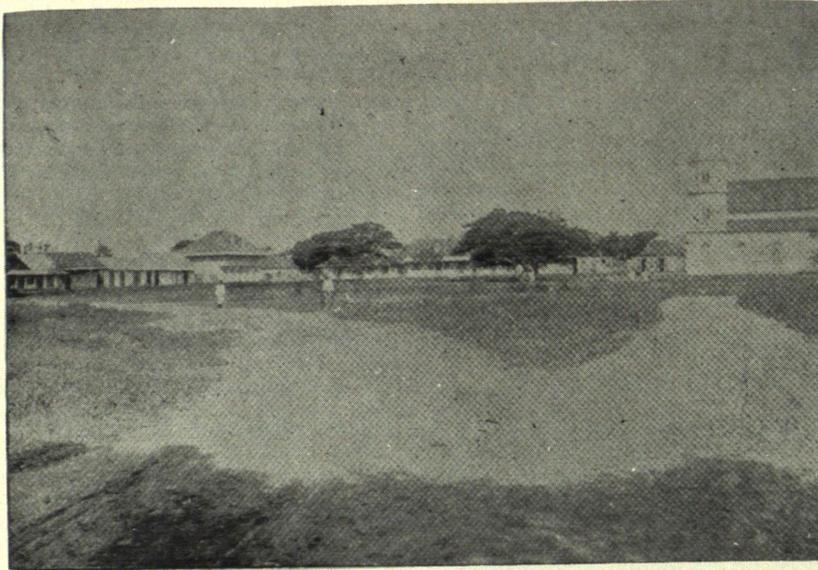
medarían míseros esmaltes azulosos muy lejos de la belleza y el primor, en tanto que otras traerían á la memoria el recuerdo de viejos terciopelos donde á manos de la edad murieron las luces del reflejo.

Pues tentada estoy de decirte que para el equilibrio de mi sensibilidad, para los esparcimientos y placidez de mi espíritu, tan necesarias me son esas magas que se alzan aéreas en vergeles y cármenes como la misma luz, vennero de salud para todos los seres.

Oh! las rosasPobre de palabras y de expresiones es mi lengua para pintarte con exactitud la suerte de emociones con que me regalan, dulces, suaves, delicadas, y al mismo tiempo avasalladoras y hondas.

Ninguna delicia puede compararse á la saboreada por mí siempre que tomándolas entre mis manos, las acaricio largamente, apasionadamente, como si fueran las primorosas manos de una amiga bienamada. Más de una vez he sido sumisa esclava de esta ilusión que me sube y me baja en una oscilación radiosa. Y siempre que le rindo tributo de vasallaje, un estremecimiento corre por todo mi cuerpo, lucecillas de colores, enceguedoras y deslumbrantes, chispean un segundo en el fondo de mis retinas oscurecidas y tiemblo, tiemblo al igual de frágil caña agasajada por cálido cefirillo.

Tan exquisito es el sabor de esta sensación, y, ella en sí, tan vaga y tan rara, que



Güiria: Vista de la playa. — (De fotografía de Avril)

hon enajenados, en época remota no tuvo para los míos sino infamia, la inmensa infamia del grillete y la cadena. Mi árbol genealógico, sus raíces, arrancan de la gleba, lo cual implica en los humildísimos orígenes de mi raza raudales de lágrimas y dolores sin cuento.

Vengo del surco que enrojecieron con su sangre algunos deudos lejanos, nacidos quizás al aire libre, en vallecillos amenos sembrados de violetas y campánulas, ó entre la umbría del bosque, á orillas del sendero, bajo el palio florecido de silvestres rosales.

¿De dónde pues han de venirme sutilezas y refinamientos?.....

Cuando pienso y medito en el secreto inextricable que envuelve estos peregrinos y picarescos retozos de mi sensibilidad, al fin y al cabo desarmada quedo de meditaciones y pensamientos, pues ante la espontaneidad con que nace y se propaga ese espasmo, un si es no es sensual, termino por confundirme.

Yo no ejerzo á la verdad ninguna suerte de presiones torturantes en mi espíritu para embriagarme con su esencia, no ha menester él de sutilezas imaginativas y sentimentales para romper en esa vibración que, tan pronto se inicia, resuélvese en luz de gloria y dulcedumbres de miel.

Duerme en las intimidades de mi sér como el pájaro en la rama rumorosa, como una virgen en su lecho perfumado, como la nota en el teclado del piano y, al despertar, como el pájaro canta, como la virgen ríe y á guisa de la nota vibra y embelesa.

Acaso todo el prestigio de ese inefable encanto fluye de la manera con que se produce, llana y en extremo sencilla, sencillez y llaneza sólo comparables á las de la naturaleza, que, si en otoño desnuda á los árboles es para vestirlos lujosamente en primavera.

Mas, algo hay todavía que supera en neotárea exquisitez á esa luminosa sensación de mi carne y de mi alma, sensación que, como ya te lo he dicho, surge invariablemente al más leve contacto de mis dedos con las diáfanas vestiduras de las rosas.

Refiérome al divino hechizo que baña y mece mi corazón cuando, prisionera de la onda, languidez y sueño entre rosas, entre fragancia y frescura de tempranas rosas. Tan pronto los capullos reventan en las matas, prisa me doy en cortarlos á este solo objeto. Tal destino, á mi ver, agrada más á su juventud y su hermosura que morfarse de hastío apriada en míseros jarrones.

Si hablar pudieran, muy cierta estoy que rebosarían de gratitud, tal así como rebosan de gracia y de ternura en el baño, á solas conmigo.

Aparte de la fruición que gozo viéndome flotar sobre una rosada nube de pétalos, hay otros motivos que me impelen á arrancarlas de sus tallos. El más poderoso de ellos, sin duda, consiste en que yo no puedo permanecer impassible ante el espectáculo de la belleza en ruina. No hago memoria de haberla contemplado alguna vez sin que al punto mi ánimo orientárase rumbo á la melancolía. Una forma humana arrugada por los años, un ramaje que se seca muéveme á caer bajo el imperio de sentimientos vagos, muy vagos, análogos á esos que nos embargan en la callada hora del crepúsculo.

Pues bien, seré la misma sinceridad al decirte que esta emoción no es sino un esbozo pálido é imperfecto de la que me agita y con turba al ver una rosa sufrir los dolores y desmayos de una larga agonía. Solicitada de improviso por la mágica fuerza de sugerencias misteriosas, vuelo en idea hacia el porvenir y me veo cargada de pesares y de años, descolorida, exangüe y marchita.....Ay! amigo mío, para sustraerme al hondo tormento de tan melancólicas visiones, es que las arrebató al jardín apenas se abren hechiceras y joviales á los halagos cariñosos de la luz.....Mentira.....Tu candidez de artista, fácil de enganar, ha conulgado esta vez con hostia de mentira. No hay tal cosa: ¿por ventura dudas?... Mi objetivo, único y supremo, es placer, placer sólo: lo demás, desechado en buen hora, que no son sino pretextos fútiles y vanos.

Antes creo haber insinuado el deleite que empapa esa inefable emoción de mi naturaleza, no bien las rosas, como amables hermosuras, rozan mi piel en el tálamo de la onda.

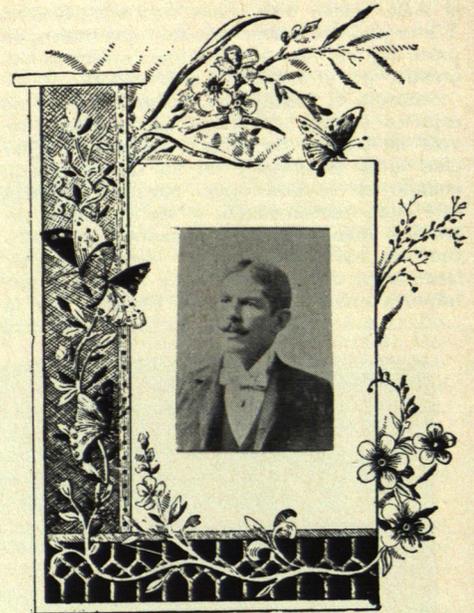
Es una felicidad inexpressable, serena, radiosa la que me ilumina por dentro. Imaginad ritmos, arrullos, sonrisas, perfumes, ternuras amasadas en luz y en miel por manos de hadas y ya tendréis su imagen.

Diríase la placidez suave y excelsa de un fulgor sideral amodorrado en el armífo de una nube de verano, el armonioso canto de una cigarra desgranándose lánguido y dulce por el misterio hojoso de la vieja selva.....

Llega un momento en que el murmurio del agua al chocar contra las paredes del estanque suena á mi oído remedando ecos de una melodía lejana, y en esa melodía pareceme escuchar, suspirando y gimiendo, confidencias de hojas secas.....

Y mientras me columpio en la claridad de mi fúlgido embeleso, una muchedumbre de sueños, trajeados de púrpura cual si fueran emperadores asaltan en tropel la barca de mi fantasía.

ANTONIO R. ALVAREZ.



CHÉNIER Y EL MODERNISMO

Hablar de André Chénier es hablar del jefe del modernismo literario, según lo ha caracterizado Saint Beuve; modernismo admirable que desgraciadamente muy pocos han querido seguir.

Este poeta, bueno entre los muy buenos, tan sensitivo, tan correcto, cuyos versos despiden rara frescura y suavidad, nació bajo el cielo de las Medias Lunas, en la ciudad de los Sultanes, el día 20 de octubre de 1762.

Fueron sus padres Louis Chénier, francés, y la hermosa y célebre griega Santi L'homaka.

¿Influencias atávicas ó climatológicas formaron aquel cerebro privilegiado?

De muy tierna edad dejó el suelo turco por la patria de Voltaire; allí á la riba del Aude vio deslizarse su infancia hasta que, en 1773 á los 17 años de edad entró en un colegio de Navarra. Ya en las aulas comenzó á dar señales de su talento traduciendo del griego una oda de Sapho.

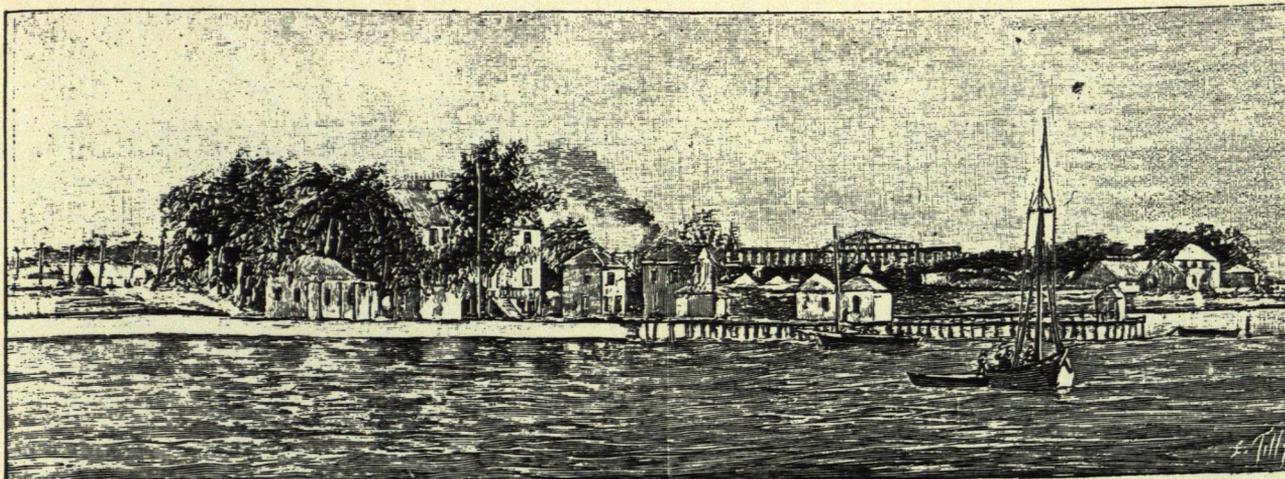
Más tarde el conde de Luzerna, embajador británico, lo llevó á Inglaterra, donde estuvo corto tiempo; la monotonía y frialdad inglesa no agradaron á su espíritu ardiente, emprendedor y activo. Se dio á viajar hasta 1790, época en que regresó á Francia. Fue por entonces cuando comenzó sus labores intelectuales.

Enamorado de la Grecia, fijó en ella sus ojos de artista y formó su estilo en los preclaros modelos.

Su primera obra poética *Le jeu de Paume*, dedicada á su amigo el pintor David, es un himno en el cual rebosa el entusiasmo de su juventud: versos gozosos, llenos de sentimiento; *Le jeu de Paume*—dice Villemain—es la inauguración pindárica de la revolución social.

En dicho himno se ostenta el poeta naturalista con toda pompa y majestad, rindiendo culto á la Belleza, circunscrito á las delicadas exigencias de la forma, sin extralimitar el sentido del arte. Toma de los mitos griegos todo lo bello que ha menester para dar más vida á sus ideas y habla de aquellos tiempos en que el pueblo ávido de libertad quería derribar el trono de los Borbones para implantar las doctrinas demagógicas:

Reprends ta robe d'or, ceins ton riche bandeau,
Jeune et divine poësie :
Quoi que ces temps d'orage eclipsent ton flambeau
Aux lèvres de David, roi du savant pinceau
Porte la coupe d'ambrosie.



KRY WEST. — El Lazareto y las nuevas fortificaciones en construcción

En la mayor parte de sus idilios se revela afanoso por la renovación de la gracia y la ingenuidad que caracteriza á los antiguos clásicos. Sus elegías son un estudio de las pasiones humanas; en ellas están confundidos todos los sentimientos: arranques de amor,

Oh! que j'aïlle y languir aux bras de mon amant
De baisers, de rameaux, de guirlandes lié,
Oubliant tout le monde, et du monde oublié!

Arrebatos de cólera,

Ah! je voudrais jamais n'avoir reçu le jour.....

arrepentimientos, pesares y de todo ello emana extraña sencillez como nacida de un alma pura, pero en la cual sencillez el arte gana en colorido, en atracción, en fuerza de sinceridad.

Habría algo más pagano que el deseo expresado en la siguiente estrofa?

Reine de mes banquets, que Lycoris y vienne,
Que des fleurs de sa tête elle pare la mienne;
Pour enivrer mes sens, que le feu de ses yeux
S'unisse à la vapeur des vins délicieux.
Q'un sein voluptueux, des lèvres demi-closes,
Respirent près de nous leur haleine de roses.....

* **

No es comprensible cómo algunos que se precian de eruditos ven con repugnancia todo lo que trasciende al arte antiguo é intentan borrar de la conciencia de los neoescritores la espontánea admiración que, como justo homenaje, se rinde á aquellos varones que nos legaron caudal de ciencia y poesía.

Homero y Aristóteles—dice Newman—son en el arte y en la ciencia los maestros de todas las generaciones y de todos los siglos.

Henchido de entusiasmo canta Macaulay la Atenas gloriosa de Sócrates; aplaude á Pericles en la tribuna y á Sófoeles en el teatro.

Menéndez Pelayo se desvive por las bellezas del arte helénico.

Ipandro Acaico, obispo católico, traduce á Teócrito, á Bión de Esmirna y á Mosco de Siracusa y aunque pasa por cima de lo muy real, asienta, como San Basilio, que debe buscarse lo bello donde exista, "lidiando la más terrible de las batallas si es preciso;" es decir, internarse en el estudio de los clásicos griegos, en busca del sentimiento artístico, por pecadores que ellos sean.

¡Pluguiera á Dios—exclama el precitado crítico español—que abundasen en las sociedades modernas filósofos como Aristóteles, moralistas como Epicteto y Marco Aurelio!

Mas, la resurrección de ese arte divino, no es la imitación servil de los maestros; ni la exageración chocante; ni el repetir ó citar, desfigurándolos, episodios harto conocidos; ni la creación de otros nuevos, agregando de esta manera con pueril audacia y torpe pretensión,

nuevos capítulos á la leyenda mítica, cuyo catálogo ha sido sellado por el tribunal de la Historia; ni mucho menos, en fin, soliviantar la fantasía hacia la Venus de la decadencia, las ficciones de Petronio y Apuleyo y llenar cuartillas extorsionando el sentido del arte, dando rienda á un sensualismo exento de belleza y de buen gusto.

Neo-helenismo es asimilación al arte griego arcaico en todo aquello que no bregue con lo espontáneo y natural. Tomar lo exquisito del modelo, estudiar la forma, la morbidez del contorno, la fineza en las líneas y crear la variedad en los detalles es lo que precisa; pero adaptándolos al medio, como lo hizo el poeta francés en la hermosa colección de sus odas, idilios y elegías:

Salut, Thrace, ma mère et la mère d'Orphée,
Galata, que mes yeux desiraient dès longtemps;
Car c'est là q'une grecque, en son jeune printemps,
Belle, au lit d'un époux nourrisson de la France,
Me fit naître Français dans le murs de Byzance.

Aquí el poeta invoca á los dioses paganos y declara su nacimiento, y todo lo dice como buen francés, hijo de una bella griega y nacido en Constantinopla.

* **

Leandro Fernández de Moratín es un acre censor del gongorismo, y lo fuera del moderno decadentismo si años le hubiera dado Dios; de los arcaísmos traídos á destajo y de las frases neológicas con que el fundador de la escuela gongorina corrompió el buen gusto de la literatura. Es empeño vano el creer que la musa castellana luce mejor vestida de abigarradas hopalandas.

Los primeros gramáticos se dieron á decir—y en esto se fundan los decadentes—que Homero transfiguró el lenguaje de su tierra con licencias poéticas fuera del rito; quitó, añadió, varió y traspuso á su antojo; pero esto es de todo punto incierto; consúltese, si no, la opinión autorizada de los buenos críticos. Oigamos á uno de gran renombre: "...y han hecho ver que Homero, ni usó de todos los dialectos de la lengua griega, ni alteró arbitrariamente lo material de las palabras, ni inventó voces absolutamente nuevas. Pueden verse las notas de Clarke á las poesías de Homero, la *Proso-dia* de Becucci, y otras obras modernas en que se han discutido estas cuestiones; y me sería muy fácil añadir nuevas pruebas con sólo tomar en la mano la *Iliada* y la *Odisea*, y examinar cada una de sus páginas. En todas ellas se vería que su autor escribió en el dialecto jónico de su tiempo; y que en todas sus obras no hay un solo aticismo; un solo dorismo, ni un solo eolismo propiamente tales. Y se vería finalmente que jamás se permitió quebrantar las reglas gramaticales que el uso tenía ya sancionadas, y de consi-

guiente jamás hizo transitivos los verbos neutros ni pronominales ó recíprocos los que no lo eran."

¿Qué escuela siguen los modernistas á lo Rubén Darío? ¿En qué fuentes griegas han bebido ese disparatorio con que llegan á fascinar á los imberbes *amateurs* y á llenar de asombro á los hombres de saber? ¿De dónde sino de sus cabezas brotan esos neologismos? Y esas imágenes *por cuarta*, como las de un decadentísimo argentino que llama á su alma: "golondrina ideal" lo cual le parece tan bonito que no se cansa de repetirlo?

El neologismo consiste en formar nuevas voces con las usuales, pero coherentes; y en dar á las palabras acepciones figuradas sujetándose á las reglas que para estos casos tiene sancionadas el buen gusto, por mejor decir la sana razón, y en aceptar voces de aquellos idiomas cuyo significado no tiene equivalencia en el propio.

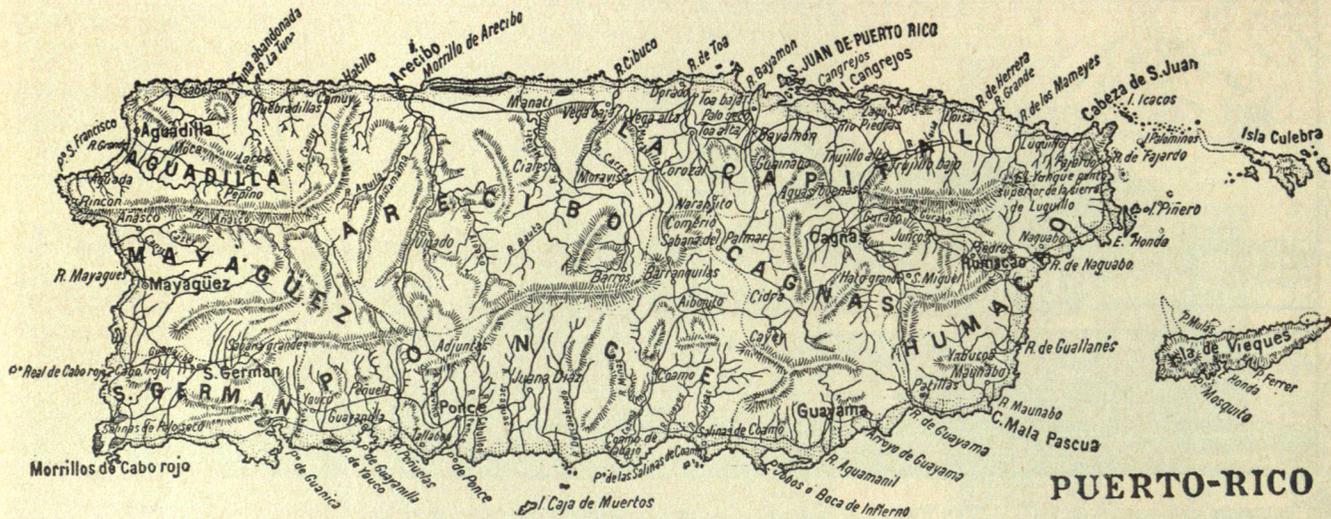
André Chénier nunca aventuró una extravagancia; ahí están sus poesías; en todos sus versos trasciende el buen gusto, la naturalidad; sus dioses son los legítimos del paganismo, sus flores despiden fresco aroma, sus lagos, á los cuales riza el beso del Cé-firo, están cruzados por las blancas aves de la leyenda; sus mares rugen airados y se aplacan á la conmoción acariciadora de una estrella, signo científico precursor de la calma; pero no se encuentran en él, como se encuentran ahora en los decadentes de fin de siglo, *lucos salvajes*, ni un *Barrabás con charrreteras*, ni nada de esa palabrería insustancial que, so color de efectista, va hasta el ridículo en algunos, cuando no repugna en los más.

* **

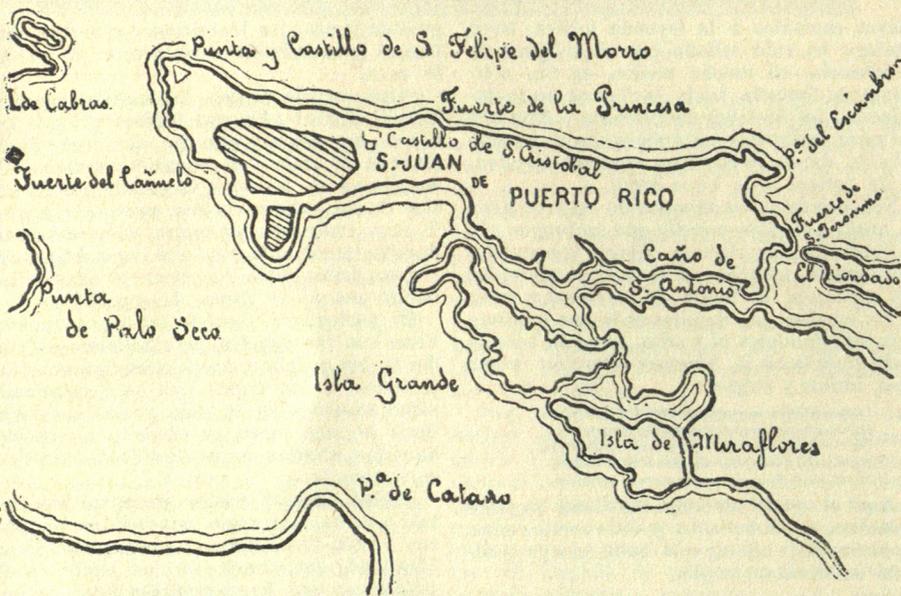
Un error conduce á los incipientes admiradores de la decadencia á la descamisada pretensión de tildar de retrógrados á académicos y escritores envejecidos en el estudio, ya porque no batan palmas á los estrafalarios ingenios, ya porque repugnen la viciada escuela culterana archivada en el mundo hispánico bajo el polvo de dos siglos y sacada á luz hoy merced á la funesta sugestión de los modernistas franceses.

¡La cuestión literaria está plantada en la actualidad en idénticos términos que cuando corran los años de 1600!

Por entonces se decía que defectos de la decadencia eran: "desprecio de la grande elocuencia del estilo; apego á la concisión; abuso de la metáfora; hinchazón en el lenguaje; propensión á las sentencias; profusión en jugar del vocablo; alambicamiento, y como consecuencia de todo esto, bajeza y chocarrería en los epítetos, desleimiento de la idea, frialdad de apotegmas y amaneramiento, esto sin el abuso del hipébaton que es el vicio del



PUERTO-RICO



Bahía de San Juan de Puerto Rico

Tiempo es que dejes ya la culta Europa
 Y dirijas el vuelo á donde te abre
 El mundo de Colón su grande escena

¿no es digno de seguirse?

Pero aquí se hace lo contrario; en América se desdeña 'la siempre verde rama, el bosque enmarañado, el sesgo río' y se van los poetas á entonar sus trovas en otras tierras, donde si es cierto que alienta la Belleza, no palpita con la majestad que ofrece el dios Pan de nuestras selvas y boscajes.

¿Cuán bello es ese criollismo de Bello, ese que evoca la silvestre ninfa habitadora de nuestras sombrías cañadas, de nuestros salcedos solitarios, los cuales

Colores mil á los pinceles brindan!

Otra cosa es ese criollismo vulgar que anda por ahí pugnando por hacerse notable. Criollismo es el canto natural, ajeno de afectación ni de canalleza alcamonía, tal cual lo ideó el gran poeta venezolano, tal cual lo anuncia en los siguientes versos:

Tiempo vendrá cuando de tí inspirado
 Algún Marón americano, ¡oh Dios!
 También las mieses, los rebaños cante,
 El rico suelo al hombre avasallado,
 Y las dádivas mit con que la zona
 De Febo amada al labrador corona:
 Donde cándida miel llevan las cañas,
 Y animado carnán la tuna cría,
 Donde tremola el algodón su nieve
 Y el ananá sazona su ambrosía:
 De sus racimos la variada copia
 Rinde el palmar.....

lenguaje español y, según Lope, el gran vicio del culteranismo."

Que un poeta tenga mucho ingenio, que su versificación sea encantadora, que estrofas despidan rico perfume y frases vibren sonoras con tiernas sonoridades de melóvito, no quiere decir que sea bueno el poeta. Primeros versos tienen los más empecinados decadentes, de los cuales versos bien pudiera decirse que son joyas de brillo fascinador; en ellos se echa de ver la fuerza del talento; pero si á renglón seguido estampan, á fuer de benefactores del lenguaje, extravagante y rudo vocablo, tenebrosa anfibología, solecismo aterrador, fuerza es confesar que el híbrido trabajo despertará emociones varias, y no sería extraño que se comparasen composiciones de tal índole con ánforas de oro en cuyos bajos relieves se engastasen junto con escogidas esmeraldas, despreciadas piedrezuelas.

Si la literatura en sus progresos busca la fácil y más bella manifestación del pensamiento por medio de la palabra escrita, ¿por qué esos talentos gustan del simbolismo oscuro y de la cacofonía, imitando, con lo primero, á los parnasianos franceses, y alardeando, con lo segundo, de poco miramiento al consejo salvador de nuestros más celebrados clásicos?

Natural es que haya quien diga que entre los decadentes de Hispano-América se cuente el primero de los poetas del Nuevo Mundo;

igual cosa dijeron en España los adoradores del culteranismo, aclamando al fundador de dicha escuela como al mejor poeta castellano.

El mismo criterio que rechaza la asimilación helénica, aconseja á la juventud aficionarse al criollismo, á los cantos regionales, á describir las bellezas nativas y á fundar ese nuevo y exuberante género. Digno de seguirse es el consejo y quien lo adopte no estará descaminado, que ya Andrés Bello se paseó por las encantadoras frondas de nuestra zona y elevó canto hermoso al sol fecondo que caldea nuestra dilatada tierra. Y si tenemos modelo, ¿por qué no seguirlo? Nada es contentible si se aviene con el Arte. ¿Por qué no imitar tan fácil estilo? La escuela del gran poeta es incontestablemente preferible á esa estragadora de tantas inteligencias que, libres del pesado yugo de fatales sugestiones, pudieran ser puntos brillantes en la moderna pléyade.

Quien dice hablando de la poesía:

Tú á quien la verde gruta fue morada,
 Y el eco de los montes compañía.

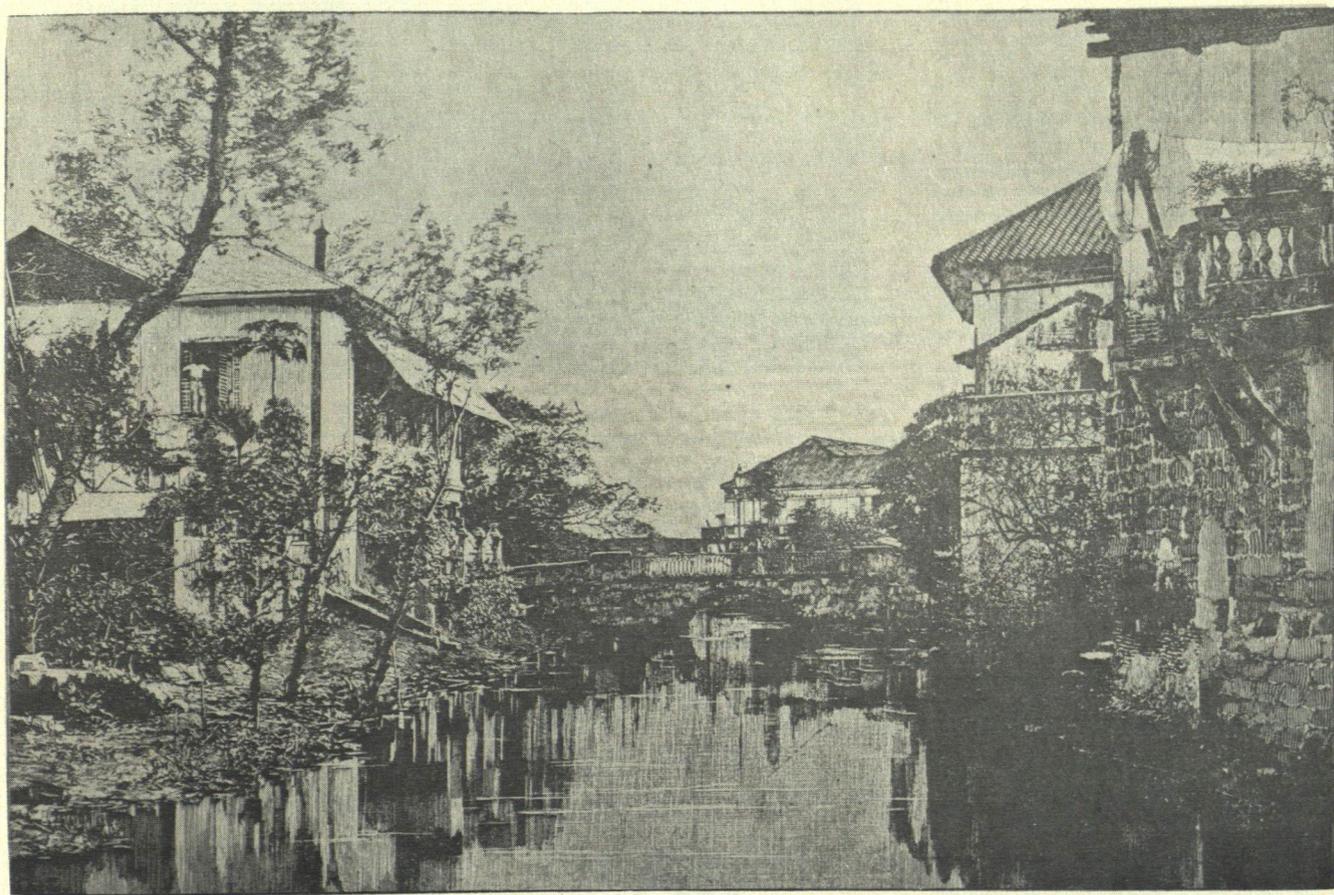
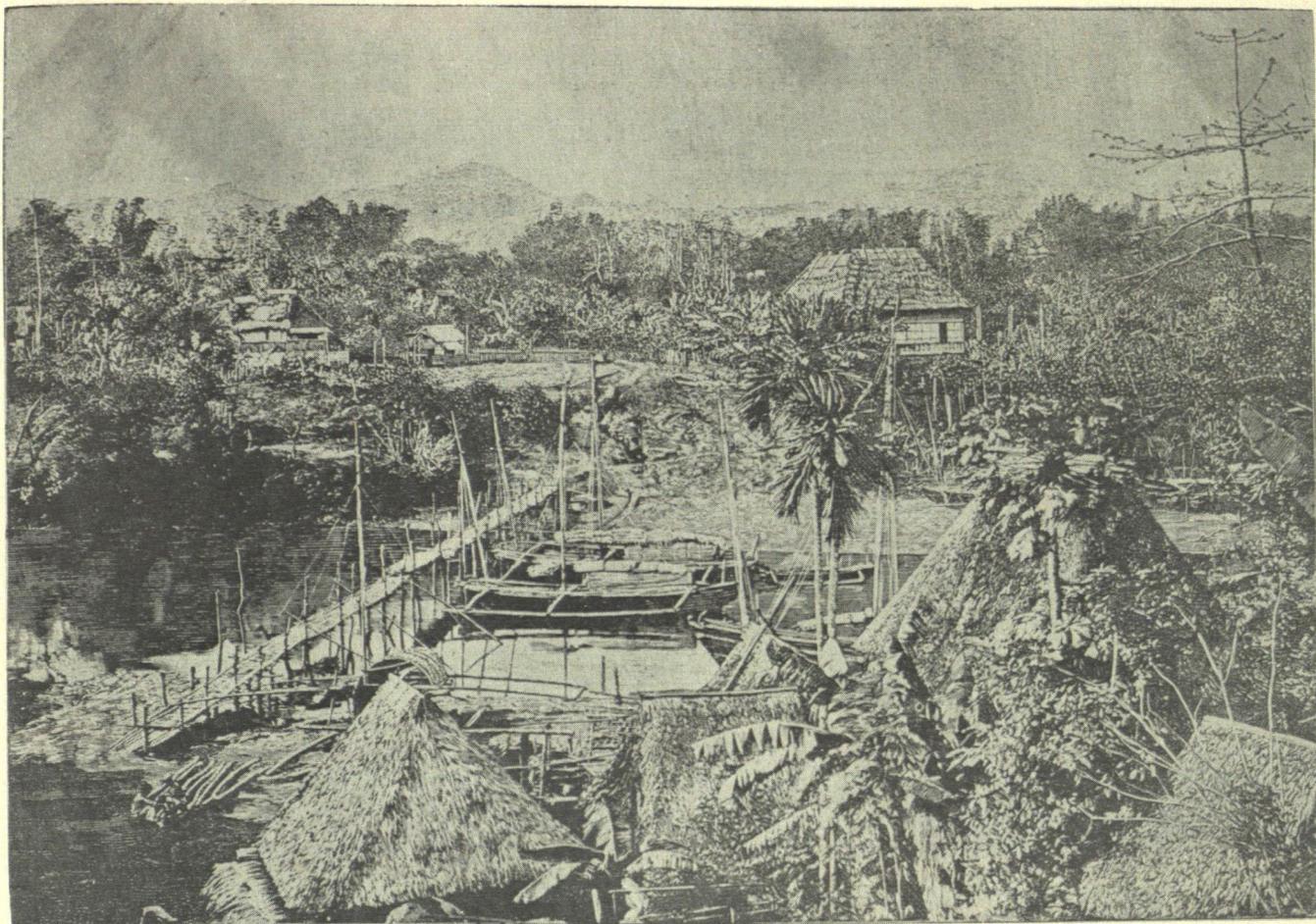
¿no despierta en el alma emociones tiernamente agradables?

Y quien á reglón seguido aconseja:

Chénier no llega al realismo; su áurea fraseología, á la cual se asemeja mucho la del moderno D'Anunzio, no traspasa el límite que existe entre las vagarosas lucubraciones de lo ideal y la fría ostentación de lo real. Explícate su escuela, su gusto artístico y hasta su sensibilidad en los siguientes conceptos de uno de sus críticos. "El meditó á la vez la sabia y natural reproducción de las formas del genio antiguo y la aplicación de este lenguaje á las maravillas de la moderna civilización. Y es esto tan cierto que él quiso cantar el descubrimiento del Nuevo Mundo y celebrar, bajo el título de *Hermes* los grandes progresos de las ciencias naturales."

Desde un punto de vista, *Hermes*, dios mítico, no tiene relación alguna con los progresos modernos y las ciencias naturales; pero ¿qué no es correlativo en literatura? Justamente la absoluta correlación es base del naturalismo.

Hermes, poema inconcluso, debería contener tres cantos: 1º origen de la tierra, creación de los animales, el hombre; 2º la inteligencia humana, errores del hombre en su



VISTAS DE MANILA



ESCENA CAMPESTRE. — Filipinas

estado salvaje hasta el hombre social; 3º la sociedad política, constitución de la moral, las ciencias, y el todo la exposición de un sistema según los adelantos del siglo. En notas marginales que contienen sus manuscritos se trasluce el proyecto. Hé aquí una de ellas: “Débese representar magníficamente la tierra bajo el emblema metafórico de un gran animal que vive, se mueve y está sujeto á cambios, á revoluciones, á fiebres y á desarreglos en la circulación de la sangre; y escribe en un arrebatado de entusiasmo el siguiente verso:

Que la terre est nubille et bruite d'être mère

Después tratará de los órganos secretos vivos de los cuales el infinito constituye

L'océan éternel où bouillonne la vie.

No pudo llevar á fin este abstruso trabajo, y salvando estrofas entró de lleno en la cuestión social, terminando con un epílogo que dice:

O mon fils, mon *Hermes* ma plus belle esperance
O fruit de longs travaux, de ma perseverance.

Por donde se nota la mucha estima en que tenía el poema.

**

Dos Chénier son gloria de la literatura francesa: el uno, Marie-Joseph, conocido por el solo nombre, célebre en la tribuna y en el teatro, y el infortunado André, poeta-mártir de la Revolución. Cuando el furor demagógico estaba en su apogeo y el fanatismo jacobino hacía estragos y derramaba la sangre á torrentes, el autor de la *Jeune Captive* escribía sus inimitables versos elegiacos; todos los cuales son un canto al amor, á los placeres. Venus es su guía; las musas sus protectoras. Camille, la hermosa protagonista, el ideal, la mujer adorada. El sufre, siente

inquietudes, tiene celos, rabia, se desespera, maldice y llora:

Les esclaves d'Amour ont tant versé des pleurs
S'il a quelque plaisir, il á tant de douleurs!

Y llama á las Hespérides en su auxilio:

Chastes muses, veillez toujours sur moi

Chénier no es solamente un poeta erótico; y si bien canta á lo Anacreonte:

Quand l'âge aura sur nous mis sa main flétrissante
Que pourra la beauté, quoique toute puissante?
Nos cœurs en la voyant ne palpitent jamais.

Allons, jeune homme, allons, marche; prend ce flambeau,
Marche, allons. Mène-moi chez ma belle maîtresse.
J'ai pour elle aujourd'hui mille fois plus d'ivresse.

También á lo Horacio en el poema didáctico *l'Invention*:

Travaille. Un grand est un puissant témoin
Montre ce qu'on peu faire en le faisant toi-même.

¿Es Chénier un poeta simbólico? Sí, lo es; pero sus simbolismos no pecan de anti-naturalidad. Su estilo es claro, exento de vicios é impregnado de ingenuidad que es la ingente fuerza del poeta de alto vuelo. No es de esos exhumadores que resbucando llegan á hacerse culteranos ó se internan en laberintos donde la idea anda en ostensible brega con la forma; por lo que, á menudo, se pierde la concatenación fraseológica y se corta bruscamente el período dejando al lector en plena oscuridad.

¡Y todo por traer despiadadamente un neologismo sonoro ya que no un esdrújulo á macha martillo!

J. M. GALINDEZ.

Caracas: 1898.



CRONICAS LIGERAS

VIDA ELEGANTE

—Quien dice vida elegante dice rentas pingües.

—Distingo....

—No hay distingo que valga. Vaya usted á meterse en eso sin una posición bastante sólida, y brillará lo que un aerolito, y saldrá usted con que: “aquí están las velas.”

—Eso no es tan absoluto como suena.

—Amigo; yo tengo más años que usted, más experiencia, más mundo. Cuatro y cuatro son ocho, y nada más que ocho. Y el que sólo tiene ocho no puede gastar veinte. Créalo usted. ¿El gran mundo? la vida chic? ¡Magnífico! Cuando se tiene base sólida, fortuna positiva. Todo lo demás es faramalla y ruina segura.

—¿Y el talento? No cuenta usted con el talento?

—Yo no cuento sino con la aritmética.

Lo mismo que mi interlocutor, piensa la generalidad de las personas que la dan de sensatas: cuatro y cuatro son ocho, y nada más que ocho, etc.

Con todo, hay quien sin tener siquiera los consabidos ocho, lleva vida “de á veinte.”

Ricardo, por ejemplo.

Digo Ricardo como podría decir Juan ó Diego.

Dinero, propiamente dicho no tiene. Pero tiene una buena percha, un apellido de salón, de esos que vienen de tiempo atrás rodando por el gran mundo, con éxito y talento.

Con estos elementos vive la vida elegante, brilla, mete ruido, se hace admirar y vende protección.

Su existencia se desliza alegre y sonriente en medio de una serie no interrumpida de placeres. De los salones al teatro, del teatro al Club y del Club a donde le llama la cabal interpretación de su papel.

La mañana la duerme.

Sucede que cuando muchos sudan la gota para hacerse invitar á tal ó cual fiesta social, él tiene invitaciones para repartir.

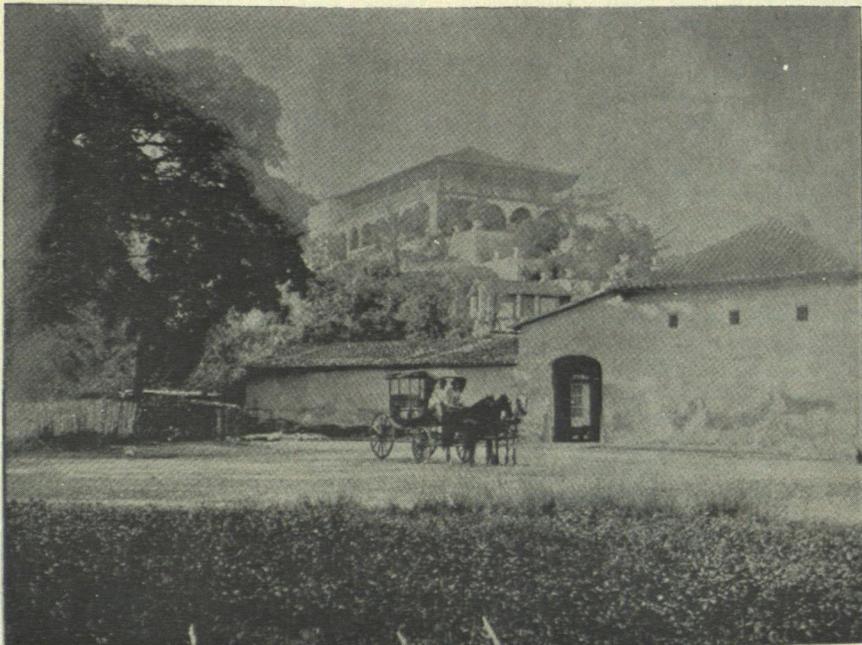
Las damas lo acatan; el otro sexo lo sostiene. Salvo cuando el caso ocurre á la inversa. Que también suelen caer tales brevas.

Atildado en el vestir, y muy cuidadita toda su persona, entra bien por los ojos. Es simpático.

Y útil. Sobre to lo para aquellos seres anónimos á quienes una caricia de la suerte pone en actitud de suplir el adminículo del apellido y comprar relaciones sociales.

Tales individuos son "El Dorado" de Ricardo.

Desde que el *parvenu* (he tenido que ir á buscar la palabra á Ultramar) desde



Casa de la hacienda de "La Trinidad," que fue del General Páez (hoy del señor José Rafael Palacio)

ALMA DE LAS COSAS

Eres ciego y lo ocultas; vas á tientas
De la vida mortal por el camino,
Y entre los seres por mejor te cuentas
Y el predilecto del amor divino.

¿Quién de la tierra te hizo rey?—Tu orgullo
Porque piensas y hablas: y ¿conoces
Si la queja, el rumor, canto y arrullo
De otras almas ignotas son las voces?.....

Mas yo que huyendo acongojado y triste
De la social atmósfera el ambiente
Busco la soledad, en cuanto existe
Sé bien que una alma hay que piensa y siente.

Habla de amor el céfiro á las flores,
Es alma de las rosas el aroma;
Forma cuadros la luz con los colores
Y con su arrullo versos la paloma.

Los átomos demuestran que se adoran
Por voluptuosa vibración movidos,
Las manos juntas de los muertos oran
Y habla la forma bella á los sentidos.

Y en medio de la noche en la montaña
Do paz, silencio y calma se concibe,
De odio y de amor en confusión extraña
Se oye que todo habla y todo vive.

La fiera y el reptil, los negros búos,
Arboles, fuentes y altos luminare
Forman monstruosos coros, raros dúos
De risas, maldiciones y cantares.

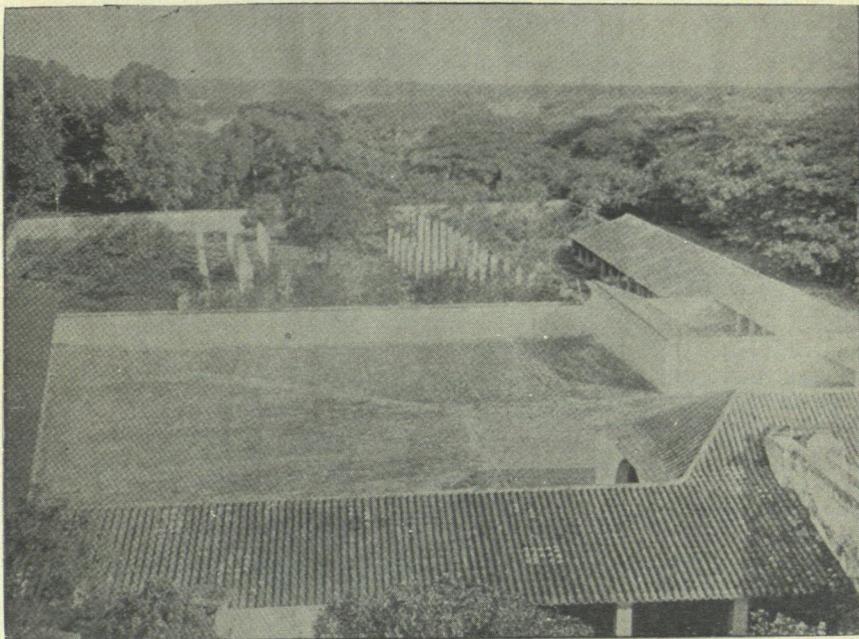
Se hinche, cual seno de mujer, la onda
Y viene hacia los lirios de la playa,
Y coronada de su espuma blonda
Al beso que les da de amor desmayo.

Y flores hay que en delicadas urnas
Guardan del sol sus cálices fragantes,
Y en citas misteriosas y nocturnas
Sus cendales descifñen palpitanes.

Y pagan el amor plantas y brutos,
Por más que el mundo racional se asombre,
Aquellas con más flores y más frutos,
Agradecidos éstos más que el hombre.

Y en todo lo que existe una alma asoma,
Que, aunque la ve la vanidad distinta,
Habla expresivo, universal idioma
Que el placer y el dolor revela y pinta.

Que al hacer de los mundos el portento,
Dios á su obra, por gozar en ella,
Vida le dio con su divino aliento
Para que fuese eternamente bella.



Hacienda "La Trinidad," que fue del General Páez. — (De fotografía de Julio E. González)

que el *parvenu* se hace de la amistad de Ricardo se establece una éra de concesiones mutuas: protección por obsequios.

El *parvenu* obsequia; en cambio Ricardo lo presenta a varias familias, lo hace transeúnte de los Clubs, para luego hacerlo miembro activo, lo hace cliente de Argouet, y lo va transformando, puliendo, "elegantizando."

El protegido paga lo que le pidan por exhibirse en público con el protector. Prueba de que ser oscuro no es ser bruto.

Los primeros días, las damas que quieren referirse á él dicen: "Aquel que anda en coche con Ricardo." Más después se saben el nombre, el apellido, el estado civil y cuánto tiene.

Este último dato influye de una mane-

ra decisiva, y á lo mejor se encuentra usted á mi hombre, es decir, al hombre de Ricardo, gallardeando en los salones, llevando del brazo un astro de los idem; favorecido por los rayos de luz de otros astros de primer orden, y por las insinuaciones de las mamás, á quienes llamaré bóhdos, para que todo sea completamente astronómico.

Ya el hombre no es oscuro, ni necesita protectores.

Pero mientras tanto Ricardo vivió vida de rico propietario.

¡Oh, el talento!

Vénganme ustedes ahora con que cuatro y cuatro son ocho, y nada más que ocho.

Y es la materia luz que se condensa
En cuanto vive, crece, vuela y brilla;
En cuanto vibra, habla, siente y piensa;
En el sol, en los mares y la arcilla.

Y como aquella en que extremó primores,
La que dotó con inmortal anhelo;
Por quien los campos coronó de flores
Y esmaltó en soles el azul del cielo;

Rebelde, ciega la razón somete
De las pasiones á la lucha impía,
Y la hace del error sierva y juguete,
Cuando del bien y el mal era la guía:

No expresa ingenua nunca la palabra
La imagen fiel del pensamiento mismo,
Y así el engaño en la conciencia labra
De desconfianza y dudas hondo abismo.

Y caen en él, como en la fosa oscura,
Muertos, por el recelo y las falsías,
Tiernos afectos, sueños de ventura,
Idealidades, glorias y alegrías.

Prefiero así del inconsciente instinto,
Que su divino origen no ha olvidado,
El lenguaje sin arte, mas distinto
Del mentiroso por el hombre usado.

Lenguaje en que se dicen sus amores
La flor, la fuente, el viento, planta y ave,
Con que á la luz saludan los condores,
Y cariñoso el mar canta á la nave.

Que en la hermosa unidad del Universo,
De lo infinito y de lo eterno emblema,
Es cada flor y cada estrella un verso,
Y cada mundo un inmortal poema.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

1898.

ESCRITORES AMERICANOS

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

CAMPOAMOR.

Con este título publicó en el número 133 de EL COJO ILUSTRADO mi compañero Enrique Gómez Carrillo un artículo de bibliografía americana, en el cual hay uno ó varios párrafos que á mis crónicas del *Mercure de France* se refieren. Aunque á la inefable indiferencia pública poco le importen (y tiene razón) las discusiones entre compinches más ó menos literarios, no quiero admitir sin modificaciones algunos conceptos emitidos en dicho escrito por el autor de *Almas y Cerebros*.

Tarde llegó á mis manos el número de EL COJO ILUSTRADO á que me refiero y tarde llega la contestación por lo cual no huelga recalcar el artículo de Gómez Carrillo ó, en otros términos, refrescar la memoria del lector.

A consecuencia de un juicio mío sobre sus «Intimidaciones parisienses», Gómez Carrillo se apresta á usar igual «franqueza», para conmigo. Ojo por ojo y diente por diente. Después de propinarme algunos honrosos adjetivos, (de los cuales le estoy muy agradecido) el compañero se da á la tarea de analizar lo que á él se le antoja mis «nuevas teorías sobre la literatura americana».

Usa Gómez Carrillo el viejo artificio de ir entresacando párrafos de mis crónicas y de poner en los intersticios mis opiniones desfiguradas ó exageradas según una idea preconcebida. Método éste con el que es fácil hacer decir á otro lo que no pensó ó de lo que pensó con distingos y atenuaciones. Por ejemplo, aquello de que yo *estoy seguro* de que «entre un libro escrito por un mejicano y un libro escrito por un madrileño, hay tanta diferencia como entre una obra compuesta por un ruso y una obra compuesta por un inglés». Nó, yo no he dicho tal cosa, ó al menos no he que-

rido decirlo. Mis opiniones no han ido tan lejos—y que de paso no olvide el articulista que como dijo el filósofo hay una distinción profunda entre opinar y asegurar, entre creer y afirmar.

Yo no he dicho eso, en primer lugar, porque no creo que siempre haya una diferencia esencial entre una obra compuesta por un ruso y una obra compuesta por un inglés, para valerme de su comparación. Naturalmente que uno y otro han de verter sus ideas en su idioma nacional, pero el espíritu que los anima puede ser el mismo ó muy semejante. Mi querido maestro Julio Lemaître ha encontrado similitudes entre la obra del noruego Ibsen y la de la francesa Jorge Sand, entre el humanitarismo del ruso Tolstoy y el humanitarismo del inglés Elliot. Por encima de las razas y de las fronteras ciertos espíritus se unen en un ideal común ó en una igual concepción de la vida; lo expresa éste en una lengua ruda, aquél en una armoniosa, pero échese abajo la valla del idioma y se encontrarán almas hermanas.

Yo no he dicho eso, en segundo lugar, porque no afirmo con la impertinencia que me atribuye el colega guatemalteco que nuestra lengua no sea la lengua castellana. Decir eso y estar loco sería casi lo mismo. Ahora que nuestras tradiciones artísticas y nuestra educación literaria sean una en España y América, habría que averiguarlo con más detención. El propio Gómez Carrillo en su artículo (tómese el curioso lector el trabajo de releerlo) dice, después de citar unas frases del señor Orrego Luco,—las cuales me parecen excelentes—que con él casi está de acuerdo porque al fin «él no habla de diferencias de literatura sino de diferencias de educación intelectual». Confieso que no entiendo con exactitud la acepción que Gómez Carrillo le da á la palabra «literatura», al hablar de mis «nuevas ideas» porque en fin no quiero convencerme de que él se refiera al instrumento que tenemos para la exteriorización verbal ó escrita de nuestras ideas y emociones, que es el idioma castellano.

Lo que sí he procurado señalar en mis crónicas del *Mercure* es de como los modernos escritores de América hacen uso de ese idioma (y lo echan á perder, intercalará algún académico) y como la presión del medio y de la raza y si se quiere de la moda, aquél ha adquirido un carácter especial que lo distingue un tanto del netamente castellano. Los idiomas como los hombres sufren la presión ambiente. A medida que avanzan hacia el mediodía los idiomas se suavizan y surruran, observan pintorescamente los Goncourt.

No hago sino apuntar un hecho; ahí están los libros escritos en España y los últimamente escritos en América, que no me dejarán mentir. Cualquiera sin ser «el más sutil retórico parisiense» puede apreciar esas distinciones técnicas entre un poema de Núñez de Arce y uno de Leopoldo Díaz, entre una novela de Picón y una de Romero García. El castellano en los labios de Eduardo Calcaño se hace musical y se *italianiza* casi; en Madrid, el maestro de los «Pequeños Poemas» lo oía extasiado. Don Juan Valera presintió esta distinción al saludar el *Azul* de Darío como un primoroso libro francés escrito en castellano.

Efectivamente que esas diferencias son menos perceptibles entre los escritores de principios á mediados del siglo, que cita Gómez Carrillo, pero en los últimos años el gusto por las literaturas extranjeras, y especialmente por la literatura francesa, ha aumentado muchísimo. Que el idioma ha sufrido en su pureza y que giros y formas exóticas se han introducido en su índole, pruébanlo las críticas de los puristas de aquende y allende el Atlántico.

Otro de los efectos que ha ejercido esa creciente invasión de las literaturas extranjeras ha sido el de crear ó desarrollar ciertas ideas y sentimientos, y de afinar la sensibilidad; con órganos más perfectos apreciamos aspectos y matices que antes pasaban inadvertidos á nuestros ojos; los paisajes se embellecen, gozamos de los gloriosos mirajes del color, de las mil bellezas dispersas, de la vida interior de las cosas y de las almas. Verdad que en esto, como en todo y en todas partes, anda mezclada una buena dosis de novelaría ó de snobismo según se dice. Tenemos bebedores de ajenjo en Lima, en San Salvador, en Caracas, y neo-místicos y decadentes y hasta señoras ibsenianas no faltan en recónditos pueblos del Continente.

La tradición española es débil entre nosotros; así fácilmente aceptamos lo que nos venga de otras regiones y nos asimilamos quizás con demasiada rapidez elementos extraños. El movimiento literario «modernista» que hace diez años poco más ó menos empezó á manifestarse en América, comienza ahora, según el mismo Gómez Carrillo á revelarse en España con Martínez Ruiz, Valle Inclán, Benavente, Rueda y otros á la cabeza; pero tienen ellos que luchar más con la tradición indomable y con la índole de la raza. El público español se ha mostrado rehacio á las ideologías dramáticas del insigne Pérez Galdós, se ha reído del Teatro libre y de los entusiasmos de Rusiñol el poeta pintor. (1) En América el público—con quien forzosamente ha de contar el artista—tiene menos preceptos que respetar y es menos rebelde á las innovaciones. Los estudios cosmopolitas de Gómez Carrillo encontraron acogida en América primero que en España en donde no hace mucho han sido muy bien recibidos por un círculo selecto.

A la influencia del medio no le pone pero Gómez Carrillo, á lo que sí le hace ascos es á aceptar que la raza española se haya mezclado con otras en el Nuevo Mundo. ¿Acaso no es Gómez Carrillo de Guatemala ó ha olvidado la historia social de estos países? Diga si quiere que no cree en la herencia étnica y ya esa es harina de otro costal. En mi primera crónica del *Mercure* escribí: «El europeo, el indio y el africano han aportado elementos diversos á nuestro Yo; en cada glóbulo de nuestra sangre se libran las batallas que á través de la historia y de las conquistas han librado entre sí estas tres razas diferentes, ay! si no enemigas; á nuestros cerebros ascienden, según el momento, las aspiraciones, los defectos, las cualidades de cada una de esas tres estirpes. Y es por eso que siendo en apariencia simples y pertenecientes á una humanidad nueva, somos en realidad de una psicología complicada y contradictoria: fatigados en cierto sentido, llenos de energía por otra parte. Las inmigraciones y los cruzamientos han hecho de nosotros una raza bastante distinta de la española que se ha mezclado con razas más homogéneas y se ha conservado solitaria y altiva en medio de sus tradiciones como el Palacio del Escorial en medio de la llanura árida y asoleada»..... «El Nuevo Mundo es un inmenso laboratorio de sociología, en donde se amalgaman las razas más diversas y se producen las más extrañas crisis de energía y los más misteriosos desfallecimientos.» Y en número posterior á propósito del consejo que nos da Clarín de no «disolvemos» y de permanecer fieles castellanos: «Bien, pero que no olvide el crítico que las colectividades como los individuos obedecen á leyes de evolución y crecimiento, que nosotros en la actualidad y por *instinto de conservación* necesitamos *comer ideas* y que como no las hemos encontrado siempre en España las hemos ido á buscar á otras partes.»

(1) Léanse las crónicas literarias de Güell y Mercader.

En el fondo no he inventado ninguna teoría, no he hecho sino aplicar á la literatura, tal vez mal porque estoy lejos de ser un doctor en ciencia social, las deducciones de la sociología, pues que alguna explicación hemos de encontrarle á los fenómenos mentales; pero cualquiera podría convencerme de que yerro, trayéndome al buen camino y asegurándome así, si no la gloria eterna, la paz ofrecida en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Al final del artículo en cuestión el autor alaba las ideas del señor Orrego Luco, el cual ha dicho con más claridad y arte lo que yo me esfuerzo en explicar en mis crónicas del *Mercure*. Pero Gómez Carrillo, como dije al principio, quiere aplicarme la ley del talión. Ganas me dan de mandar á paseo la manía crítica que así turba las relaciones entre camaradas. Pero dicho está que no es posible mover una mano ni pronunciar una palabra sin destruir algo en el universo moral ó material.

PEDRO-EMILIO COLL.

Escrito á vuelo pluma en junio de 1898.



En un álbum de artista

POR JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



LABEN otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento. Siendo igualmente justo te habré dicho sin duda mucho más.— Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier á los grandes mármoles de Leconte, amaron en el poeta el dón de una impassibilidad que resguardara á las líneas del cincel impecable del peligro de un estremecimiento. Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelicano; porque sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos al mismo tiempo un arrullo para nuestro corazón y un eco para nuestras tristezas.—Ellos le hablaban para decirle: “Haznos, estatuario, una estatua. Que lllore ó ría; que muestre el gesto del amor, de la meditación, ó del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura.” Nosotros le decimos: “Escúlpenos una elegía en mármol negro; y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón.” Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisieramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisieramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.....

Montevideo.

La visión de Tomás II rey de Bosnia

LEYENDA BOSNIACA

(POR M. COLONNA)

I

El rey Tomás se pasea á grandes pasos por su habitación en tanto que los soldados duermen sobre su armas; el rey no puede dormir porque los infieles tienen sitiada la ciudad y Mahoma ha prometido enviar su cabeza á la gran mezquita de Constantinopla.

II

Muchas veces se inclina fuera de la ventana y pone oído atento: en el silencio de la noche no se oye otro ruido que el de un mochuelo que grazna tristemente sobre el techo del palacio, previendo tal vez que muy pronto tendrá que buscar otro nido para sus hijuelos.

III

Con todo, no es el mochuelo el que causa el ruido que ahora siente; ni es el resplandor de la luna el que brilla de ese modo sobre las vidrieras de la iglesia de Klouth, en la cual resuenan los tambores y trompetas y las antorchas encendidas han cambiado las sombras por la luz.

IV

En torno del rey Tomás duermen sus fieles servidores, y ningún otro oído que el suyo ha escuchado el espantoso ruido: el rey sale de la cámara con el sable en la mano, pues ha comprendido que el cielo le envía una advertencia sobre el porvenir.

V

Con mano firme abre la puerta de la iglesia; pero el valor le abandona cuando mira lo que hay en el coro: con todo penetra en el templo llevando en la siniestra un amuleto de probada virtud.

VI

Y era bien extraña la visión: el suelo de la iglesia se encontraba sembrado de muertos y la sangre corría como los torrentes que descienden en otoño hacia el valle de Prologh: el rey avanzó saltando por sobre los cadáveres y metiéndose hasta el tobillo en los charcos de sangre.

VII

La sangre era de los cristianos; y los cadáveres los de sus fieles servidores: un sudor frío corrió á lo largo de los dedos del rey y sus dientes castañetearon de horror.

VIII

En medio del coro y cerca del altar profanado, estaba Mahoma, con la mirada feroz y el sable rojo de sangre hasta la empuñadura: delante de él Tomás I presentaba humildemente su corona al enemigo de la cristiandad.

IX

Mahoma sonreído tomó la corona, la hizo pedazos bajo sus pies, y dijo:—Radivoi; te doy mi Bosnia para que la gobiernes; y quiero que estos perros te nombren su señor. Radivoi se prosternó y besó la tierra empapada de sangre.

X

Mahoma llama á su Visir:—Dale á Radivoi el caftan que ha de ponerse; y el caftan que le dan es más precioso que el brocado de Venecia, porque es de la piel de Tomás, desollado por su hermano.

XI

Y el buen rey Tomás sintió las manos de los infieles desgarrar sus vestidos; y vio como le desprendían con sus yataganes la piel hasta las uñas; y observó con qué júbilo se revestía con élla Radivoi.

XII

Entonces:—Tú eres justo, mi Dios, al castigar á un hijo parricida: dispón de mi cuerpo como sea tu voluntad; pero ten piedad de mi alma. Al nombre de Dios la iglesia tiembla, los fantasmas se desvanecen y las luces se extinguen de repente.

XIII

La visión se borró como el rápido meteoro que ilumina un instante la tierra y desaparece súbitamente entre las tinieblas de la noche.

XIV

El rey buscó á tientas la puerta de la gran iglesia, y salió: soplaban un aire puro y la luna doraba los techos vecinos: el rey habría podido creer que la paz reinaba aún en Klouth si una bomba caída delante de él no le hubiera dado la señal del asalto.

Cuentos chicos

¡TOMERO!

(POR RAFAEL BOLÍVAR)

PARA "EL COJO ILUSTRADO"



ACE algunos años, en La Guayra, y en el *restaurant* denominado "El Gato Negro," se reunían varios caballeros de buen humor á pasar algunas horas de la noche. Escribían versos, improvisaban canciones alegres, ponían charadas, adivinanzas y logogrifos, sazonado todo esto con buenos tragos de licor, entre carcajadas sanas y francas y paliques llenos de gracia y de colorido.

A estas reuniones solía asistir un alemán, recién venido al país, que no entendía ni jota del español, pero á quien encantaba la charla chispeante y algunas veces colorada de aquella gente alegre. Y de modo tal le sugestionaron los miembros de esta *sociedad*, que en una de sus *tenidas*, se le ocurrió al grave germano dar una prueba de su ingenio.

Y exclamó:—*Señogues, yo tengo un chagado!*
—¡Que la suelte!—dijeron todos.
Y agregó el alemán:—*Mi pimego con mi tecego, estuvo un animal cuadípego; mi segundo con mi tecego, estuvo un pizcado; mi tecego con mi segundo, estuvo un gan ciudág cambiando el último letro; mi tecego con mi pimego, estuvo un plato pagtido pog la mitág; mi pimego con mi segundo, estuvo un vegbo que yo conjuaga con mucho guosto; y mi todo, estuvo un pueblo de Venezuela.*

Terminó lo que llamaba su charada del alemán, y es inútil decir que la reunión se quedó como quien ve visiones.

Aquello no le entendía ni el hombre que asó la manteca.
A los quince minutos, ninguno de los caballeros presentes quiso seguirse rompiendo la cabeza con aquel logogrifo.
Por fin, uno de los más audaces preguntó al excelente extranjero:—*¿Y dónde queda ese pueblo, musii?*

A lo que respondió muy gravemente el alemán, después de echarse al coletto una buena copa de cerveza:—*En Agagua!*

Este dicho complicó más la cuestión. Se consultó hasta un texto de la Geografía de Venezuela, y el pueblo aragüeño no apareció por ninguna parte. Se pasó otra buena pieza de tiempo; y á la postre, aquellos caballeros se dieron por vencidos y así lo confesaron.

Y dijo el alemán:—*¿Están degotados?*
—Sí, contestaron en coro.
—*¿Se quinden?*
—Sí, replicaron.
—*Pues, señogues, el todo de mi chagado es Tomero, dijo el musii haciendo un esfuerzo inaudito.*

Este todo superfrotológico fue recibido con una carcajada general.

—; Que explique su charada!—dijo uno ahogándose.

Y el hermano sudando la gota gorda y raspándose la garganta como con papel de lija, agregó:

—*Pimego y tecego*, TORRO; *segundo y tecego*, MERRO; *tecego y segundo*, ROMA; *tecego y primero*, ROTO; *pimego y segundo*, TOME; *todo*: TOMERO.

—Protestamos!—exclamaron todos aquellos hombres á una. En Aragua no hay pueblo de ese nombre. El único que puede parecerse es *Turmero*; y de *Turmero* á *Tomero* es como de aquí á Berlín.

—Entonces, ¿no sigioe mi chagado?—preguntó seriamente.

—No señor!

—*Pues cagamba, jugo que no hago chagados más nunca; y pegjugo que no vengo más tampoco á esta geunión de la choquiza.*

Y se marchó furioso.

Maracay—1898.

En el Panteón

(RECUERDO DE PARIS)

POR ALIRIO DIAZ GUERRA

A Diego Mendoza



los grandes hombres: la patria agraciada." Encima de la portada del templo, se ofrecen á la contemplación del universo estas lacónicas cifras talladas en granito por el cincel de la Gloria.

Bajo aquella inscripción solemne se apagan las palpitaciones de la materia y se abren al espíritu los horizontes de la inmortalidad.

Y en el interior de aquellas naves; bajo aquella cúpula; en aquella atmósfera de recogimiento; al fulgor de aquella luz que se difunde en ondas melancólicas y vagas y baña en misteriosos tintes los objetos todos, escúchase algo como el aleteo imponente de voces que descienden de lo alto y en una gama de sonidos mágicos, hablan idiomas desconocidos, y, á manera de escala fulgurante, álzanse otra vez desde la profundidad de los abismos hasta las serenas excelsitudes de los cielos.

Aquí la paleta, en explosión de colores, despierta á vida eterna nombres y hechos que pasan á la historia, allá la estatuaria modela en mármol y burila en bronce figuras que, con resplandores de astro, al través de larga noche de siglos en que duermen, proyectan claridades inefables en los senderos de la humanidad; allí el arte corintio sustenta la majestuosa bóveda con sus parábolas atrevidas y sus esbeltas columnatas; y más allá, en consorcio indisoluble, idealizado por feliz alegoría, la Libertad y la Francia cifien con laurel y mirto la frente de sus hijos ilustres.

Y abajo, en la opacidad de una penumbra sofoclienta, amparados de la torpe profanación de las multitudes; á la sombra de catacumbas silenciosas á donde no llega el tumulto del tráfigo mundano, reclinan la cabeza pensadora sobre duros almohadones de piedra, batalladores esforzados de la idea, abanderados de la legión suprema de los inmortales.

Si entre aquellos pilares que forman los nichos en que reposan; si en el centro de aquella inmensa cripta en que se esconden, alzáis, oh,

viajero! la voz y osáis interpelarlos, un eco cien veces repetido, con la sonoridad de un rumor exarafa de ultratumba, responde á vuestro llamamiento; y os parece escuchar, mezclados á los acentos vibradores del tribuno revolucionario, la carcajada demoleadora del defensor de Calas; el verbo seductor y fogoso del autor del "Contrato social"; el estertor agonizante del furibundo jacobino, cuya trágica muerte hizo famoso un nombre de mujer; el grito: "Firmes!" del "primer granadero francés"..... y las convulsiones, en fin, de ese cerebro poderoso que forjó los rayos de sus cóleras sublimes en los peñascos de Guernesay, y lustros más tarde presencié la apoteosis que le tributó el universo representado en París: París, la inmensa ciudad, "la que ama y piensa!".....

Oh, templo augusto y soberano! En tus naves no hay altares místicos, ni en tus capillas se asilan los ídolos á cuyas plantas crece y medra la superstición; dentro de tus amplios muros no resuenan cánticos de alabanza y gracias á los dioses falsos, sino himnos triunfales á la idea que ha revolucionado las conciencias y marcado seguro derrotero á la humanidad; en las agujas de tus torres no hace piruetas Cuasimodo: iza en ellas su estandarte invencible la civilización; los bronces de tu campanario no se echan á vuelo al paso del Mito á las regiones de la Quimera, sino en la ascensión de la inteligencia, hecha luz y fuerza, á los alcázares de la inmortalidad. En tu tabernáculo, consagrado por la voluntad de un pueblo activo, sólo perdura un culto: el de la inteligencia; sólo oficia un sacerdote: la Gloria: sólo se quema un incienso: el de la gratitud nacional.

Aquel, que llevado en hombros de la admiración pública, traspasa el umbral de tu portada, se transfigura y se alza á lo alto y va á alentar en la constelación de soles que han convertido en aurora inextinguible las medrosas lobregueces en que, por siglos de siglos, vivió agitándose la razón humana.

Próximo á la alborada de la actual centuria; en medio de los gigantescos espasmos de la imponderable lucha, cobijaste con el pabellón de tu cúpula "la cabeza más pujante de la Francia", cuando herida por el frío beso de lo irremediable, se desplomó sin vida en brazos de la revolución y de la gloria.

En vano ha intentado el vulgo idólatra hacer flotar el Mito bajo las arcadas de tus naves. Al fulgor de la antorcha que agita por entre la mal cerrada losa de su sepulcro el brazo poderoso, el brazo batallador, la Quimera ha huído vencida y ofuscada, y te ha dejado solo, aislado, imponente, único, con tu religión propia, con tu propio culto, con tus dioses verdaderos.

Y como tributo máximo de respeto al prodigioso siglo que agoniza, eriges nuevo altar y recoges en él otras cenizas y á la Fama regalas otro nombre.....

A quién que hoy á tu interior penetre, no le parecerá oír el estruendo del igneo carro del Apocalipsis turbando tu silencio, y poblando el ambiente de paz en que te envuelves con las estrofas de fuego de la "Leyenda de los Siglos?".....

Oh, templo!..... Bajo tu cúpula no se albergará jamás el Mito: sólo te es dado servir de tabernáculo á la Gloria!

Billetes de Banco

POR EMILLE HIZELIN

De los billetes de Bancos, rotos, picados ó desteñidos, hacen los americanos una especie de pasta; y han inventado á este efecto una máquina que parece devorarlos con buen apetito.

El espectáculo es agradable: se entrega á una fina boca de cobre los paquetes prensados de billetes; el engranaje se pone en mo-

vimiento y se oye de repente el ruido de una discreta masticación: y paquetes y más paquetes son ofrecidos á la incansable devoradora.

Muy pronto la máquina derrama y extiende sobre una plancha de mármol blanco, una especie de pasta incolora que se endurece poco á poco.

¿Qué hacer de esta pasta, sino bustos? ¿y qué bustos si no el de los Presidentes? El de Cleveland ayer, el de Mac-Kinley hoy.

Se venden estos bustos por una miseria: un dollar poco más ó menos. ¡Pensad que solamente el material vale cien mil por lo menos.

Los americanos jóvenes y viejos (si en América esta distinción añeja corresponde á alguna cosa) cuando levantan los ojos hacia el zócalo donde se yergue la figura del Jefe de la Confederación, tienen la confusa y conmovedora percepción de lo que él representa, no sólo en su forma sino en su substancia.

Por cuántas almas, algunas un poco ruines, por cuántos esfuerzos quizás muy dolorosos, han sido deseados y adquiridos los billetes de banco así transfigurados! Por cuántas manos ignoradas han pasado, en cuántos portafolios se han visto, bajo cuántos sobres sellados con lacre han sido introducidos, en cuántas cajas de hierro de aire frío y enmohecido han sido amontonados: han sido disputados, arrancados, robados; han sido dados por el amor, abandonados por la amistad (esto ha hecho, sin duda, que el señor Presidente tenga una especie de sonrisa) han representado, en fin, la más constante preocupación del género humano, sus angustias, sus esperanzas, sus ensueños, su piedad, su orgullo: han representado el verdadero reino, cuyo centro está en todas partes y la frontera en ninguno. Y hé aquí que dominan aún á los hombres, puesto que forman el busto del señor Presidente.

Considérese, por otra parte, lo que hay en esta inversión de grandiosos, obtenido económicamente. El becerro de oro constituía un gasto inútil: era oro arrebatado á la circulación; ese oro no trabajaba más: peligroso ejemplo. Saludemos á la estatua en que el oro conserva su valor metafísico sin que en realidad sea un gasto puesto en contribución.



SECCION RECREATIVA

Elección difícil

El Concejo Municipal de North Wolsham acaba de celebrar una sesión muy curiosa con motivo de la elección de presidente. Dos candidatos se disputaban el puesto: el mismo presidente que salía y el reverendo Owen. La rivalidad entre los dos era grandísima, y todo el pueblo se hallaba dividido en dos campos poco más ó menos iguales, asegurándose generalmente que la elección sería en extremo difícil. Llegó el día señalado y la municipalidad se vio invadida por una multitud tumultuosa; los concejeros hablaban con sus clientes por sobre la barrera de separación; los coloquios en alta voz degeneraban ya en pleitos cuando se proclamó que iban á abrir la votación.

Restablecido el silencio, votaron los concejeros, en número de doce; y al verificarse el escrutinio se vio que cada uno de los rivales había obtenido seis votos. ¿Qué hacer en esta circunstancia? Los concejeros de una y otra parte se determinan á pasar la noche en el lugar de las sesiones, con la esperanza de que alguno de los adversarios, agobiado por la fatiga y el fastidio resolviera dejar el campo y pudiera efectuarse la elección.

Eran las siete de la noche, y á eso de las diez el cansancio determinó una especie de acuerdo entre los contendores. Dos adversarios salieron á la vez en solicitud de cigarros y bebidas. La sala se transformó en un fumadero. A las once les envió un fondista vecino café, pastas y diversos juegos, barajas, damas, ajedrez, etc. Los espectadores comenzaron á cantar, y como nadie los hizo callar, siguió muy divertida la sesión. Cerca de las dos de la mañana,

algunos miembros del Concejo dieron muestras de cansancio, y por último celebraron un convenio. En cada uno de los dos campos se escogió al más rendido y se le envió á su casa bajo juramento de no volver. A las tres todos estaban dormidos, y cuando se despertaron á las seis, estaban bajo el mismo pie de igualdad. Fastidiados al fin de la lucha, volvieron á sus casas y hasta hoy no se ha resuelto nada, sin que pueda prever el momento favorable para que el Concejo de North Wolsham tenga nuevo presidente.

Restaurant automático

A pesar de los incesantes progresos del mecanismo moderno, todavía no conocíamos el restaurant automático.

El espíritu ingenioso de los americanos nos lo debía revelar. El arrendador norte americano de un bar á precio fijo, considerando que el empleo de muchachos es á la vez un motivo de lentitud en el servicio y aumento de los gastos generales, tuvo la ingeniosa idea de suprimir radicalmente su personal y reemplazarlo por el siguiente sistema. Delante de un mostrador lleno de víveres que forman una comida completa y alineada en el orden del menu, circula con un movimiento lento y regular, una especie de correa sin fin. Sobre esta correa, colocada á la altura necesaria, se sienta el consumidor, quien, llevado sucesivamente desde el *hors-d'œuvre* hasta los postres, pasa de este modo delante de la comida. Si tiene gran apetito se ve obligado á comer lo más rápidamente posible y emplear bien el tiempo de su viaje alimenticio, pues la velocidad del aparato está organizada para ahorrar igualmente al estómago del consumidor y los gastos del bodeguero. Al llegar al término de su viaje, es decir al extremo de la correa, el cliente se encuentra súbitamente abandonado de su asiento móvil, y colocado en tierra, no sin brutalidad. Esta conclusión algo brusca no es agradable á todo el mundo, particularmente á los acabados de llegar, que no están acostumbrados á las reglas de la casa. El dueño los calma como puede, les explica que es por su bien y que haciéndoles abandonar tan rápidamente la mesa trata de evitarles una indigestión. Pero lo que no dice, y sin embargo es interesante conocer, es, si les está permitido á las personas de lenta masticación, guardar en los bolsillos el resto de la comida.

Efecto de las balas dum-dum sobre los tejidos del cuerpo humano

M. von Bruns (de Tubingue) ha hecho, sobre cadáveres colocados á 25 metros de distancia, cierto número de experiencias con el fusil de ordenanza y de proyectiles con la punta descubierta (balas dum-dum). Y ha probado que producen un efecto infinitamente más destructor que todos los que han sido empleados hasta hoy. En la mayor parte de las preparaciones, las partes blandas se destruyen á tal punto que no hay que hablar de orificio de entrada ni de orificio de salida, y en caso en que se pueda distinguir un orificio de entrada, no presenta la forma de una simple rotura alargada, como sucede con las balas compactas á cortas distancias, sino al contrario está desgarrada en pequeños pedazos. Se trata pues, de una verdadera explosión. La destrucción es todavía más completa cuando el proyectil toca el hueso. En cuanto á la deformación del proyectil, que constituye la causa de este considerable efecto sobre el cuerpo humano, la punta que no está revestida se achata al contacto de la piel, y esta deformación del plomo hace saltar la cubierta en pequeños fragmentos arrollados. El plomo estalla en multitud de pedazos que se dispersan en los tejidos del organismo. Estas experiencias autorizan más que nunca esta tesis: los proyectiles completamente rodeados de una cubierta son relativamente benignos en sus efectos. El empleo de estas nuevas balas, debe ser considerado como absolutamente inhumano. M. Bruns cree pues, estar de acuerdo con los miembros del Congreso al expresar el deseo de que la Convención de San Petersburgo de 1868 sea completada por un decreto internacional que prohíba el empleo de las balas cuya punta esté desprovista de la cubierta y que la dirección del ejército tome la iniciativa de esta determinación.

Flores fecundadas por los murciélagos y los insectos

Se sabe que los insectos al posarse sobre las flores son muy útiles para la fecundación floral, porque involuntariamente llevan el polen al estigma. Fuera de los insectos voladores, no se sabía hasta el presente sino de los colibríes, servidores al mismo fin. Hoy tenemos también á los murciélagos, según lo observado por Mr. Hart, superintendente del Jardín botánico de Trinidad, quien ha estudiado la fecundación en el *Bauhinia magalandra*.

El *Bauhinia* es un árbol de 10 metros de altura, cuyas flores, largas, se desocgen por la tarde, desde las seis en Enero. Media hora después del desocimiento pueden verse volar de flor en flor, semejantes á las mariposas, varias especies de murciélagos.

Después que uno de ellos ha visitado la flor, los blancos pétalos se desprenden y caen. Al día siguiente por la mañana el suelo está alfombrado de pétalos y sobre el árbol no queda intacta una flor.

Es menester advertir que las flores del *Bauhinia* no tienen néctares. Probablemente los murciélagos se posan sobre estas flores en busca de insectos para su manutención. Mr. Hart dice que para apresarlos los murciélagos se sitúan de tal manera sobre la flor que ello hace determinar la fecundación: es decir, colocan el polen en el estigma.

Es de sentirse que Mr. Hart no dé más detalles sobre este punto que es de tanta importancia.

Él agrega que á las flores de otro árbol, el *Eperna folcata*, acude otra especie de murciélagos llamados *Glossonycteris Geoffroyi*, cuyas patas son parecidas á las de los colibríes. Cuando este murciélagos vuela, casi se asemeja á una mariposa nocturna.

Ya que hablamos de la fecundación de las flores por los animales, recordemos un artículo que publicamos en otra ocasión analizando las indagaciones de Mr. Plateau, y tendente á establecer que las flores no atraen á los insectos ni por la forma ni por el color sino por el olor. Mr. Plateau ha hecho multitud de experiencias, en cuyos detalles es muy difícil entrar; contentémonos con reproducir las conclusiones á que llegó el sabio naturalista:

A.—Los insectos al buscar el polen ó el néctar no se dirigen á las flores que guardan estas sustancias sino de manera muy accesoria á la vista. En efecto:

- 1º—Ni forma ni colores vivos parecen tener atractivo importante;
- 2º—Los insectos visitan activamente las capitulas de los Compuestas umbeladas de las Umbelíferas que no hayan sufrido mutilación; pero cuya forma y color estén disfrazados por hojas verdes;
- 3º—Los insectos continúan visitando las flores ó las inflorescencias en donde está suprimida la totalidad casi de órganos coloreados, pétalos, corolas enteras, florones, etc.; etc.;
- 4º—Ellos no manifiestan ni preferencia ni antipatía por los diversos colores que puedan presentar las flores en las variedades de especie ó de especies vecinas, pasando de una flor blanca á una azul, de una purpúrea á una rosa pálida, etc., etc., sin escoger ni apreciar;
- 5º—Existe gran número de flores verdes ó verdosas poco visibles en la fronda; sin embargo los insectos las descubren y las visitan activamente;
- 6º—Ellos no se fijan de ordinario en las flores artificiales de papel ó tela, colores vivos y bien imitados, aunque ellas estén vacías ó contengan miel; aun parece que las evitan;

7º—Por el contrario, las corolas artificiales de hojas vivas y en consecuencia de olor vegetal natural, verde común y conteniendo miel son visitadas por gran número;

8º—Los insectos van seguramente hacia las flores de polen ó néctar guiados por un sentido que no es el de la vista y el cual no puede ser otro que el del olfato. En efecto:

- 1º Ellos van sin hesitación hacia las flores abandonadas por ausencia ó pobreza de néctar, desde el momento en que se coloque en ellas néctar artificial representado por miel;
- 2º Los insectos dejan de visitarlas cuando, respetando los órganos coloreados, se quita la parte nectarífera de la flor y vuelven si se la reemplaza ulteriormente con miel;
- 3º Basta meter néctar artificial odorante, es decir miel, en otras flores anemófilas verdes ó grises, no vistosas, casi nunca visitadas, para atraer insectos en gran número.

Hé aquí una cuestión resuelta matemáticamente. Queda ahora por saber por qué las flores tienen tan bellos pétalos. El buen Bernardino de Saint Pierre hubiese dicho que para hacer lindos ramos. La realidad debe ser un poco más complicada.

HENRY COUPIN.

Lucha entre el cañón y la coraza

La lucha emprendida desde hace largo tiempo, con iguales probabilidades, entre el cañón y la coraza (todo progreso de una parte era compensado inmediatamente por un nuevo perfeccionamiento de la otra) acaba de ser marcada por una victoria del cañón, debida á un verdadero descubrimiento que introduce un nuevo elemento en la ciencia de la balística. Antes del acontecimiento que vamos á relatar, la coraza había quedado victoriosa. Las placas de blindaje, de acero y de níquel, del tipo Harvey, es decir, de un espesor de 254 milímetros, con la faz anterior endurecida, y en

seguida forjada, se habían dejado dañar por los proyectiles Holtzer y Sterling-Wheeler (los que poseen mayor fuerza de penetración) pero no se habían dejado atravesar. La punta de las bombas. La punta de las bombas de obús es la única que ha podido penetrar en las placas. Fue entonces cuando un americano, M. Johnson, ideó guarnecer las puntas de las bombas con un gorro de acero, de forma cilíndrica, con un diámetro igual á la mitad del diámetro del proyectil y que tiene una pequeña cavidad destinada á contener una materia lubricante.

Por inverosímil que parezca, en principio, la influencia favorable á la penetración de un dispositivo semejante, es lo cierto que el resultado fue maravilloso. La famosa coraza, invencible hasta entonces, fue atravesada de parte á parte por los proyectiles abotonados de Johnson.

La teoría de esta acción es difícil de establecer. Se atribuye al gorro de acero un doble papel: primero, mantener la punta del proyectil en su forma, al principio de la penetración; en seguida por la condición que sufre bajo la influencia del calor desarrollado por el choque, constituye un verdadero lubricante, facilita la entreaña de la punta, y prepara así el hueco por donde pueda penetrar el resto del proyectil.

Sea como fuere, el cañón es ahora vencedor. Los fabricantes de coraza tienen que oponerle placas aún más resistentes.

Academia de mujeres

La conquista femenina progresa. Un grupo de mujeres de letras, francesas, ha resuelto fundar una Academia compuesta únicamente de escritores del bello sexo.

Ya se han verificado varias reuniones preparatorias; hé aquí la lista de las cuarenta inmortales que han salido de aquellas laboriosas deliberaciones:

Edmond Adam, Simone Arnaud, Arvède Barine, Jean Bertheroy, Marie-Anne de Bovet, Jeanne Chauvin, Judith Cladel, Comtesse Colonna, Alphonse Daudet, Dieulafoy, M. L. Gagner, Eugène Garcin, Judith Gautier, Henry Gréville, Gyp, Robert Halt, Mary Léopold-Lacour, Jean Laurent, Daniel Lesueur, Max Lyan, Jeanne Mairet, Hector Malot, Marni, Marie Maugeret, Catulle Mendès, Mesureur, Louise Michel, Michelet, Marie-Louise Néron, Leconte de Noy, G. de Peyrebrune, Rachilde, princesse Ratazzi, Clémence Royer, Georges Renard, Léoni Rouzade, Rostand (Rosemond Gérard), Séverini, Mary Lummer, Astié de Valsayre.

Algunas de estas señoras han sido nombradas sin su consentimiento, pero naturalmente se les rogará su adhesión. Si algunas no aceptan, serán reemplazadas.

Después se reunirá la Academia de mujeres francesas..... y no redactará diccionario.

Comercio de Inglaterra con sus colonias

El valor de los productos de las colonias inglesas, importados en Inglaterra en 1897 se eleva á 2,350 millones de bolívares: dieciocho millones más que en 1896.

Pero ha habido disminución del valor de las exportaciones de la metrópoli hacia sus colonias, pues ha pasado de 2.100 millones en 1896 á 2.018 en 1897.

Estas exportaciones de Inglaterra se reparten entre sus diversas colonias de la manera siguiente:

	1896	1897
	Millones de bolívares	
Indias Orientales	825	773
Australia	548	533
Canadá	134	120
Cabo	345	335
Indias Occidentales	53	45
Hongkong	45	49
Oeste africano	46	45
Este africano	20	18
Otras colonias	84	91
	2,100	2,018

Desarrollo de la marina de guerra japonesa

Según el *Japón weekly Mail*, la flota de guerra del Japón comprende (con los buques que le ha quitado á China) un conjunto de 44 buques, entre los cuales hay 2 grandes acorazados, lanzados en 1896 y un crucero en 1897; hay además en astillero un acorazado, 3 cruceros y un aviso.

Uno de los cruceros, llamado el *Akashi*, y el de aviso, se terminarán en este año; los otros probablemente en 1899; el acorazado que se llama *Shikishi ma*, contendrá 50 cañones y tendrá una capacidad de 15,037 toneladas, es decir que será de enormes proporciones.

Masculinismo

Dice un periódico del exterior que la *Raud Post*, diario neerlandés de Johannesburg, cuenta que un individuo de nombre Mariano, causó un grande escándalo en la iglesia del arrabal de Fordsburg á la cual entró vestido de mujer en momentos en que los fieles estaban reunidos. Interrogado por los mayordomos de fábrica, que pretendían expulsarlo, se defendió diciendo que tenía derecho á vestirse de mujer puesto que todas las mujeres llevaban un traje casi masculino; y desafió á los mayordomos á que le probasen con la Biblia, que no vistieron de la misma manera Moisés y Aaron: la controversia interrumpió las ceremonias y los mayordomos sin escuchar las citas bíblicas del erudito, lo arrojaron á la calle, donde fue rodeado por una alegre multitud que lo escoltó hasta su casa. Se puede no participar de la opinión de este honesto transvaalano; pero hay que convenir en que es una injusticia no dejar á los hombres vestirse de saya y corpiño, cuando las mujeres se han arrogado el derecho de llevar ropa de hombres. Hace mucho tiempo que el feminismo atrae toda la atención y todos los favores: ha llegado la hora de fundar el masculinismo.

Casos de nieve roja

Una revista alemana, *Das Wetter*, da interesantes informes sobre algunos casos recientes de caída de nieve roja.

M. Müller, inspector de los trabajos de Karlshof, en Silesia, fue el primero que dio cuenta de un fenómeno semejante: el 6 de marzo último, en Raibl, á 900 metros de altura, llovió bastante fuerte, y al siguiente día nevó abundantemente; y entre 3 y 5 de la tarde la nieve que cayó tenía un tinte rojo amarillento muy marcado; el día siguiente también nevó, pero la nieve era blanca. De modo que la capa de nieve acumulada presentaba, en la parte inferior, una banda de 0, m 15 de nieve blanca, en seguida una de 0, m 06 rojo amarillento, parecida á la tierra de Siena y en fin una de 0, m 15 de nieve blanca.

M. Stade, que hace observaciones sobre el Brocken, señala la coloración de las nieves del Brocken y de los picos vecinos, del 8 al 10 de marzo, con un tinte rojo parecido al del mohó.

Esta coloración no es, por otra parte, general, pero se manifiesta por manchas y bandas. Parece debido á un sedimento aéreo que se posa sobre la capa de nieve, aunque las partículas no puedan distinguirse á la simple vista.

El pintor Munkaczy

Encontramos en la *Presse internationale* que dirige M. Máximo Serpelle y sirve de lazo entre las diversas asociaciones de periodistas en Europa, algunas noticias sobre la salud actual del pintor Munkaczy. Se sabe que desde hace largo tiempo el autor de *Cristo ante Pilatos* está encerrado en Enderich, cerca de Bonn, en la casa de salud donde murió Roberto Schumann, y en la cual se pensaba que recobraría el juicio. Los médicos han confesado recientemente á la señora Munkaczy, que el mal de su marido es incurable. La mujer del pintor, va continuamente á verlo, pues habita su castillo de Colpach en el Luxemburgo, á seis horas de Bonn: ordinariamente le encuentra muy calmado, casi sonriente y satisfecho de su residencia, que rehúsa cambiar por otra. Los esposos pasean continuamente en carruaje, lo cual parece complacer á Munkaczy; pero nada vibra en él cuando se le habla de su arte. La señora ensaya piadosamente persuadirlo de que jamás sus obras han sido más admiradas

y él torna hacia ella los ojos indiferente sin responder una palabra. Un día le propuso hacer venir de París todo lo necesario para pintar: la vio profundamente y respondió:—"No podría." En ciertos momentos el pintor se da cuenta de su estado y lleno de ideas religiosas no espera que su curación se realice sino por un milagro. Solamente de lo alto—decía una vez á la señora de Munkaczy—puede venir el remedio. Últimamente la señora recibió una carta de él, escrita en húngaro. Como no conoce este idioma, se apre-

está formada sino por las bucales, ó sonidos de resonancia.

La explicación de esta particularidad es muy sencilla: los sordomudos no pueden aprender á hablar sino por la vista: ven la forma de la boca, de la nariz, las mejillas del profesor, y después de haberle dado á sus resonadores naturales una forma idéntica, soplan como harían en una botella, sin hacer uso de las cuerdas vocales: este resonador da solo su nota, que es la bucal.

En resumen, el tipo de la voz hablada es el de los sordomudos; En la de los oradores y cantantes (hombres) la nota bucal y la nota laríngea están generalmente bien asociadas; se oye y se comprende. Pero en la voz de muchas cantatrices, la nota laríngea domina á costa de la bucal que tiende á desaparecer. Se oye bien, pero no se comprende nada.

Congreso religioso

Los periódicos de la India favorecen el proyecto de reunir en Benarés, en 1880, el segundo Congreso de las religiones; y la última entrega del *Journal of the Maha Bodhi Society*, publicado en Calcuta, trae un interesante estudio sobre el particular. Benarés es la ciudad santa del budismo y del brahmanismo que la consideran como su capital espiritual. Los miembros del Congreso tendrán, además, ocasión de observar "el poder de la religión sobre el espíritu humano y la influencia psicológica que ejercen el cielo y el infierno en el alma de los creyentes." Se trata de elevar sobre un lugar público de Benarés un edificio especial para las sesiones del Congreso. Entre las religiones que serán invitadas á enviar delegados á Benarés, se citan: el brahmanismo veda, la doctrina de Zoroastro, el budismo, el judaísmo, la de Confucio, el taoísmo, el introísmo, el culto de Vishnú y Siva, el cristianismo, el mahometismo, la religión de los Sikhs y la de Brahma Samaí. Las sesiones del Congreso durarán treinta días y se supone que costarán alrededor de 5.000 dollars.

Memorial nocturno

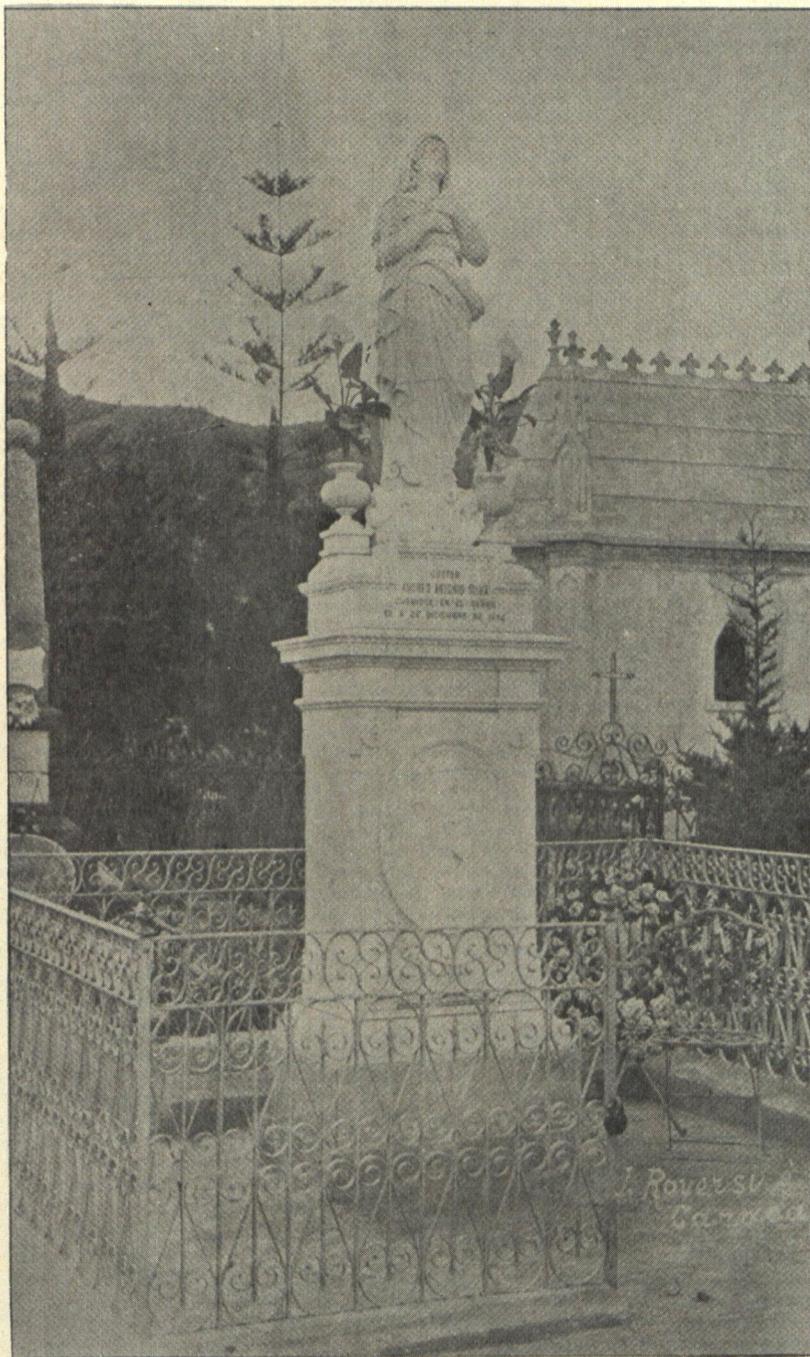
¿Quién no ha sentido resolver en su mente algún problema difícil en el período de calma absoluta que precede al sueño y aun en el curso de un sueño? ¿A quién no ha sucedido encontrar en esos momentos una fórmula feliz, una frase admirable, una idea luminosa que sólo nuestra modestia nos impediría calificar de tal?

Sucede, sin embargo, que dichas producciones del trabajo cerebral semi-consciente, que tan notables suelen parecernos, tienen también la propiedad de ser muy fugitivas; tanto es así que si nos levantamos para fijarlas luego en el papel, y muchas veces al despertarnos completamente, ya ha desaparecido toda idea, lo que sirve para evitarnos de una vez la confusión que habríamos de sentir al amanecer, teniendo que rebajar en cierto modo nuestro genio nocturno.

Muchas veces es verdaderamente notable el trabajo inconsciente de la noche, y sería muy deseable que pudiesen trasladarse al papel esas ideas fugitivas sin que haya lugar á distracciones con toda una serie de preparativos enfadosos.

Con tal fin propone M. Crenca, de Milán, un aparato que servirá para escribir en lo obscuro y con la mano bajo las sábanas.

El instrumento de que habla es una caja en la cual se va desenrollando una tira de papel, sujeta en dos cilindros, uno de los cuales puede ponerse en movimiento por medio de un botón exterior.



Monumento á Andrés Antonio Silva en el Cementerio del Sur. — (De la casa de Roversi é Hijos)

suró á hacerla traducir: la carta, aparentemente dirigida á ella, era en realidad una oración en que el desgraciado pintor imploraba del cielo el fin de sus males.

La voz de los sordomudos

En una serie de experiencias muy interesantes sobre el mecanismo de la voz hablada, M. Marage ha demostrado que las vocales pueden dividirse en dos clases: las vocales habladas, en las cuales la nota laríngea es accesoria, y domina la bucal formada por los resonadores bucco-naso-faríngeo; y las vocales cantadas, en las cuales la nota bucal desaparece casi por completo, para darle puesto á la nota laríngea.

Lo que caracteriza la voz de los sordomudos, es que las notas laríngeas faltan por completo, y no

La tapa de esta caja tiene una hendidura, ó especie de ventana transversal, y un poco más abajo de esta hendidura, y paralela á ella, se sostiene una regla.

Manifestada la inspiración del genio se coge el lápiz que estará sujeto en la caja, se pone el dedo meñique sobre la regla y se escribe en el papel que queda descubierto por la ventana de la tapa. Al llegar al extremo de esta hendidura se da vuelta al botón del cilindro y la línea escrita se aparta de la ventana, cediendo el puesto al papel blanco.

A la mañana siguiente no hay más que desenrollar la hoja de papel, y contemplar sus elucubraciones nocturnas.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

ADAGIOS Y DICHOS

QUE REQUIEREN RECTIFICACION

VII

Que el estado de castidad es más perfecto que el matrimonio.

I

Siempre nos hemos figurado que la perfección suprema en la mujer, consiste en ser una buena esposa; y por ende, una buena madre de familia.

Muy grande, muy digna, muy noble consideramos á la mujer que, apartándose voluntariamente de aquel ministerio, se consagra á la religión ó á las prácticas de la caridad; pero no concebimos que sea superior á la casada. El mundo tributa instintivamente mayor veneración á ésta.

En cuanto á sus goces respectivos, los suponemos compensados. Tan grandes nos imaginamos los de la una, como los de la otra.

¿Se objetará que aquella se priva de ciertos goces íntimos reservados al matrimonio? Pero si tales goces son indiferentes para ella, y acaso puede en general decirse que no tienen cabida en su organización; salvo en los casos determinados por decepciones ó desengaños del mundo.

II

Y por lo que hace á las contrariedades de la vida, quizá esas vírgenes no están sujetas á tantos y tan intensos sufrimientos, como los que con frecuencia asedian en este valle de lágrimas á una buena y noble matrona.

Sin aquéllas, el mundo marcharía con poca diferencia como va; sin éstas, no concebimos sino el caos.

No hablemos de esas vírgenes ociosas que en nada se ocupan del bien del prójimo. Estas no son ni para Dios ni para el mundo, y no hay que ponerlas en parangón con la mujer casada.

VIII

Amor á Dios y temer á Dios.

I

Es una antítesis, es casi una contradicción. Difícil es amar á quien se teme, y temer á quien se ama.

Con el respeto sí que se hermana perfectamente el amor, y aun pudiera decirse que es su complemento natural; pero con el temor....

Temer á Dios que es la suma justicia, á la vez que la infinita bondad y misericordia. Eso requiere también explicación; será más bien el temor de ofender á Dios, de faltar á su ley.

II

Empero: "El temor de Dios es el principio de la sabiduría"; aunque verdad es que muchos que le temen, se quedan sin pasar jamás de ese principio. Razon por la cual un escritor entendido agregó: "Pero á condición de que ese temor abarque cuanto es posible la inteligencia del ser que lo produce, y del Universo que es obra del mismo artífice."

Otro escritor, profanamente, modificó el aforismo en estos términos: "El principio de la sabiduría es conocer que somos ignorantes."

Y otro dijo: "El principio de la sabiduría es querer ser sabio."

IX

Este mundo es un valle de lágrimas.

Y de placeres y regocijos también. La prueba al canto. Son pocos los que se apresuran á salir de él; la gran mayoría de los mortales, todo lo contrario, se empeñan por quedarse lo más posible.

Este profundo abismo de miserias, es á la vez, elevada cima de grandezas; tanto en el orden moral como en el material.

Eso de: "Momentos de felicidad y siglos de desgracias," es una hipérbole. En este mundo hay tanta felicidad, por lo menos, como desgracia; tantos placeres como penas.

Sed buenos, sed generosos, sed caritativos, en suma: "No abandonéis jamás el camino de la virtud y del honor"; y encontraréis que este llamado valle de lágrimas, es á la vez valle de goces y delicias, hasta inevitables en ocasiones; á pesar de todos los pesares.

Textos. ¿Por qué, ¡oh hombre!, vituperáis al mundo? El mundo es bellísimo, arreglado por la mejor y más perfecta razón; aunque para vos pueda ser impuro y malo, porque vos sois impuro y malo en un mundo bueno." (MARCILIO FICINO. Traducido del inglés por don Emilio Soullère.)

"Bello es el mundo, sí, la vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama;
Sólo no encuentra su contento en ella
Un infeliz que el imposible ama."

(JOSÉ ZORRILLA.)

X

Que el hombre naturalmente es inclinado al mal, más que al bien.

I

Una iniquidad, y hasta una impiedad, nos parece decir tal cosa. El hombre es, por lo menos, tan inclinado al bien como al mal.

Más diríamos: á nuestro ver, el hombre es esencialmente bueno. Ahora, que no lo sea del todo, en absoluto, que los hombres no son ángeles, eso es otra cosa. Cada uno tiene su parte mala, unos más que otros, unos muy poco, otros mucho; pero malo, esencialmente malo, que tenga mucho más de malo que de bueno, eso es fenomenal.

Y contrayéndonos en particular á la mujer, abunda todavía más en ella la propensión á lo bueno; es más fenomenal y raro encontrar una mujer que sea muy mala, esencialmente mala.

Sin embargo, desde que tenemos uso de razón ómos decir lo contrario, tanto respecto al hombre como en cuanto á la mujer.

II

Gran parte de las acciones malas que comete el hombre, son por deficiencia ó necesidad; más que por malvolencia.

El antiguo testamento dice: "El número de los necios es infinito"; pero no dice que lo sea el de los malvados.

En Lope de Vega leemos:

"El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto."

Texto. "El hombre ama naturalmente la verdad y el bien, y no se aparta de ellos sino cuando las pasiones le arrastran y extravían.

"La experiencia nos enseña que el hombre más mentiroso dice mayor número de verdades que de mentiras, y que el más malvado hace muchas más acciones buenas ó indiferentes que malas."—(BALMES. *El Criterio.*)

XI

Juega, amable niño, juega, pues todos los placeres que prometen las felicidades de esta vida, no son comparables al que te dan á tí tu carrito de madera y tus juegos inocentes.

Parécenos que en esto hay una paradoja hiperbólica y algo de lirismo.

XII

El aguardiente comunica valor al hombre.

Es un error, inventado probablemente por los adoradores de Baco; lo contrario se acerca más á la verdad. Infunden valor y lo retemplan el tambor, el pí-fano, la corneta, una buena banda marcial; mas no el fuesto aguardiente, que sólo produce cierta excitación fugaz, para caer luego en mayor lasitud.

B. RIVODO.

NUESTROS GRABADOS

Francisco Gavidia

Esboza la personalidad literaria del aplaudido escritor centro-americano, el artículo que aparece del pie de su retrato.

Cuadro de Crowley

En la reproducción de esta escena de la vida íntima, que se desarrolla á la hora del té, el pintor Crowley pone de relieve su facultad creadora, mediante la cual la propiedad en las actitudes y la fuerza vigorosa de las expresiones nos hacen interesar en el asunto á que se contraen los personajes de su tela, palpitante de vida.

"La Trinidad"

En las páginas de la presente edición colocamos dos vistas que reproducen perspectivas de la hacienda *La Trinidad*, ubicada en Maracay.

Esta finca, hoy propiedad del señor José Rafael Palacio, perteneció al ilustre prócer de la independencia General José Antonio Páez.

Pureza

La idea acariciada por el pintor británico resulta serenamente victoriosa; y es á la ejecución artística de la obra lo que la ascensión de un astro para un cielo sin nubes. Bella es la virgen creada por O'Neil, pero esa belleza, con ser sugestiva, no subyugaría sin la ideal castidad que expresa su semblante y refleja su mirada, fija en el azul infinito, como el pensamiento en el infinito azul del ensueño.

Legación Brasileira

Exornada elegantemente la Legación Brasileira de la cual es jefe el Excmo. señor José de Almeida é Vasconcellos, nos es grato dar á conocer á nuestros favorecedores tres vistas de sus salones, concurridos á menudo por nuestra buena sociedad.

Pesca original

Simpática y graciosa, llena de franca jovialidad, es la situación que, con gentileza artística, coloca el pintor en un rincón adorable del jardín. La claridad poética del sitio, y la tierna alegría de la naturaleza, responden á la risa cristalina de los pescadores adolescentes.

República Dominicana

El grupo de vistas dominicanas que publicamos hoy, representan la Casa Consistorial, frente á la Plaza Colón, la Comandancia de Armas, la Cárcel, la sala de baterías, el edificio denominado La Fuerza, las caballerizas del Presidente de la República y la Iglesia Mayor de Santiago de los Caballeros.

Es la oportunidad de dar las más cumplidas gracias á nuestro colaborador en Santo Domingo, señor José Ramón López, por las fotografías que nos ha obsequiado y que son las que en copia hemos venido presentando á nuestros suscritores.

Cementerio del Sur

El monumento consagrado á perpetuar la memoria del señor doctor Andrés Antonio Silva, es obra de la casa de J. Rovérsi é hijo, quienes gozan de merecido crédito en el país porque tienen marcado empeño en que sus trabajos lleven el sello de la corrección artística.

El doctor Silva sirvió á la República en puestos de importancia, fue miembro de la Academia de la Historia y dejó publicado un tomo de verso y prosa intitulado *Hojas de todos colores*.

Güiria

De la capital del Distrito Mariño aparecen en el presente número los pintorescos panoramas de la playa y del río, como también dos vistas que reproducen la plaza y una de sus calles principales. Güiria cuenta cerca de dos mil habitantes, y es un puerto frecuentado por buques extranjeros en demanda de cacao y otros frutos. El Distrito es agrícola y pecuario, y su mercado más ventajoso es la isla inglesa de Trinidad.

Guerra hispano-yanqui

LA BAHÍA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO—EL PUERTO Y LAS FORTIFICACIONES

Sabido es que la capital de la isla de Puerto Rico está situada en la parte oriental de la costa Norte de aquélla y en el extremo occidental de una isleta de cinco kilómetros de largo por uno á dos de ancho, unida á tierra firme por el puente de San Antonio.

El puerto de San Juan por el Este y por el Sur está rodeado de manglares, y al Oeste se halla resguardado por los cayos de la Cibra, las Cabritas y unos bancos de muy poca agua que casi las unen á tierra.

De la costa oriental ó del Morro, sale á distancia de un cable el bajo de Santa Elena, en cuyo veril exterior por cinco metros de agua, y en sitio donde el ancho del canal es de poco más de cable y medio, hay una boya que se halla en la visual dirigida á la única garita que se ve al Sur del Morro, por el canto occidental del foso del castillo.

Desde este paraje, el veril del banco occidental retrocede, y forma un seno hasta el Tablazo bajo que se halla en la enfilación del ángulo S. O. del cuerpo de guardia de la batería de Santa Elena, con la citada garita, y en la de la garita de la muralla al Oeste de la puerta de San Justo, con otra que hay al Este de la misma puerta.

Al Sur de la punta Sudoeste de las murallas se extiende una puntilla muy baja que despende, á distancia de dos cables, un bajo de muy poca agua, que termina en el cantil oriental del canal, que entre él y el Tablazo no tiene más de cable y medio de ancho con seis ó siete metros de profundidad, que se encuentran en su veril de barlovento.

La extremidad meridional de dicho bajo está en la enfilación de la garita Sudoeste del polvorín, próximo á la batería de Santa Elena, con la única garita que presenta el Morro por el Sur y con el almacén de San Jerónimo, un poco abierto al Norte de Punta Larga.

Al Este de dicha puntilla se encuentra lo que puede llamarse el puerto interior, que tiene de seis á ocho metros de profundidad, y se halla al abrigo de todos los vientos.

Próximamente al Sur de la boca del puerto hay una cadena de colinas muy frondosas, desiguales y de poca altura, que corren casi de Oeste á Este y de las cuales, la más elevada, tiene al pie una linda hacienda. La más occidental se llama la Meseta, por lo occidental de su cima.

En el baluarte Sudoeste del castillo del Morro, á 52 metros de elevación sobre el nivel del mar, se enciende una luz blanca, giratoria, cuyos destellos, que duran ocho segundos, con intervalo de 112 de eclipse, pueden ser distinguidos á distancia de 15 millas.

No hablaremos de las defensas recientemente construidas sino de las antiguas.

El castillo de San Felipe, del Morro, que domina la entrada del puerto, tiene la forma de un obtusángulo, con tres órdenes de baterías sobrepuestas, cuyos fuegos se cruzan, y hacia la parte de la ciudad una muralla real, flanqueada por dos baluartes.

El castillo de San Cristóbal defiende la ciudad por la parte de tierra, ocupando todo el ancho de la isleta; tiene dos grandes cuarteles y todo lo necesario para oficinas y repuestos. Sobre ellos se alza el fuerte del Caballero, cuyos fuegos dominan la ciudad y sus inmediaciones de mar y tierra; por bajo de él está la Plaza de Armas, con baterías que se dirigen al mar, á la parte de tierra y al puente levadizo del foso interior, y además tres grandes rebelinas: el de San Carlos, en lo más alto de la loma; el del Príncipe, en la pendiente de la cuesta, y el principal, que da salida al campo por la Puerta de Santiago.

Unese al Norte este castillo con el del Morro por una muralla de construcción moderna, y desde la parte Sur del primero avanza, en dirección paralela á la margen de la bahía, una línea formada por buen número de baluartes.

Las obras avanzadas consisten en un rediente apoyado en la parte más alta del glacis de San Cristóbal, y al que llaman fuerte del Abanico, por afectar la forma circular en su concavidad exterior.

Entre la plaza y el fuerte de San Antonio hay tres pequeñas líneas avanzadas.

Finalmente, en medio de la entrada de la bahía, entre el castillo del Morro y la costa Norte, hay un pequeño fuerte llamado el Cañuelo.

Es cuadrilongo, bien fortificado, y obligaría, por su posición, á los buques que intentaran forzar el puerto, á pasar á poco más de tiro de fusil entre sus fuegos y los del Morro.

MANILA—LA CIUDAD MURADA—LOS ARRABALES

La población de Manila se compone de dos partes completamente diferentes. Una es la ciudad murada, donde se viven casi todos los peninsulares que desempeñan destinos públicos.

Allí están los conventos de las diferentes órdenes monásticas, el palacio episcopal, el hospital de San Juan de Dios, etc., etc.

Pero el verdadero núcleo de la población está en los arrabales, que se compone de los barrios llamados Binondo, San José, Trozo, Santa Cruz, Quiapo, San Miguel, Tondo, Sampaloc, Paco Dilao, Ermita y Mabát.

Todos estos arrabales ocupan una grande extensión.

La mayor parte de sus edificios son de madera y abundan los de caña y nipa, en los que con gran facilidad se propagan los incendios.

Hállanse establecidas en esta parte de Manila casi todas las industrias, las casas de banca, los almacenes mercantiles, todo en fin, lo que representa la riqueza de la capital del archipiélago.

El aspecto de la ciudad murada es monótono y triste. Sus calles están tiradas á cordel y tienen aceras de piedra. Las casas, vastas y espaciosas, están edificadas en condiciones particulares para resistir á los terremotos.

Cuenta con magníficos edificios públicos, entre los que descuellan la Catedral, la llamada antigua Aduana, asiento de las principales oficinas centrales de Hacienda; los conventos y templos de San Agustín, Santo Domingo, los nuevos de San Ignacio y San Sebastián, este último todo de hierro, procedente de Bélgica, y los de las demás Ordenes religiosas; el Ateneo Municipal, el Observatorio Meteorológico, la Casa-misión de los PP. Jesuitas, el cabildo municipal, el Hospital de San Juan de Dios, etc.

La principal de las plazas, llamada de Palacio, forma un cuadrilátero muy extenso. En su centro, rodeada de un jardín, se alza una majestuosa estatua de Carlos IV, de bronce, verdadera obra de arte fundida en Manila.

En un frente de esta plaza, con vistas al mar, y por tanto en lugar donde fácilmente han podido llegar los proyectiles de los norteamericanos, está el palacio de la capitana general, de elegante fachada, de orden dórico.

En el otro la catedral, cuyo costo fue de dos millones quinientas mil pesetas.

También se hallan en la ciudad murada la Universidad de Santo Tomás y el colegio de San Juan de Letrán, propiedad de los dominicos, la escuela normal de maestros, los beaterios, colegios de señoritas de Santa Isabel y Santa Rosa, el beaterio de Santa Catalina y el colegio de indígenas de la Compañía de Jesús, fundado por una mestiza, bajo la dirección de los discípulos de San Ignacio.

En los arrabales citados, á la orilla derecha del Pasig, está, como ya hemos dicho, el foco de la población y del comercio.

Las calles son anchas; la de la Escolta por su animación, aunque más modesta, viene á ser en Manila lo que la Rambla en Barcelona.

Los arrabales están cruzados por esteros ó canales, navegables para embarcaciones menores. Si los cuidaran mejor, sería Manila una segunda Venecia. Los indios, en sus ligeras barcas, van por ellos á todos los extremos de la población.

En Binondo, que es el más importante, con doble extensión superficial que la ciudad murada, tienen los europeos sus mejores casas de comercio, y los chinos, muchos bazares.

Este populoso arrabal llega hasta el Pasig, y á sus orillas están la capitana del puerto y la comandancia general de carabineros.

Al final del muelle se halla el faro de la bahía, inaugurado en 1840, de luz roja, que se distingue á 14 millas.

La iglesia de Binondo es grande. Su torre fue destruida en parte por el terremoto de 1863, habiéndose construido otra que tiene dos cuerpos menos. A la mitad de la calle de Anloague se encuentra la administración de Hacienda pública, la tercera y los almacenes de efectos estancados.

El arrabal de San Miguel, situado á orillas del Pasig, tiene casas magníficas con jardines. En medio del río existe una isleta llamada isla Rouano de inapreciables condiciones higiénicas, donde está el Real

Hospital de San José, que llaman de la Convalecencia, y que sirve también de manicomio.

En la capital existen numerosos mercados que la surten abundantemente de toda clase de comestibles, llevados los más de las provincias de la Laguna, Bulacán, Pampanga, etc.

Existen en Manila tantos coches como en cualquiera de las principales capitales europeas. Los caballos son pequeños y fuertes, trotan mucho y sólo se les pone herraduras en las patas delanteras, por la dureza de sus cascos.

Las calles, en su inmensa mayoría, no tienen empedrado; son llanas y bien cimentadas.

Tiene algunas muy anchas, que se llaman calzadas, con mucho arbolado, que las presta frescura y belleza. Al final de una de las más principales, llamada de las Aguadas, está, á orillas del mar, el paseo de La Luneta.

El río Pasig, que se surte del agua de la gran laguna de Bañ, ancho y majestuoso, está siempre lleno de embarcaciones de todas clases, presentando admirable perspectiva y la animación y vida que exige el movimiento comercial de la capital, donde hay fábricas de jarra de abaca, de la propiedad de norteamericanos, varias de bebidas alcohólicas y talleres de todos los oficios.

Hoy tiene aguas potables, traídas de San Juan del Monte, además de las de lluvia que se conservan en los grandes aljibes de las casas antiguas.

Manila ostenta los títulos de Muy Noble y Siempre Leal ciudad. El Ayuntamiento goza título de Excelencia.

Además de las vistas de Filipinas y Puerto Rico, agregamos las de Key West, estación naval de los Estados Unidos próxima á Cuba. Allí se encuentra una parte del ejército invasor. Los partidarios de la independencia de Cuba siempre han escogido á Cayo Hueso como base de sus operaciones.

Los periódicos alemanes y franceses publican, con el epígrafe de *La novela del almirante*, la anécdota siguiente:

En estos momentos sólo se habla en Nueva York del almirante Dewey, y con este motivo circula una historia interesante que tiene íntima relación con los recientes sucesos de universal resonancia.

Cuéntase, en efecto, que el almirante ha debido de experimentar una extraordinaria satisfacción por su victoria sobre los españoles. Parece que Dewey odia apasionadamente todo lo que es español. La causa de tal sentimiento es menester buscarla en un amor infortunado que desde este punto de vista ha convertido en un suplicio la vida de Dewey. Hace unos veinte años se enamoró de la entonces primera hermosa de Washington, miss Virginia L., mas su profundo amor no obtuvo correspondencia alguna de la señorita, que había dado ya su corazón á un joven sin fortuna agregado de la Legación española, que se llamaba B.

Los padres de miss L. negaban su consentimiento al matrimonio con el español; pero tampoco podían obligarla á que diese su mano al americano, como ellos deseaban. La bella Virginia rechazaba de plano aquella pretensión, como tantas otras. Entre tanto B. ascendió á Ministro de España en país cercano, heredó el título de duque de A., y permanecía fiel á su amor. Hace unos tres años que por fin pudo casarse con la espléndida belleza, y Dewey aborrece á la que le desdennó y á los españoles.

Le Figaro, llegado en el último correo, trae un nuevo artículo de Pierre Loti, en que describe su visita á la Armería Real, donde las antiguas armaduras recordábanle los tiempos «en que las guerras eran leales y caballarescas», y su despedida de S. M. la Reina Regente á la que consagra los siguientes párrafos:

«Admiro cómo S. M. la Reina Regente ha conservado su grave serenidad.....Durante los minutos de esta audiencia de despedida me volví á hablar de los procederes del enemigo, que producen asombro en su alma leal; las presas antes de declarar la guerra; los bombardeos sin previo aviso; las granadas envueltas en telas humedecidas con petróleo, para incendiar las ciudades, todo lo que viene haciéndose contra las leyes internacionales de la guerra y que Europa deja hacer sin intervenir.

Me pareció que S. M. conserva su confianza de los primeros días: su confianza en la suprema justicia; en el heroísmo de sus soldados, de sus marinos, que han comenzado por hacerse matar bravamente en un primer combate desigual y perdido de antemano, y que, sin duda, reservan á América sorpresas dolorosas.

¡Noble Soberana á quien el destino ha llevado hasta á peligros tan extremos, y que los contempla frente á frente, sin un estremecimiento de temor y sin una queja, preocupada solamente con la idea de cumplir su deber hasta el fin!.....

¡Noble Soberana, tan impecable y recta que ha sabido inspirar profundo respeto á los partidos más hostiles; tan valerosa, que ha podido luchar durante once años para defender el trono de su hijo, y con un propósito aún más grande y desinteresado, para conservar á su país, tradicionalmente monárquico y religioso, la Monarquía, sin la cual, y desde hace mucho tiempo, la sería imposible conservar la paz y la estabilidad interior!..»

SUETOS EDITORIALES

María de Jesús de Pumar.—Corren días de tribulación para nuestro distinguido amigo y colega señor Carlos Pumar, á causa del fallecimiento de su señora esposa, que vivió rodeada de respetos, consideraciones y simpatías en el seno de nuestra sociedad, por sus sentimientos cristianos, su carácter afable y su presencia insinuante, como que su fisio-

nomía era la más franca expresión de la bondad.

Por sobre los supremos esfuerzos de la ciencia, por sobre todos los desvelos del afecto, se abrió paso la «eterna segadora», y víctima de su guadaña fue la compañera amantísima, la augusta madre que, como dice el poeta, hace dos porciones de la vida, toma de ella el acibar y reserva la miel para los frutos de su amor.

De la estimación en que se tiene el honorable hogar del distinguido colega, fue testimonio elocuente la forma solemne que revistió el acto del sepelio.—El numeroso cortejo que siguió la marcha del ataúd, y las ofrendas que el sentimiento depositó sobre la tierra removida del último lecho, son manifestaciones que no olvidan los corazones lacerados, y muchas veces encuentran en ellas consuelo á su tremendo dolor. Quiera el cielo que ese recuerdo derrame claridad de aurora en la noche que mantiene apesurada el alma del amigo y del colega.

Con él y con sus apreciables hijos, para quienes la pena es honda y grande, compartimos las horas de duelo á que los ha sometido el destino.

Obsequio á la Prensa.—Por el *menu* y la franca cordialidad que reinó en el acto, resultó espléndido, y digno del caballeroso anfitrión, el obsequio que el reputado empresario caraqueño señor M. I. Leicibabaza dedicó á la Prensa en el «Gran Hotel Venezuela», el domingo último, con motivo de haberse cumplido dos años de establecido el teatro diario en la capital.

El hecho de haber llevado á cabo esta empresa constituye uno de los títulos mejor ganados por el señor Leicibabaza en su difícil y arriesgada labor de empresario teatral.

Durante esos dos años Leicibabaza ha contribuido á distraer generosamente el espíritu social, trayéndonos algo de lo afamado que tiene España en materia de artistas y de obras líricas, cómicas y dramáticas.

Ese entusiasta esfuerzo de Leicibabaza en obsequio del público á quien sirve, es lo que en justicia ha aplaudido la prensa de la capital.

Asociación de Manufactureros.—Nos complacemos en anunciar que está abierto al público el muestrario de artículos y artefactos americanos que la Asociación Nacional de Manufactureros de los Estados Unidos tiene establecido en esta ciudad. Con el propósito de suministrar datos é informes de manera precisa, la Asociación ha creado una biblioteca anexa al muestrario.

Como la empresa tiene dedicado un departamento para hacer conocer de los extranjeros que nos visiten los productos y riquezas naturales de Venezuela, parece conveniente que á la realización de ese propósito concurren nuestros agricultores, industriales y comerciantes.

Organo de la Asociación es la revista ilustrada *American Trade*, que ve la luz pública en Philadelphia.—El número 13 de esta publicación trae los retratos del General Andrade, Presidente de la República, Excmo. señor Francis B. Loomis, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, Rudolf Dolge, Comisionado especial de la Empresa; varias vistas del establecimiento y una de la Plaza Bolívar en el acto de ofrendar la Asociación una corona de inmortales al Libertador.

Controversia.—Por no demorar su publicación aparece en las últimas páginas del presente número el artículo firmado por nuestro colaborador y amigo Pedro Emilio Coll. Llegó á nuestra oficina en momentos en que se imprimían los últimos pliegos; y reservarlo para darle el mismo puesto que ocupó el de Gómez Carrillo, al cual se refiere, sería menguar la oportunidad del asunto.

La Baronesa de Wilson.—Se halla en esta ciudad la señora Baronesa de Wilson, distinguida escritora española á quien presenta EL COJO ILUSTRADO su más cordial bienvenida.

EL COJO ILUSTRADO pone sus columnas á la disposición de la honorable dama.

Gómez Carrillo.—De paso para Centro América llegó á la Guaira en el último vapor francés nuestro querido colaborador y amigo Enrique Gómez Carrillo, quien, por no haber podido tomar el tren de la mañana, no subió á Caracas, como trató de hacerlo con el propósito de visitar y conocer á los hombres de letras de esta ciudad.

De Panamá y Guatemala seguirá enviándonos su colaboración; y al dirigirse de nuevo á París, que será dentro de poco, Gómez Carrillo se promete venir á Caracas por dos semanas.

Ojalá realice sus deseos el aplaudido compañero en la prensa; y crea que hacemos votos porque sean felices los días que pase en el seno de su respetable familia.

Petronila Pérez de Coronado.—Del hogar que iluminó con el bello fulgor de sus virtudes, ha desaparecido esta respetable matrona que deja entre los que la lloran y tuvieron la dicha de cultivar su amistad, el grato recuerdo de sus prendas personales.

A sus deudos, y especialmente á nuestro estimado amigo señor Martín H. Pérez enviamos la sincera expresión de nuestra condolencia.

El Correo de América.—Esta interesante publicación responde de modo expresivo á las miras del periodismo moderno y sirve á la vez de órgano á la acreditada casa de nuestros amigos y relacionados señores SCOTT & BOWNE, de New York. El número 6, que tenemos á la vista, merece la pena de ser solicitado por el público, tanto por las materias de que trata, bien ilustradas, como por el nuevo concurso en que se ofrecen cantidades de dinero en pago de un cálculo que no tiene nada de complejo.

En el colega americano se juntan amablemente la literatura y la información interesante con una legítima y benéfica propaganda industrial. Se distribuye gratis en las principales droguerías.

Isaac J. Pardo.—Ha causado dolorosa impresión el súbito fallecimiento de este joven que á sus aptitudes y laboriosidad hermanaba el dón de captarse la simpatía y el aprecio de todos. Pertenecía á una familia que goza de alto concepto en nuestra sociedad.

A la señora madre y hermanos del finado presentamos en estas líneas la expresión de nuestra más sentida condolencia.

Con gusto correspondemos por nuestra parte, á la excitación que se hace á la prensa, reproduciendo el siguiente aviso:

Sociedad sostenedora del culto de Nuestra Señora de las Mercedes

Caracas: 15 de Junio de 1898.

Esta Sociedad celebrará el 2 de Octubre del corriente año, el 60º aniversario de su instalación, ó sea sus Bodas de Diamante y con tal motivo abre un certamen literario con estos temas: "A la Sociedad de Nuestra Señora de las Mercedes en sus Bodas de Diamante," para el verso; y "La Iglesia Católica, redentora de los pueblos," para la prosa.

Las composiciones serán dirigidas, en la forma acostumbrada al Colegio de Santa María, las cuales se pasarán inmediatamente al Jurado compuesto de los señores académicos de la Lengua: doctor Ricardo O. Limardo,

Felipe Tejera y Manuel Fombona Palacio. El concurso se cerrará el 15 de Setiembre próximo y el veredicto se pronunciará el día 24. Los dos premios serán obras de gran mérito literario. Se replica á la Prensa de la República se sirva reproducir este aviso.

El Presidente,

AGUSTÍN AVELEDO.

Los Secretarios,

Rodolfo Castro y Domingo Hurtado.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

Valioso testimonio: El Dr. Zaragoza, que lo suscribe, es no solamente un Médico práctico y experto, sino también un buen Farmacéutico, razón de más para que hable con perfecto conocimiento de causa. "El aspecto, olor, sabor y confección de la inmejorable Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, merecen todo mi encomio y admiración por lo perfecto del preparado, y su compactibilidad, pues no obstante el tiempo transcurrido después de su preparación, permanece perfectamente homogéneo, é inseparables las sustancias que lo forman. Respecto á sus propiedades terapéuticas, tengo gran satisfacción en comunicarle que siempre que la he empleado en mi clínica particular y general, he observado los mejores resultados en todas las afecciones del aparato respiratorio en la *escribula* y el *raquitismo* y *consunción*."

DR. EMILIANO ZARAGOZA.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un completo tratamiento por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str, New-York.

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).



98 EMIRA

Una Bicicleta de alto grado en absoluto, construida toda con materiales de la mejor calidad, fabricada sobre principios científicos y la mejor hoy bajo todas consideraciones. Elegantemente niquelada y esmaltada.

GARANTIZAMOS QUE NO SE ROMPE, LO QUE ES SIEMPRE DEBIDO Á DEFICIENCIA DE MATERIAL Ó CONSTRUCCIÓN.

Modelos para señoras y caballeros.

PRECIOS

\$ 30	una si ordenan 6 á la vez.
\$ 35	" " " 3 " "
\$ 40	" " " 1 " "

Los precios son en oro americano, y pagamos flete hasta el puerto más cercano que se destine. Envíen el dinero con la orden.

L. P. ROSE & Co. - 132 & 138 Liberty Str., New-York, U. S. A.

Referencias: Spanish American Newspaper Co., N.-Y. Agentes de este periódico.

ROPA INTERIOR DE LANA

De venta en EL COJO

EL COJO Ilustrado

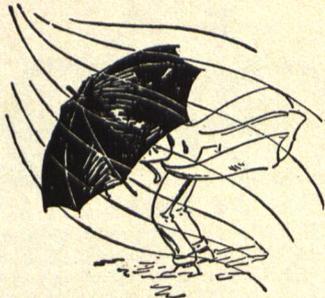
REVISTA LITERARIA ILUSTRADA
Caracas - Venezuela

AVISO PARA EL EXTERIOR:
(América del Sur,
América del Norte,
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscripción POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48
L. Theodor Ravelo — 15 Rue de Trévise.
En Barcelona de España—Pesetas 48
J. Puig Corvé — Antigua de San Juan 19.
Hamburgo — Marcos 38,70
A. F. Neubauer & Co.—Poststrasse 2.
New York—Fts. oro 9.23
De Sola, Lobo & Co.—61, William St.



**En un...
Aguacero**

el hombre se caló hasta los huesos. Y esta mojadura le dió un resfriado. Descuidado éste se le presentó la tos. Con motivo de la tos tuvo que guardar cama. A tomar una dosis del **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer** al principio, le hubiese atajado el resfriado, impedido la subsiguiente enfermedad y padecimiento, y economizado gastos. El remedio casero para resfriados, toses, mal de garganta y todas las afecciones pulmonales es el

**Pectoral de Cereza
del Dr. Ayer.**

PREPARADO POR

Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. El nombre de **Ayer's Cherry Pectoral** aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.



**El mejor limpiador
para las pieles rojizas**

LUSTRE OJIZO DE HAWTHAWAY

Para usarlo cuando una piel rojiza requiera un verdadero y brillante lustre.

LA TENTACION

Somos agentes de la *Empresa El Cojo*, en este Puerto, para la venta de *sobres, tarjetas* de todas clases y demás productos de ella.

Los precios son los mismos de Caracas.

Puerto Cabello: Junio de 1898.

Luis González & Ca.

Sozodonte
PARA LOS
DIENTES Y EL ALIENTO.

Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el **SOZODONTE** que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.



El **Dr. D. Francisco A. Rísquez**, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

"**SOZODONTE** es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedid por tarjeta postal la "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

EL **1898 20th Century** OJO

LÁMPARAS PARA BICICLETAS DE PASO

De Níquel Plateado, Pequeñas, Bonitas y Duraderas. Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



Las mejores del mundo.



20th CENTURY CICLOMETROS. 10,000 Kilometros.

20th CENTURY MFG. COMPANY, 17 Warren St., N. Y., U. S. A.

Perfumería fina de las mejores fábricas.

En **EL COJO**

AU PRINTEMPS

CASA DE MODA DE PRIMER ORDEN
Especialidad en la confección de Trajes y Sombreros

GRAN DETAL DE MERCANCIAS
SUR 2, NUM. 35. — PAJARITOS A LA PALMA
TELEFONO NUEVO 52—VIEJO 298

C. Blanco Joud & Ca.

POLVOS PARA LOS DIENTES

Del cirujano dentista señor

DOCTOR RICARDO

Los hay de venta en la Empresa El Cojo

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hosp. des de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER, Ministro de la Guerra, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas. Rev. CHAS. H. PARKHURST, Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.